SAN JUAN CRISOSTOMO

Doctor de la Iglesia

LOS SEIS LIBROS SOBRE EL SACERDOCIO

Traducidos del griego por

DANIEL RUIZ BUENO

Serie
Los Santos Padres
N.º 23

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-534-1990
I.S.B.N.: 84-7770-165-2
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

Los seis libros *Sobre el Sacerdocio* son, sin género de duda, la obra más famosa y más universalmente conocida de San Juan Crisóstomo. Muy tempranamente se convirtieron en obra clásica en la materia, y como tal, con sobrada razón, son considerados todavía. Ya Isidoro Pelusiota, presbítero y abad de un monasterio cerca de Pelusio, en el Delta del Nilo, habla del libro, en vida quizá todavía de su autor [1], en términos de alto elogio y entusiasmo: "Te he remitido –escribe a un tal Eustacio– el libro que buscabas y espero ha de producir en ti el fruto que suele en todos los que lo leen. Porque no hay, yo te lo aseguro, no hay corazón en que su lectura haya penetrado y no haya quedado herido del amor divino. Enseña, en efecto, por una parte, cuán augusto e inaccesible sea el sacerdocio, y muestra, por otra, cómo hayamos de desempeñarlo irreprochablemente. Porque aquel sabio intérprete de los secretos de Dios, Juan, ojo que fue no sólo de la Iglesia de Bizancio, sino de toda la Iglesia, compuso este libro tan puntual, sutil y prudentemente, que todos los sacerdotes encuentran en él lo que les conviene: Los que según Dios desempeñan su ministerio, sus méritos; los que con negligencia y desidia, sus reprensiones" [2]. San Jerónimo conoce la obra del Crisóstomo ya en el año 392: "Juan, presbítero de Antioquía, dícese que compone muchas obras, de las que sólo he leído la *Peri hierosymes*" [3]. La época bizantina siguió apreciando la obra crisostomiana, como lo prueba el Léxico de Suidas (s. u. *Joannes*), compuesto hacia 950: "Dícese que éste escribió muchas obras, entre las que descuellan sus tratados o libros *Sobre el Sacerdocio*, por la elevación de su estilo y por la suavidad y elegancia del lenguaje".

Del Renacimiento acá, se han sucedido sin interrupción las ediciones, ya sueltas [4] o ya englobadas en las *Opera omnia* de San Juan Crisóstomo, lo mismo que las traducciones, con o sin comento, a las

lenguas modernas. De éstas sólo quiero hacer mérito a la versión española del benemérito y célebre escolapio Padre Scio de San Miguel, obispo que fue de Segorbe. El ejemplar que tengo delante lleva esta portada: "Los seis libros / de San Juan Crisóstomo / sobre el sacerdocio / traducidos en lengua vulgar / e ilustrados / con notas críticas / por el Padre Phelipe Scio de San Miguel / de las Escuelas Pías. / En Madrid: / En la Imprenta de Pedro Marín. Año de MDCCLXXIII". El libro se dedica "Al Ser.mo Infante Don Gabriel de Borbón", y ya de golpe nos dedicamos al humilde menester de trujimanes: "La dificultad de una buena traducción es conocida solamente de aquellos que saben hacerla. Y como sea muy corto el número de los que traducen bien, por esto son muy pocos los que no desprecian este género de aplicación". En la *Advertencia* que se sigue, pondera muy justamente el P. Scio la importancia de la obra que traduce y enumera muy puntualmente a los que en diversas lenguas y naciones le precedieron en la tarea; testimonio, esa página, de que el ilustre escolapio pertenecía al corto número de españoles que entonces, como ahora, viven alerta en la atalaya de su tiempo, oído atento al soplo y rumor de los vientos del espíritu. Un deseo expresa el P. Scio de San Miguel: "Sería, sin duda, utilísimo, que imitando la aplicación de los antiguos españoles que apenas dejaron autor alguno profano, particularmente griego, que no tradujesen, se aplicasen ahora muchos a entresacar aquellos lugares y tratados más señalados de los primeros Padres, y los ofreciesen al público en un traje, por el que pudiesen ser conocidos de todos y hacerse familiares aún a los menos instruidos". ¡Remotísima llamada a esta humilde tarea que estamos empeñados en realizar! La versión del P. Scio va acompañada del texto griego (y él da muy discreta y exactamente la razón de ello), pues en aquel siglo XVIII, que a bulto y a carga cerrada hemos dado en llamar de decadencia, aun quedaba en España algún gusto y sabor de lengua griega, que luego se perdió, como tantas otras cosas... En el siglo XIX se reprodujo, naturalmente sin el texto griego, la traducción del P. Scio por la Librería Religiosa de Barcelona. En lo que va del XX, no conozco ninguna edición española de la obra de San Juan Crisóstomo.

* * *

La obra de San Juan Crisóstomo *Sobre el Sacerdocio* es a la par obra de arte tan fino, que raya a veces con el artificio, y de tan profunda sinceridad, que llega a la confesión personal y se desata a

veces en gritos de íntima y conmovedora angustia del alma. Lo cual quiere decir que no es posible conocer a fondo esta obra sin enmarcarla en la vida del autor; ni su arte, sin conocer su formación e ideas literarias. "Jamás –dice A. Puech– escribió Juan nada que no tuviera un fin práctico, ni pidió a las letras y menos a la poesía un consuelo o una distracción" [5]. No escribió, pues, por entretenimiento y ejercicio de retórica, sino por imposición de las circunstancias y exigencia íntima de su espíritu. Gracias a ello, San Juan Crisóstomo es de los pocos escritores –único tal vez entre sus contemporáneos– en que la sinceridad se hermana con la retórica y la vence y sobrepuja. Triunfo no pequeño en una época de la literatura griega en que las formas hueras y el pulimento de la frase trataban de disimular el absoluto vacío de las almas. La retórica había matado a la literatura. Sigamos, pues, a Juan en su vida y estudios hasta el momento en que toma la pluma y redacta estas apasionadas páginas *Sobre el Sacerdocio.*

Antioquía, la ciudad asentada sobre el Orontes, metrópolis de Siria y capital del reino de los Seléucidas, fundada hacia el año 300 antes de Jesucristo por Seleuco Nicator y llamada del nombre de su padre Antíoco, fue la patria de Juan, que en vida fue dicho Juan de Antioquía, y la posteridad, como homenaje a su elocuencia, conocerá con el nombre de Crisóstomo, o "boca de oro". Juan nace a mediados del siglo IV, por los años 344 ó 347, que en esto no se acuerdan los autores. Orgulloso podía sentirse de su ciudad natal, que los antiguos ornaron con los calificativos de "la grande" y "la bella", ápice o cima de la belleza de Oriente [6]. Pero, sin duda, lo que más le exaltaba era la gloria del abolengo cristiano de Antioquía: "En Antioquía –nos relata el libro de los *Hechos de los Apóstoles*–, los discípulos fueron por vez primera llamados cristianos" [7], gloria que recordará Juan a sus oyentes en ocasión memorable, tomando pie de ello para exhortarlos a no desdecir de sus orígenes: "Como por doquiera se celebra la gloria de nuestra ciudad de haber sido la primera entre todas las ciudades del orbe en recibir el nombre cristiano, así vosotros ahora haced saber a todos que Antioquía arrojó de sus propios confines los juramentos" [8].

La familia de Juan fue noble y rica. En su libro *Sobre el Sacerdocio,* nos dirá que no fue la menor causa de su fuga de la dignidad sacerdotal o episcopal su deseo de evitar que se atribuyera su elección a la posición preeminente de su familia, como sucedía –él mismo nos lo describe dramáticamente– con harta y lamentable frecuencia en su tiempo. Su padre, a quien se da el nombre de *Secundus*

y que parece de alcurnia romana, lleva el título y desempeñaría sin duda la dignidad de *magister militium Orientis*. Fue, al parecer, pagano, y murió a poco de nacer Juan. La influencia profunda, decisiva y benéfica la recibió éste de su madre, Antusa [9], admirable mujer, que es lástima no sea más conocida y amada de las madres cristianas, cuando pudiera formar la otra cara de Mónica, la de la madre que tiene la dicha de modelar en el alma del hijo amado la imagen viviente y querida de Jesús, antes de que el desbordamiento de las pasiones vengan a cubrirla o mancillarla de cieno de pecado. Juan tuvo un alma ardiente y apasionada, pero felizmente orientada hacia el bien. No hay en sus obras rastro de una crisis y menos de caídas que recuerden al joven Agustín. ¡Cuánta parte no hubo de tener en esta rara victoria aquella madre admirable, viuda a los veinte años, a la que Juan hace pronunciar, al comienzo del libro I *Sobre el Sacerdocio*, el discurso más admirable, elocuente y conmovedor de toda la obra! No cabe duda que el hijo presta a la madre su propia elocuencia y su pericia en cincelar períodos al modo isocrático, aprendida en la escuela de retórica, pero los hechos son ciertos y la impresión de verdad nos cautiva y conmueve desde el primer instante. Viuda apenas nacido el hijo, no sueña jamás en volverse a casar. Conságrase toda a la obra de su crianza y educación generosa, mirando en el espejo de la cara del niño la imagen viva del esposo difunto. No repara en gastos; resiste las insidias de los parientes y las extorsiones de los agentes del fisco; administra ella misma su hacienda y logra conservar intacto para el hijo todo su patrimonio. Pero, sobre todo, con espíritu de cristiana y sobrenatural maternidad, va modelando su alma y formándola en la fe y en la vida que había de profesar por el bautismo, recibido, es cierto, por Juan en edad bastante tardía, según costumbre de verdad extraña para nuestro actual sentir, en aquel siglo IV y en aquella Antioquía cristiana. Juan guardará siempre un dulce recuerdo de su madre, no exento de admiración a su virtud. En una de sus primeras obras, cuenta que oyendo decir su maestro de retórica ("que era –dice– el más supersticioso de los hombres", es decir, pagano), cómo su madre había quedado viuda a los veinte años y no había jamás querido casarse de nuevo, lleno de asombro exclamó: "¡Qué mujeres hay entre los cristianos!" [10].

¿Quién es este maestro, *sophistés*, como Juan le llama, a cuya escuela lleva a su hijo esta mujer admirable? Parece no puede ponerse en duda –y el pasaje copiado es el mejor testimonio– de que se trata

del famosísimo profesor de retórica. Libanio, que, natural también de Antioquía y después de enseñar su *téchne* en Constantinopla, Nicea y Nicomedia, se fija definitivamente en la propia Antioquía desde el año 354. Libano, amigo íntimo y panegirista de Juliano el Apóstata, era, naturalmente, enemigo acérrimo de los cristianos. Como profesor de retórica –*sophistés*– fue el más famoso de su siglo, y su obra, enorme y farragosa, se nos conserva íntegra. Antusa, soñando, como buena madre, para su hijo un porvenir brillante –para el que aun entonces era la elocuencia la puerta primera y forzosa–, no vacila en proporcionarle el mejor profesor de su tiempo. Tiene, sin duda, tal confianza en la fe y espíritu cristiano de Juan, que no ve ningún peligro en que frecuente, a sus dieciocho años, la escuela "del más supersticioso de todos los hombres". Juan, sin embargo, no llega a cobrar verdadero afecto a su maestro. En el pasaje citado habla de él fríamente. Repugnábale, sin duda, su paganismo rezagado y terco; y, de hecho, en otra de sus obras [11], le trata abiertamente sin consideración ninguna.

A pesar de estar Juan maravillosamente dotado para la elocuencia, o más bien, precisamente por eso, no debieron tampoco de entusiasmarle mucho las doctrinas literarias de su maestro. Libanio mismo tuvo que componer un largo discurso, lleno, por cierto, de pasión, y todo él documento histórico interesantísimo, contra algunos hombres "siniestros y envidiosos", que se burlaban de su enseñanza y le acusaban de no haber logrado sacar ni un solo discípulo famoso en elocuencia [12]. Si Juan oyó ese discurso, en él pudo enterarse de un principio de elocuencia que no constaba entre los preceptos de la *téchne* del sofista, pero indudablemente más exacto y profundo que todos los demás por él explicados: "La elocuencia –viene a decir en suma el profesor pagano– está en decadencia; mas no es porque él no sepa o no quiera enseñarla, sino porque antes, de Constantino a Juliano (mero respiro, el reinado de éste), la religión ha decaído mucho más. El deshonor de los dioses se extendió a los discursos: *Y es muy natural, pues en mi opinión, ambas cosas, religión y elocuencia, están íntimamente relacionadas*". La opinión del sofista antioqueno es absolutamente exacta y el hecho que enuncia, de enorme trascendencia histórica. El espíritu pagano estaba agotado. A Juan tenía que parecerle un juego vacuo todo aquel aparato de pulidas palabras y rebuscadas figuras retóricas que nada decían, porque los hombres del tiempo nada tenían ya que decir. Cierto que él aprende y se asimila

perfectamente toda la técnica o "arte" de la composición y del discurso que los sofistas venían enseñando desde los tiempos, ya tan lejanos, de Gorgias de Leontinos y Trasímaco de Calcedonia, hasta el momento en que él, mozo todavía, se siente en la escuela de retórica de Libanio. ¡Ocho siglos de retórica, en el que el artificio terminó por matar el arte y la elocuencia ahogó la literatura" "Juan –dice A. Puech–, estaba admirablemente dotado para la elocuencia y aprendió en la escuela de Libanio todos los secretos de la retórica, y los aprendió de un maestro, a quien faltaba profundidad como a todos los sofistas de su tiempo, pero que, al menos, hacía profesión de preferir la elocuencia clásica a la asiática, y dedicaba culto casi exclusivo a Demóstenes. Ya veremos que Juan es tan hábil como cualquiera en balancear los miembros de frases paralelos, en oponer las antítesis y en practicar todas las demás recetas al uso. Mas sírvese de ellas con discreción y añade sus cualidades personales"... [13]. Pero la prueba de que la elocuencia pagana no llegó excesivamente a su corazón (¡ y hay que notarlo bien en el más grande orador cristiano!), la hallamos en un pasaje de inapreciable valor de este mismo libro suyo *Sobre el Sacerdocio*. Cuando en el libro IV trata de definir los deberes del sacerdote como heraldo o predicador de la palabra divina, no se le ocurre remitirle al estudio de los clásicos griegos, que él ciertamente conocía mejor que nadie, sino al grande heraldo y apóstol de Jesucristo, San Pablo, cuya elocuencia divina, totalmente ajena a las leyes y convenciones de la retórica pagana, exalta él con encendida elocuencia, a par que le defiende contra la ignorancia o malicia de quienes se escudaban en palabras mal entendidas del Apóstol para cubrir su propia pereza. ¡La elocuencia exalta a la elocuencia! Y no sólo exalta el Crisóstomo a San Pablo, sino que expresamente rechaza a los grandes modelos paganos, los mismos que él había oído exaltar en la escuela de Libanio: "Si yo exigiera al predicador que poseyera la suavidad de Isócrates, la majestad de Demóstenes, la gravedad de Tucídides, la sublimidad de Platón, pudiera traerse a cuento este testimonio de Pablo; mas todo eso lo dejo a un lado, con todo el demás superfluo adorno de la elocuencia profana, y nada se me da de la elocución ni de los períodos. Puede ser el lenguaje pobre y la sintaxis sencilla y sin rebuscamiento; mas nadie puede ser ignorante o lego en el exacto conocimiento de los dogmas. Y no queramos, por cubrir nuestra propia pereza, arrebatarle a aquel bienaventurado varón el principal de sus méritos y la corona de sus alabanzas".

¡Cuánta elocuencia –añade Puech– en esta condenación de la elocuencia! Pero es que Juan preconiza otra elocuencia muy distinta de la que le enseñó su maestro Libanio: ¡La elocuencia del espíritu contra la vacuidad de la retórica! ¡San Pablo contra Isócrates! Nunca meditaremos bastante nosotros, sacerdotes, ministros y heraldos de la Palabra, como aquellos que lo fueron desde el principio [14], todo este tratado del más famoso (y quizá menos leído) de los predicadores cristianos.

¿Qué rumbo sigue Juan salido de la escuela de retórica de Libanio? Por entonces, y en la edad de veinte o veintidós años, recibe el bautismo de manos del obispo Melecio y se pone bajo la dirección de Diodoro, el que luego (378-394) fue obispo de Tarso. Melecio y Diodoro completan su formación cristiana y éste, Diodoro, que con Teodoro de Mopsuesta representa la escuela exegética antioquena, ceñida al sentido literal en la interpretación de la Sagrada Escritura, le inician en el conocimiento directo de las fuentes de la revelación, en que Juan superaría luego a todos sus maestros. Poco después de su bautismo, Juan empieza a oír, como todos los grandes cristianos de su tiempo, la voz del desierto. Su amigo Basilio, antiguo compañero de estudio y par en aficiones, le precede en la marcha y le importuna a su seguimiento; pero la magia de las súplicas maternas la detienen de momento. Mas he aquí que, de pronto, un extraño muro llega a oídos de ambos amigos. Se corría, nada menos, que se los quería ordenar de sacerdotes y llevarlos a la dignidad episcopal. Basilio, que se identifica con el que en efecto fue obispo de Rafanea, es sorprendido y ordenado; pero Juan logra evadir la ordenación por medio de la fuga. El libro *Sobre el Sacerdocio* empieza con el relato de este incidente y todo él se ordena a la justificación de esta fuga de Juan. Se ha puesto en duda la realidad del lance narrado en este prólogo y se lo ha creído como un marco literario para encuadrar todo lo tratado o libros sobre el sacerdocio, imitado, por añadidura, de la *Apología* de San Gregorio Nacianceno sobre el mismo tema. Mas no se ve motivo ninguno para rechazar los datos esenciales del cuadro, aunque haya en ello, como es de ley en todo lo griego, su parte de estilización o ficción literaria. El incidente hay que situarlo hacia el año 373. Quizá poco después muera la madre, admirable y amada, y puede Juan cumplir su sueño de fuga a la soledad, pues sólo ella le retenía en el mundo, aunque llevando en su propia casa vida de eremita.

Su vida en el desierto, cuyo comienzo se pone en el año 374 ó

375, dura seis años, cuatro en un cenobio y dos en la más completa soledad de anacoreta, en lo más áspero de una montaña. Estos años son decisivos en la vida de Juan. Aquí se templa su alma fuerte y un tanto áspera y abrupta como los montes que habita. Aquí se empapa en la lección de la palabra revelada. Aquí se purifica su espíritu y se adelgaza por la penitencia y se concentra en el ápice de sí mismo por el silencio y soledad. Aquí, sobre todo, lejos de todo mundanal ruido, se une su alma a Dios y siente que su corazón arde en el amor del Maestro que le habla y le explica el sentido de las Escrituras y el sentido de las cosas, del tiempo y de la eternidad. Y precisamente porque siente arder en su pecho la llama de la caridad de Cristo, siente la urgencia de la llamada de las almas, como debió de oírla Pablo en el desierto de Arabia [15], mucho antes de que el macedonio le gritara desde la otra orilla de la Tróada: "Ven, ayúdanos" [16]. Como el Apóstol, a quien tanto ha de admirar y exaltar, Juan debió de sentir la certeza de que Dios le llamaba al campo de las almas y abandona el desierto. Pudo ser ocasión su resentida salud, que no soportó la quizá indiscreta aspereza de la vida eremítica; pero todo el libro *Sobre el Sacerdocio* está demostrando que Juan pone el ideal sacerdotal y apostólico por encima del mero vivir solitario, atenido a la sola perfección personal. ¿Cómo se explica entonces su fuga del mismo sacerdocio? Su amigo Basilio, interlocutor del diálogo, lo apremia con esta misma objección: "Si el sacerdocio y ministerio de las almas es la máxima prueba de amor a Jesucristo, ¿cómo tú, que dices amarle, huyes de hacer aquello que El mismo señaló com la suma muestra de amor?" La explicación la da Juan a lo largo de toda la obra. En resumen, por un sentimiento de profunda humildad que, como siempre que es auténtica, debía de estar fundada en la verdad. Y la verdad era que Juan no se sentía, *por entonces*, con fuerzas suficientes para echar sobre sus hombros tan grave carga. La prueba está en que luego la aceptará y tendrá, ¡ay!, que arrastrar tormentas de pasión, de envidia y odio, mucho más violentas que las que había descrito o barruntado en su libro.

Como quiera que sea, en 381 vuelve a Antioquía y es ordenado de diácono por el obispo San Melecio, vuelto a su vez del destierro. Cinco años después, muerto Melecio, Fabiano, su sucesor, le ordena de presbítero y le encomienda el oficio de la predicación. Entre estas dos fechas, 381-386, es decir, en el periodo del diaconado, hay que poner la composición de su obra *Sobre el Sacerdocio*, y aquí, por lo

tanto, nos detenemos en la vida de San Juan Crisóstomo. Hay quien la sitúa en el periodo de su retiro (374-380); pero no me parece probable que un libro que exalta el ideal sacerdotal sobre la vida solitaria pudiera ser escrito en pleno fervor eremítico. Ni es tampoco verosímil, como opina J. A. Nairm, que lo escribiera en 386, ya sacerdote o a punto de serlo. Dice mejor con el texto y contexto, con la letra y espíritu del libro, imaginar a Juan en Antioquía, la grande y bella ciudad, cristiana, pagana y judía, como "ministro" al lado de su obispo, midiendo y meditando sobre el terreno, en la grandeza de los misterios divinos que el sacerdote realiza, y en las gravísimas responsabilidades del ministerio de las almas al sacerdote confiadas. Por todo el libro corre un aire, fresco de sinceridad a par que cálido de fervor, de quien observa con sus ojos la realidad y la pasa por el corazón, *la recuerda*, antes de fijarla en la página escrita. No fue ésta su única obra de este periodo. En él se colocan: *Los tres libros a Teodoro, Los tres libros contra los impugnadores de la vida monástica, Comparación o paralelo (Syncrisis) entre el monje y el rey, Los tres libros a Estagira, Consolación a una viuda joven, Los dos libros sobre la Compunción, Tratado contra Juliano y en honor de San Babilas.* Pero la obra maestra de este periodo son *Los seis libros sobre el Sacerdocio*, de los que, pues los tiene el lector en su mano y es muy probable que se decida a leerlos y aun meditarlos, no parece necesario dar aquí un menudo análisis, sí sólo sucinta idea de su forma y composición literaria.

Tras una breve exposición en que se nos cuenta la amistad de Basilio (que no fue el Grande, obispo de Cesárea) y de Crisóstomo y el incidente de la ordenación sacerdotal y episcopal de aquel y la fuga de Juan, comienza éste su apología ante su amigo y ante todos los que de diversos modos y por diversos motivos le afeaban su conducta. Conviene tener presente desde el primer momento este carácter de apología, o justificación personal, para comprender bien el espíritu y el tono de toda la obra y también (¿por qué no decirlo?) para explicarnos cierta impresión ambigua que en definitiva nos deja su lectura. San Juan Crisóstomo, diácono entonces y no sacerdote, contempla, en efecto, el sacerdocio supremo y único de Jesús, Pontífice nuestro, cabeza y principio de todo sacerdocio. El sacerdocio cristiano es una realidad única y divina, que sólo comprenderán en su plenitud aquellos que vivan la plenitud de su incorporación a Jesús Sacerdote, fuente de aquella fuerza de la gracia que hace exclamar a San Pablo y

a cuantos como él son llamados a la participación del sacerdocio de Cristo: *"Omnia possum in eo qui me confortat"* [17]. La unión del sacerdote con Jesús, maestro y amigo suyo por excelencia: *"nos autem dixi amicos"*... es, sobre todo, fuente de aquel amor, de aquella caridad divina más fuerte que la muerte, capaz de retar a la creación eterna: "¿Quién será capaz de separarnos de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, o la angustia, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución, o la espada? Como está escrito: "Que por ti somos diariamente llevados a la muerte; se nos considera como ovejas del matadero". Mas yo estoy cierto que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las virtudes, ni lo presente ni lo futuro, ni la fortaleza, ni lo alto ni lo profundo, ni criatura alguna ha de separarnos de la caridad de Dios que tenemos en Cristo Jesús, Señor nuestro" [18]. San Juan Crisóstomo nos perdonará mejor que nadie la larga cita de San Pablo, a quien él tanto amaba, porque jamás fueron dichas palabras tan ardientes, de tan sublime resonancia divina y que mejor revelen la fuerza sobrenatural del sacerdote que se siente uno, por lazo especial y único, con Jesús Sacerdote, Maestro, Señor y Amigo suyo.

Sería absolutamente falso y ajeno completamente a la mente del Crisóstomo, sacar la conclusión de que, pues el sacerdocio es cosa tan alta y divina y que tan graves responsabilidades entraña, mejor hacen los que de él huyen, como él huyó, que los que lo abrazan. Hay momentos en la lectura que nos producen esa impresión, o poco menos, a lo que contribuye además, allende lo dicho, una confusión, tal vez más lingüística que real, que corre a lo largo de todo el libro. San Juan Crisóstomo no distingue ordinariamente en sus razonamientos sacerdocio y episcopado, funciones de orden y de jurisdicción y gobierno, dignidad externa y carácter sagrado. Por aquellos mismo días de Juan dirá otro famoso presbítero: *"Quid enim facit, excepta ordinatione, Episcopus quod Presbyter non faciat?* [19]. Sin embargo, largos pasajes y razonamientos del libro *Sobre el Sacerdocio* sólo tienen sentido aplicados a la dignidad estrictamente episcopal, sin que el autor haga distinción expresa de cuánto habla de obispos y cuándo de simples presbíteros. ¿Lo hace así por escrúpulo lingüístico, englobando a ambos en el nombre clásico de *hiereis, sacerdotes?* El hecho es que tiene cuidado de evitar cuando puede la palabra *episcopos* y que *episcopein* es para él, como para los autores clásicos, *visitar* y no, como es corriente en los autores eclesiásticos desde su glorioso paisa-

no San Ignacio Mártir, "ser obispo" [20]. Por un escrúpulo o arcaísmo aticista semejante, llama el Crisóstomo "filósofos" a los monjes y "filosofía" a su manera de vida. Mas la prueba decisiva de la falsedad de la conclusión antedicha nos la da el mismo Santo, cuando tras los años de diaconada, acepta gozoso el presbiterado y, finalmente, cuando así lo exige el llamamiento divino y debidamente preparado por los años de diaconado y presbiterado, no rehuye la gloria y la tragedia de la dirección y gobierno de las almas, precisamente en aquella corrompida Constantinopla, anillo de Oriente y Occidente y confluencia de encontradas corrientes de ambición, de sangre y de placer. La conclusión, pues que San Juan Crisóstomo mismo insinúa muchas veces, es otra: Cuán diligente, cuidadoso, escudriñador examen y tanteo de fuerzas, propio y ajeno, de elegido y electores haya de preceder a la elección de tan sublime dignidad y estado, que si, además, como es normal en uno u otro grado, lleva aneja la dirección y gobierno de las almas, entraña las más tremendas responsabilidades. Juan tiene conciencia al escribir su libro de que está hablando, no ya sólo ante su amigo Basilio, sino a toda la Iglesia, y no teme, por cierto, poner el dedo en la llaga de los gravísimos males que entonces le aquejaban, contra los cuales nunca está de más que estemos sobre aviso. De esta manera, una obra que empezó por una defensa personal, termina por ser de interés universal y se mantiene tan actual en nuestro siglo XX, como en los días lejanos en que fue escrita en la Antioquía del siglo IV. Se admira uno en verdad de lo poco que varían los hombres y cómo cuadros y pinceladas de Juan sobre los cristianos –altos y bajos– de la Antioquía del siglo IV, retratan lo mismo a los de nuestros días.

Estilísticamente, la obra es de perfección clásica, muchas veces admirada. "Por la amplitud de la concepción, por el bello equilibrio de la composición, por la elegancia, brillantez y movimiento del estilo, estos seis libros *Sobre el Sacerdocio* forman realmente una obra hermosa, digna de las más puras tradiciones clásicas, a la que sería difícil hallar equivalente en la literatura profana del siglo IV" [21]. Su forma es el diálogo, no a la manera platónica, con aquella vida, naturalidad y dramáticos lances del genial y nunca superado creador del género, sino más bien a la manera oratoria de Cicerón, en que los personajes se complacen en largos discursos y disertaciones, rotas sólo, para comodidad de las transiciones, por la oportuna o brusca intervención de paciente interlocutor. Orador por naturaleza, Juan lo

es aun hablando o fingiendo hablar con solo su amigo. De pronto se olvida que es a él solo a quien tiene delante y se cree ante una muchedumbre colgada de su boca de oro. Oratorio es también el estilo, todo vehemencia y pasión, redundante muchas veces. Oratorios los largos períodos, las figuras, los adornos que llamó Cicerón *humina orationis*, sin los que no hay orador que hable al público, como la mujer no sale a la calle sin los suyos...

* * *

Tal es la obra famosa, lector paciente (bien mereces el calificativo si has tenido paciencia de leer toda esta Introducción), cuya interpretación te ofrezco, en la lengua de Granada, por si no tienes la fortuna de poderla gustar en la pura ática de Juan Crisóstomo. Ambos grandes maestros de su lengua, ambos lumbres y cumbres de la elocuencia cristiana, pero ambos grandes heraldos de la palabra divina, porque pusieron a su servicio la palabra humana y no aquélla al servicio de su vanidad, pecado de oradores. Te la ofrezco con la mejor voluntad y deseo, si eres sacerdote, para que la leas y medites en la divina presencia, y esta voz lejana y cálida de un gran Padre de la Iglesia te ayude a comprender ya ahondar más y más en tu sublime dignidad y gravísimas responsabilidades, y despierte "aquella gracia que hay en ti y te fue dada por la profecía con la imposición de manos del Presbiterio" [22]. Y ya, puesto a copiarte a San Pablo, bien pudiera añadirte lo que seguidamente dice a su discípulo Timoteo: *"Haec meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus..."* Y si no eres sacerdote, pero sí cristiano, lee también y medita este libro, para que te penetres de verdad tan olvidada como enérgicamente afirmada por San Juan Crisóstomo: "Que si nadie puede entrar en el reino de los cielos, si no renace por el agua y el Espíritu Santo; y que si no comemos la carne del Hijo del Hombre y no bebemos su sangre, no tendremos vida divina en nosotros (premisas evangélicas); como sea cierto que sólo por las manos consagradas del sacerdote se nos vierte el agua regeneradora y se nos infunde el Espíritu Santo y se nos reparte el Pan de vida y se nos absuelve de nuestros pecados, conclúyese que nadie puede despreciar al sacerdote ni sentirse ajeno al que nos engendra a la vida de Dios y nos la mantiene y acrecienta." Conclúyese que es absolutamente falsa y absurda esa distinción, que quiere pasar por válida, entre religión y sacerdocio, como si fuera posible ser cristiano de otra manera que como lo ordena y manda

Nuestro Señor Jesucristo, que dijo: "Quien a vosotros oye, a Mí me oye."

Finalmente, te advierto, por si eres curioso de la lengua griega, que seguí en mi versión el texto de Dübner, que tiene al lado la preciosa ayuda de la versión latina... [23].

Salamanca, Epifanía del Señor de 1945.

NOTAS

1. Se discute si Isidoro de Pelusio fue discípulo directo de San Juan Crisóstomo; de lo que no cabe duda es de que fue ferviente admirador suyo. Murió hacia el 435. Su obra conservada son 2.012 cartas, algunas brevísimas, en cinco libros. Reimpresión, en *Migne*, P. G. 78.

2. Epist. 156, citada por el P. Scio de San Miguel, en su traducción, de que luego hago mérito.

3. De vir. inl. 129.

4. La mejor, la de J. A. Nairn, Cambridge, 1906.

5. Aimé Puech, *Histoire de la litterature grecque chretienne*, tomo III, p. 462. París, 1930.

6. *Orientis apex pulcher*. Amm. Marc. XXII, 9, 14. Citado en *Pauly-Wissowa*, s. v. Antiochia.

7. *Hechos*, XI, 26.

8. Hom. "De Statuis", XXIV, al fin.

9. El nombre debiera verterse por "Florida" y sería bonito nombre de mujer.

10. *Ad vid. iuniorem*, c. 2.

11. *Contra Juliano y en honor de San Babylas*.

12. Todo el discurso merece ser leído; cf. *Libanii opera*, recensuit R. Foerster, vol. IV, oratio LXII. Véase también E. Norden, *Die Antike Kunstprosa*, II, p. 451.

13. O. c., tomo III, p. 462.

14. Luc., *Prólogo del Evangelio*.

15. Gal., I, 17.

16. *Hechos*, XVI, 9: *"Ut autem visum vidit, statim quaesivimus proficisci in Macedoniam, certi facti quod vocasset nos Deus evangelizare eis"*.

17. Philipp., 4, 13.

18. Rom., 8, 35-39.

19. San Jerónimo, Epist. CI, ad Evangelum, tomo VI, p. 803. Citado por Manning, *El Sacerdocio Eterno*.

20. Cf. Greek Lexicon of the Roman and Byzantine periods... by E. A. Sophocles, 1870, s. v.

21. A. Puech, o. c., p. 487.

22. I Tim. 4, 14.

23. *Sancti Ioannis Chrysostomi opera selecta*, Parissiis, Fermin Didot. MDCCCLXI. ¡Lástima grande que la selección se quedó en el tomo I!

LIBRO PRIMERO

Sobre el Sacerdocio.

Amistad de Basilio y Crisóstomo.

Yo he tenido en mi vida muchos amigos, genuinos y sinceros, que no sólo sabían las leyes de la amistad, sino que puntualmente las observaban. mas entre todos ellos, con ser muchos, uno hubo que los sobrepasó a todos en afecto para conmigo y que hizo punto de honor dejar atrás en tanto grado a los otros amigos, cuando aventajaban éstos a los que sólo tenían conmigo una relación ordinaria y corriente. Este era el que me acompañaba a todas partes, pues seguimos los mismos estudios y tuvimos los mismos maestros. Un mismo empeño, un mismo afán poníamos en las letras, a que ambos nos dedicábamos; un mismo deseo teníamos y de unas mismas causas nacido.

Porque no sólo mientras frecuentábamos las escuelas tuvimos unos pensamientos, sino también cuando, ya salidos de ellas, hubimos de pensar qué manera de vida nos estaría mejor escoger. Y allende de éstos, muchos otros motivos teníamos para mantener irrompible y firme nuestra concordia. Pues tocante a nuestras patrias, no podía el uno engreírse sobre el otro por la grandeza de la suya; y por lo que hace a las riquezas, ni yo era un opulento, ni vivía él oprimido por extrema miseria, sino que la hacienda corría parejas con la igualdad de nuestro propósito. Igual era el lustre de nuestros linajes y todo, en fin, concurría a la armonía de nuestro sentir.

Se rompe el trato: Basilio, monje; Crisóstomo, en el siglo.

Mas venido el punto en que aquél determinó seguir la vida bienaventurada de los monjes y profesar aquella verdadera filosofía, rompióse el equilibrio de nuestra balanza. El platillo de Basilio, levantóse ligero en el aire; yo, en cambio, trabado como estaba todavía de pies y manos con las concupiscencias del mundo, hice bajar el mío, y lo forcé a quedar clavado en el suelo, sobrecargándole todavía con mis juveniles ilusiones. De allí en adelante, la amistad, cierto, siguió tan firme como antes; pero rompióse nuestro trato y comunicación; pues no era posible que tuvieran trato común los que tenían afanes tan dispares.

Juan levanta un poco la cabeza.

Cuando, finalmente, empecé a levantar yo también tantico mi cabeza de entre las olas de la vida secular, recibióme Basilio con los brazos abiertos; sin embargo, ya no fue posible guardar aquella nuestra antigua igualdad. Porque habiéndoseme adelantado en el tiempo y desplegado extraordinario fervor, levantábase muy por encima de mí y se cernía en las alturas. Mas siendo él bueno de suyo, y estimando grandemente mi amistad, apartábase de todos los demás y veníase a pasar todo el tiempo conmigo, cumpliendo así un antiguo deseo suyo, que mi tibieza, como dije, le impidiera cumplir antes. Pues no era posible que quien, como yo, frecuentaba el foro y vivía fascinado por las diversiones del teatro, se juntara muchas veces con quien vivía clavado sobre los libros y no aparecía jamás por la plaza pública. Por eso él, que estuvo antes separado de mí, una vez que me recibió en su mismo género de vida, dio al punto a luz el deseo de que anduvo desde antiguo con dolores de parto y ya no consintió arrancarse un momento de mi lado. Exhortábame además, constantemente, a que dejando cada uno su propia vivienda, tuviéramos los dos una habitación común. Y persuadióme en efecto, y ya estaba yo para poner manos a la obra.

Los ruegos de la madre.

Pero la magia de las súplicas continuas de mi madre me impidieron darle este gusto a mi amigo, o por mejor decir, recibir yo de él esta gracia. Porque apenas ella se percató de mi determinación y propósito, cuando, tomándome de la mano, me introdujo en la habitación, a ella sola reservada, y sentándome cerca del lecho en que me diera a luz, soltó la fuente de sus lágrimas, y entre lamentos y gemidos, dirigióme estas palabras, más lastimeras que sus mismas lágrimas: "Hijo mío –me dice–, yo no tuve la suerte de gozar por mucho tiempo de la virtud de tu padre, pues ése fue sin duda el beneplácito divino. Porque sucediéndose su muerte a los dolores de tu alumbramiento, a ti te dejó huérfano y a mí viuda a deshora, con todo el séquito de males que a la viudez acompañan y que sólo las que por ellos han pasado pueden bastantemente conocer. Ningún discurso bastaría a pintar aquel mar de tormentas en que se mete la pobre muchacha que, salida apenas de la casa paterna y sin experiencia del mundo, se ve de pronto sumida en dolor intolerable y forzada a sobrellevar preocupaciones que exceden su edad y su sexo. Tiene, en efecto, que corregir la indolencia de los criados y vigilar sus astucias, ha de rechazar las insidias de los parientes, sufrir con ánimo esforzado las molestias y la crueldad de los cobradores de tributos. Mas supongamos que el que se fue del mundo la dejó con hijos; si de niñas se trata, cierto que no será pequeña la preocupación y cuidado que a la madre le espera, mas al menos estará libre de gastos y temores. Mas si fuese un hijo, ¡qué de temores, qué de cuidados han de acumulársele día a día! ¡Qué de dispendios si quiere darle educación generosa! Y, sin embargo, hijo mío, nada de eso me movió a contraer segundas nupcias y traer otro esposo a la casa de tu padre. Firme me mantuve en la tormenta y huracán, y no rehuí el horno de hierro de la viudez, sostenida, ante todo, por el auxilio de lo alto, y consolada también sobremanera, en aquella mi desgracia, contemplando a la continua tu cara, en la que se veía viva y fielmente reproducida la imagen del esposo difunto. Por eso, cuando eras aún chiquito y no sabías todavía hablar –al tiempo que los hijos gustan señaladamente a sus padres–, tú eras todo mi consuelo.

Además, tampoco puedes echarme en cara, que si es cierto que sobrellevé generosamente la viudez; mas, apremiada de la necesidad, te menoscabé en algo la hacienda de tu padre, cosa que han sufrido

muchos que tuvieron la desgracia de quedar en orfandad, como yo misma lo sé de algunos. Toda te la he guardado íntegra, a pesar de que nada dejé de gastar de cuanto fue preciso para tu educación; mas todo ello, de mis propios bienes y de lo que traje de la casa de mis padres.

Y no pienses que, al decirte todo esto, intento recriminarte lo más mínimo. Sólo quiero pedirte una gracia en pago de todos estos beneficios: No me hagas otra vez viuda; no despiertes un dolor tiempo ha dormido. Espera al fin de mis días, pues quizá no está muy lejos el día en que tendré que emprender mi último viaje. Allá los jóvenes que podéis echar cuentas de llegar a larga vejez; a nosotros que ya llegamos a viejos, ninguna otra cosa nos queda que esperar sino la muerte. Así, pues, una vez que me hayas entregado a la tierra y colocándome junto a los huesos de tu padre, emprende entonces largos viajes, navega por los mares que te plazca, pues nadie habrá ya que te lo impida; mas en tanto que yo alentare, consiente en vivir a mi lado. No quieras ofender a Dios sumiéndome en tamaños males, cuando en nada te falté jamás. Porque si pudieras acusarme de que yo te arrastro a los cuidados del siglo, o que te obligo a entender en mis negocios, entonces no respetes las leyes de naturaleza, no la crianza, no la convivencia ni otra consideración ninguna; huye de mí como de un enemigo que acecha contra tu vida. Mas, si por el contrario, todo lo ordeno a procurarte completo vagar a fin de que te entregues a ese género de vida, si no otra cosa, deténgate al menos este vínculo conmigo. Porque, aunque digas que son infinitos los que te aman, nadie sin embargo te procurará que goces de tanta libertad como tu madre, pues nadie hay a quien tan de cerca le toque todo lo que a tu reputación se refiere".

Astucia de Crisóstomo en la ordenación de Basilio.

Todo esto y muchas cosas más me dijo a mí mi madre y todo se lo referí yo a aquel varón generoso. Mas él, no sólo no se conmovió con semejantes razones, sino más y más me instaba con los mismos requerimientos de primero. Estando los dos en esta lucha, él rogándome a la continua y yo rehusando, inopinadamente nos llegó un rumor que nos turbó a entrambos: Decíase, nada menos, que se nos quería levantar a la dignidad sacerdotal. Yo por mí, en oyendo que oí noticia

semejante, fui presa del temor y de la perplejidad; de temor, no fuera que aun contra mi voluntad me cogieran para ordenarme; y de perplejidad, revolviendo muchas veces en mi cabeza cómo pudo pasarles por el pensamiento a aquellos hombres semejante cosa sobre mi humilde persona, pues por más que me examinaba a mí mismo, nada hallaba en mí que me hiciera acreedor a tan alta dignidad. Mas aquel generoso amigo mío, acercándoseme secretamente y tratando a solas conmigo de aquel asunto, como si nada hubiera yo oído, rogábame que aún en eso se viera que teníamos los dos un solo sentir y un mismo obrar, como siempre antes lo tuviéramos; que él, por su parte, estaba pronto a seguirme por el camino que yo tomara, ya fuera para rechazar, ya para aceptar. Yo, que me di cuenta de su resolución, juzgando que haría notable perjuicio al común de la Iglesia si por atender a mi propia flaqueza privaba al rebaño de Cristo de un joven tan excelente y de tantas partes para el gobierno de los hombres, no quise por entonces revelarle mi pensamiento sobre el caso, cuando antes jamás consentí que él ignorara una sola de mis determinaciones. Díjele que sería bien diferir la deliberación sobre el asunto para más tarde, puesto caso que por entonces la cosa no urgía; persuadíle al punto que no se preocupara por nada, y que, por lo que a mí tocaba, podía estar tranquilo, que de pasar el asunto adelante, nada haría sin común acuerdo con él. Poco tiempo después, presentóse el que nos iba a ordenar disimulando su intención y se lleva a Basilio, que nada de todo esto sabía, alegándole cualquier otro pretexto, y se le impone el yugo sacerdotal. Esperaba él, que, conforme a mis promesas, yo le seguiría en todo caso, o más bien, creía que me había yo adelantado y era él quien me acompañaba. Porque fue el caso que algunos de los que allí estaban, viendo que se molestaba de que le prendieran, empezaron a gritar (y así le engañaron) que era extraño que el que parecía de todo punto más atrevido y díscolo (refiriéndose a mí), hubiera condescendido con gran modestia a la decisión de los Padres, y que él, tenido por más sensato y modesto, se mostrara atrevido y vanaglorioso, alborotándose, recalcitrando y contradiciendo. A estas palabras, cedió Basilio. Cuando luego se enteró de que yo me había escapado, vino a mi casa muy triste y sentóse a mi lado. Quería hablarme y la misma tristeza se lo impedía. Iba a manifestarme la violencia de que había sido víctima; pero, apenas abría la boca, la tristeza le cortaba la voz, antes que la palabra traspasara los dientes. Viéndole yo todo lloroso y lleno de turbación, como quien sabía muy bien la causa de

ello, di en reír de muy buena gana, y tomándole de la mano, me esforcé en besarle, mientras daba gracias a Dios, de que mi industria hubiera tenido tan feliz término como siempre se lo había suplicado. Cuando él me vio tan contento y risueño, cayó en la cuenta de que yo le había engañado, y sintiólo y se irritó más todavía.

Acusación modesta de Basilio.

Repuesto, finalmente, un poco de aquella turbación de alma, me dijo: "Comprendo, aunque no se me alcanza la causa, que te hayas totalmente desentendido de mí y no tengas ya cuenta alguna conmigo; pero, al menos, debieras haberla tenido con tu propia reputación. Pues la verdad es que ha dado que hablar a todo el mundo, y no hay uno que no diga que por vanagloria rehusaste este ministerio, sin que ni uno tan solo te exima de la recriminación. Y por lo que a mí toca, ya no puedo ni presentarme en público, por el enjambre de gentes que se me acercan a acusarme. Apenas me ven aparecer por cualquier parte de la ciudad, me toman a parte quienquiera tenga alguna familiaridad conmigo, y sobre mí cargan la mayor parte de la culpa. "Tú sabías –me dicen– la decisión de tu amigo, pues no iba a ocultarte a ti cosa alguna; y en ese caso, lo que debiste hacer no fue ocultarlo, sino comunicárnoslo a nosotros, que no nos habría faltado medio de echarle mano." Yo me avergüenzo de decir a nadie que ignoraba en absoluto que tú hubieras ya de tiempo atrás tomado esa resolución, pues temo crean que toda nuestra anterior amistad fue pura ficción. Pues, cuando así fuera (como así es, en efecto, pues ya ni tú mismo lo podrás negar después de lo que acabas de hacer conmigo), no es bien que revelemos nuestros males a los demás, cuando, por lo que fuere, tienen moderada opinión de nosotros. Temo, pues, decirles la verdad de lo pasado entre nosotros y no tengo otro remedio que callarme, mirar al suelo y dar la vuelta para no encontrarme con nadie. Porque si quiero huir la acusación primera, vendré a caer en la de embustero, pues nadie querrá creer que pusiste tú a Basilio en el número o cuenta de aquéllos a quienes no es lícito conocer tus secretos. Mas este punto quédese sin tocar, pues me basta que ese haya sido tu gusto. Mas, ¿cómo aguantar la vergüenza de todo lo demás? Porque los unos te acusan de arrogancia, otros de vanagloria; y los que no saben de perdón para los reos, de vanagloria y arrogancia juntamente. Y aún

añaden la injuria que hemos inferido a los que nos han honrado con su elección. "aunque bien merecida se la tienen" –dicen éstos–, y aun más que pueda venirles de nuestra parte; pues, dejando a un lado a tantos y venerables varones, han puesto los ojos en unos chiquillos, envueltos hace cuatro días en los cuidados de la vida, y porque han empezado a contraer el entrecejo, vestirse traje oscuro y fingir no sé qué tristeza de rostro, los han levantado de golpe y porrazo a tal dignidad, cual ni en sueños pudieran ellos esperar alcanzar jamás; y los que desde sus primeros años hasta la extrema vejez se han ejercitado en la virtud, están ahora en el número de los súbditos y son sus hijos los que los mandan, chicuelos que no saben ni de oídas las leyes por las que deben ejercer el mando". Con estos y semejantes dichos nos acosan por todas partes. Yo, por mi parte, no sé qué contestar a todo eso, y te ruego que tú me lo expliques. Porque no creo que así, sin más ni más y a la ventura, emprendieras aquella fuga que había de traerle la enemistad de tan grandes señores, sino que calculada y consideradamente viniste a este término; por todo lo cual, me figuro que has de tener tus razones preparadas para la defensa. Porque del agravio que a mí me has hecho, no quiero pedirte cuenta alguna; no de que me has engañado, no de que me has traicionado, no de la confianza mía de que gozaste todo el tiempo de antes. Porque tomando yo en mis manos mi propia alma, si cabe así decirlo, la puse toda en las tuyas; mas tú has usado conmigo de tal astucia, cual si se tratara de precaverte contra tu más encarnizado enemigo. Sin embargo, si sabías que dar aquel paso era cosa provechosa, no debías huir tú del provecho; y si dañosa, apartarme también a mí de ese daño, puesto caso que decías apreciarme más que a nadie sobre la tierra. Y la verdad es que hiciste todo lo posible para que viniera a dar en él, y sobre todo, no había por qué usar de dolo y ficción con quien tenía por costumbre hablar y obrar en todo con absoluta sinceridad y sencillez para contigo; mas en fin, de nada de esto, como ya te he dicho, quiero acusarte ahora; ni siquiera voy a reprocharte por esta soledad en que ahora me has puesto, cortando aquellas conversaciones nuestras de que con frecuencia sacábamos tan grande provecho y no mediano placer. Todo lo dejo a un lado y todo lo quiero sufrir callada y tranquilamente, y no porque tu falta para conmigo sea de las que tranquilamente se puedan sufrir, sino porque desde el primer día que trabé amistad contigo, me puse por ley no pedirte jamás cuenta de ningún disgusto que pudieras darme. Y que el daño que me has acarreado no sea como

quiera, tú mismo lo sabes muy bien, recordando, como has de recordar, lo que de nosotros se decía por los extraños y lo que nosotros mismos a nuestras solas no cesábamos de repetir, conviene saber, cuán grande provecho había de resultarnos de permanecer unánimes y fortificados con la mutua amistad. Y aun decían más todos los que nos conocían: Que no sería menguado el bien que a muchos otros acarrearía nuestra concordia. Cierto que, por lo que a mí toca, jamás pude comprender qué bien pudiera yo hacer a nadie; pero en todo caso, una ganancia no pequeña me parece ya segura, y es que, unidos, seremos invencibles a quienes quieran combatirnos. ¡Y qué de veces no te lo recordaba! Los tiempos –te decía yo– son difíciles. Los que nos acechan muchos; se ha perdido la verdadera caridad y en su lugar se ha introducido la envidia funesta. Vamos atravesando por entre lazos y caminamos por encima de las almenas de la ciudad. Muchos son y por doquiera nos rodean los que están prontos a alegrarse con nuestros males, si alguno nos sobreviene; con los dedos de la mano pueden contarse los que se compadecerían, si es que hay alguno. Mira no sea que separándonos un día, demos que reír a muchos, y no quiera Dios que tengamos que lamentar algo peor que el ridículo. "El hermano que ayuda a su hermano es como ciudad fortificada y reino con cerrojos" (Prov. 18, 19). No deshagas nuestro parentesco y rompas este cerrojo."

Todo esto y mucho más te dije mil veces, sin que entonces por cierto barruntara nada semejante, sino creyendo en tu franca y sana amistad para conmigo. Quería, más bien, curar al enfermo en salud, sin caer en la cuenta de que, a lo que parece, estaba aplicando medicinas al enfermo de verdad; y ni aún así, por mi desgracia, conseguí nada, ni me valió cosa mi exceso de previsión. Porque tú, arrojando en un punto lejos de ti todas esas consideraciones, me has lanzado al piélago infinito, como barca sin lastre, sin miramiento alguno a aquellas fieras olas que tendré forzosamente que arrostrar. Pues cuando sucediere (como es fuerza que muchas veces suceda) que se me levanta un calumnia o se haga burla de mí, o se me injurie y moleste de cualquier modo que fuere, ¿en quién me refugiaré? ¿A quién daré parte de mis tristezas? ¿Quién me defenderá a mí y confundirá a los que me molesten y les obligará a éstos a no molestarme más y me dispondrá a mí para sobrellevar las inepcias de los demás? ¡Nadie!, puesto que tú te has retirado lejos de esta guerra terrible y no puedes ya ni oír la grita del combate. ¿No te das cuenta del grande mal que

has hecho? ¿Comprendes, siquiera después del golpe, qué mortal herida me han infligido? Mas quédese eso ahí, pues ya no es posible deshacer lo hecho ni hallar remedio a lo irremediable. Mas, ¿qué diremos a los extraños? ¿Qué responderemos a sus acusaciones?

Contestación de Crisóstomo.

Crisóstomo.– ¡Buen ánimo!, le dije yo entonces; porque no sólo estoy dispuesto a rendir cuentas sobre todo eso, sino que quiero también darte razón aun de los otros puntos, sobre que no la pides, en cuanto a mí se me alcance; y hasta, si así te place, por éstos voy a empezar mi defensa. Conducta sería absurda y obra de ingrato en grado sumo, si preocupándome de lo que puedan pensar de mí los extraños y no dejando piedra por mover para taparles la boca en sus acusaciones, no tratara de persuadir, de que en nada le he faltado, al que más amo de todos, al que guarda tal pudor y reverencia para conmigo, que ni siquiera quiere acusarme de los agravios que dice haber recibido de mí, sino que posponiendo lo suyo, sólo de mis cosas se acuerda. Absurdo sería, repito, e ingratitud desmedida que usara yo con él de mayor pereza que mostró él diligencia para conmigo. Así, pues, ¿en qué te he agraviado? Pues por aquí, efectivamente, me determino a meterme en el mar profundo de mi defensa. ¿Acaso es que te engañé y no te descubrí mis intenciones? Mas si te traicioné, por tu bien lo hice: bien para el que fue engañado y bien para aquéllos a quienes por engaño te entregué. Si, en efecto, asentamos que el engaño es siempre malo absolutamente y que jamás pueda usarse de él convenientemente, yo me someto en este punto a la pena que tú quieras imponerme; o mejor dicho, ya sé que tú no consentirás que yo sufra pena ninguna. Yo mismo me condenaré a la pena que los jueces imponen a los culpables, cuando sus acusadores los convencen de reos de crimen.

Mas si no se trata de cosa que en sí y absolutamente sea mala, sino que resultará mala o buena según la intención de los que usan de ella, entonces no me acuses ya de que te engañé, sino demuéstrame que yo tracé para tu daño aquella estratagema mía. Porque si esto no hay, no ya reproches y recriminaciones, alabanzas es lo que hay que tributar al engañador, si queremos obrar justamente y a fuer de hombres que saben lo que se hacen. Porque un oportuno engaño y que con

derecha intención se practica, tiene y encierra en sí tanto de ganancia, que muchos han sido castigados por no haber usado de él como debían.

El engaño en la guerra.

Examina, si te place, los más celebrados capitanes que fueron desde el comienzo de los tiempos, y verás que la mayor parte de sus victorias fueron debidas a la astucia. Y son precisamente más alabados los que por astucia vencen, que no los que en campo abierto obtienen la victoria. Porque éstos, si derrotan al enemigo, es a costa de grandes pérdidas en hombres y dinero; de tal manera, que apenas reportan ventaja ninguna de la victoria, sino que la desgracia corre casi por igual para vencedores y vencidos, diezmados como quedan los ejércitos y vacías las arcas. Fuera de esto, ni aun de la gloria de la victoria pueden gozar totalmente, pues no pequeña parte de ella se la llevan los mismos vencidos, como quiera que si fueron derrotados en sus cuerpos, no lo fueron en el valor de su alma. Y si hubiera sido posible que, aun heridos, no cayeran, y la muerte no viniera a hacerles terminar la lucha, ellos, de suyo, jamás hubieran cejado en su valor.

Mas el que logra la victoria por estratagema no sólo destruye el enemigo, sino que le convierte en irrisión de todos. Porque no se trata ya de medir las fuerzas, en que vencedores y vencidos se llevan por igual las alabanzas, sino la inteligencia, y aquí la prez de la victoria pasa íntegra a los vencedores; y además –lo que no significa menuda ventaja–, la ciudad goza del triunfo puro, sin mezcla de dolor ni de tristeza. Porque la riqueza y grandeza de la inteligencia no tiene nada que ver con la riqueza de dineros y la muchedumbre de soldados; porque hombres y dinero, si de continuo se gastan en las guerras, vienen a terminarse y los dueños se quedan sin nada; mas aquélla es de tal naturaleza, que cuanto más se ejercita, más se aumenta.

El engaño en la paz.

Mas no sólo en la guerra, sino en la misma paz encontraremos ser grande la utilidad del engaño, y necesario en ocasiones servirnos de él, no sólo en los asuntos políticos, sino en la misma familia, el

marido respecto de la mujer y la mujer respecto del marido, el padre con el hijo, el amigo con el amigo y hasta los hijos con los padres. La hija de Saúl, por ejemplo, de ningún otro arte hubiera podido librar a su propio marido de las manos de aquél, sino engañando a su padre (I Reg. 19, 11). Y su hermano de ella, tuvo que valerse de las mismas armas que la mujer cuando quiso otra vez salvar al mismo que ella salvara, puesto de nuevo en peligro de muerte (Ibid. 20, 8).

Basilio.– Nada de todo eso me atañe a mí, replicó mi amigo; pues ni yo soy tu enemigo y contrario, ni jamás intenté hacerte daño alguno, sino todo lo contrario. Yo remití mis cosas todas a tu parecer y siempre anduve por el camino que tú me señalaste.

Estratagema de los médicos.

Mas, ¡oh admirable y óptimo amigo! Ya veía yo venir tu objeción, y por eso me adelanté a decirte que no sólo en la guerra, no sólo contra los enemigos, sino en la paz también y para bien de los amigos que más amemos, es lícito usar del engaño. Y que éste pueda ser provechoso no sólo a los que engañan, sino a los mismos engañados, no tienes, para convencerte, sino acercarte a cualquier médico y preguntarle cómo curan a sus enfermos, y oirás de ellos, que no se contentan con su arte ni les basta, sino que en ocasiones tienen que echar mano de su astucia, y combinando ésta con aquélla, logran restituir la salud a los enfermos. Porque casos hay en que o el mal humor de los pacientes, o la dificultad de la enfermedad no admite los consejos del médico, y entonces no hay más remedio que ponerse la máscara del engaño, para disimular, como en el teatro, la verdad de las cosas. Y si gustas, yo mismo puedo contarte una treta, entre muchas, que oí referir de un médico. Cayó no sé quién repentinamente enfermo con fiebre vehementísima y abrasadora; mas es el caso, que el buen hombre rechazaba cuantos remedios pudieran apagar aquel fuego, y, en cambio, deseaba e insistentemente pedía a cuantos entraban a verle que le trajeran vino puro en abundancia y le satisficieran aquel fatal deseo. Fatal digo, porque de haberle alguien dado aquel gusto, no sólo le hubiera encendido más y más la fiebre, sino que hubiera llevado al infeliz hasta el delirio. Impotente aquí el arte médico y sin recurso a que echar mano, pues se rechazaban absolutamente los que ella proponía, viene ahora la astucia y muestra su propia

virtud, tanta por cierto cuanta vas a ver inmediatamente. Viene el médico; toma una jarra de arcilla recién sacada del horno; la remoja bien en vino y sacándola luego vacía, la llena de agua; manda que se oscurezca con muchas cortinas la habitación del enfermo a fin de que la luz no descubra el engaño, y, finalmente, le da a beber de la jarra, como si estuviera llena de vino puro. El hombre, seducido de pronto por el olor, aun antes de tomar la jarra en las manos, ni se paró a examinar lo que le daban, acosado por la gana de beber; engañado por la oscuridad y fiándose del olor, bebió a grandes sorbos de la jarra, y una vez saciado, sacudió inmediatamente su sofoco y pudo escapar del peligro que le amenazaba.

¿Has visto en este caso el provecho del engaño? Y si quisiéramos contar una por una todas las trazas de que los médicos se valen, habríamos de alargar el discurso hasta lo infinito.

Los médicos del alma usan también del engaño.

Mas no sólo los que curan los cuerpos, sino también los que entienden en enfermedades de las almas, han recurrido constantemente a este remedio. Así se atrajo San Pablo a aquellos miles y miles de judíos [1]; con la misma intención, aquel que amenaza a los Gálatas que de nada le sirve Cristo si se circuncidan [2], él circuncidó a Timoteo [3]; y por la misma razón, el que tenía por daño la justicia que procede de la ley, se sometió a sí mismo a la ley. Grande, en efecto, es la fuerza del engaño, como no se practique con propósito engañoso. O más bien, ya en este caso, no debiera dársele nombre de engaño, sino de cierta como traza, disposición o arte, capaz de hallar salida donde ya no parece haberla y de corregir los defectos del alma. De la misma manera que yo no llamaría homicida a Fineés, aunque de un solo golpe mató a dos personas (Núm. 25, 7 sgs.), ni tampoco a Elías, aun después de la muerte de aquellos soldados con sus capitanes (4 Reg. 1, 12), y de aquel torrente de sangre que hizo correr con el degüello de los sacerdotes de los demonios (3 Reg. 18, 34). Porque si esto concediéramos y miráramos las cosas en sí mismas, prescindiendo de la intención de los que las hacen, por el mismo caso tendríamos que condenar a Abraham por homicida de su propio hijo (Gen. 22), y habríamos de acusar a su nieto Jacob de astucia y a su tataranieto Moisés de robo, porque el uno obtuvo por astucia la primogenitura

(Gen. 27, 19) y el otro se llevó al ejército de los israelitas las riquezas de los egipcios (Ex. 11, 21 sgs.). Pero no, no es así. Dios nos libre de atrevernos a decir tal cosa. Pues no sólo los tenemos por exentos de culpa, sino que por tales acciones los admiramos, puesto caso que Dios mismo los alabó. Porque a decir verdad, sólo debe en justicia ser llamado engañador el que engaña con intención inicua, no el que lo hace con sana intención. Como que muchas veces es hasta conveniente engañar y del engaño se han seguido muy grandes bienes; en cambio, por querer ir derechamente, se han hecho grandes males al que no se quiso engañar.

1. *Hechos*, 21-26.
2. Gal., 5, 2.
3. *Hechos*, 16, 13.

LIBRO SEGUNDO

Sobre el Sacerdocio.

El sacerdocio, máxima prueba del amor a Cristo.

Muchas otras cosas habría que decir sobre el uso que para bien cabe hacer del engaño, o más bien, no ya engaño, sino aquella admirable disposición y traza, como sería más propio llamarlo. Mas, sin duda, lo dicho basta para demostrarlo, y sería pesado y molesto alargar sobre ello el discurso. A ti te tocaría ahora demostrar que lo que hice contigo no fue todo trazado y dispuesto para tu bien y provecho.

Basilio.– Mas ¿qué provecho puede seguírseme –me dijo él– de esta tu traza o sabiduría, o como más gustes de llamarla, para persuadirme de que no me has engañado?

Crisóstomo.– ¿Y acaso puede haberle mayor –le contesté yo– que hacer a la vista de todo el mundo aquello que Cristo mismo declaró ser la mayor prueba de amor que podemos darle? Hablando, en efecto, con el que era cabeza de los apóstoles, le dijo: "Pedro, ¿me amas?" Y respondiendo Pedro que sí, añade el Señor: "Pues si me amas, apacienta mis ovejas" (Ioh. 21, 15). El Maestro pregunta al discípulo que si le ama, no porque necesitase saberlo (¿qué necesidad tenía El, que penetra los corazones?), sino para enseñarnos a nosotros, cuánto le importa el gobierno de estos sus rebaños. Siendo, pues, esto cosa manifiesta, claro será igualmente que se reservará grande galardón al que trabajare en aquello que Cristo precia sobre todas las cosas. Aun acá nosotros, cuando vemos que alguno se interesa por nuestros esclavos o rebaños, lo tomamos por muestra de amor que a nosotros se hace, y eso que se trata, al cabo, de cosas que pueden comprarse por

dinero. ¿Qué recompensa pensamos ha de dar a los que le apacientan su rebaño, que El compró con su muerte y dio por precio su propia sangre? Por eso respondiéndole su discípulo: "Señor, tú sabes que te amo", poniendo precisamente por testigo de su amor al mismo que era objeto de él, el Señor no se paró ahí, sino que pasó adelante y añadió la señal del amor, diciendo: "Apacienta mis ovejas". Pues no tanto pretendía entonces el Señor manifestarnos en qué medida le amaba Pedro, cosa que ya nos era manifiesta por mil otros indicios, sino que Pedro, y nosotros con él, nos diéramos cuenta de cuánto ama El a su Iglesia, y pusiéramos, por ende, todo nuestro empeño en su servicio. Pues, ¿por qué causa no perdonó Dios a su Hijo Unigénito, sino que siendo único, le entregó a la muerte? (Rom. 8, 32). Para reconciliar consigo a los que éramos sus enemigos y adquirirse un pueblo peculiar suyo. ¿Por qué el mismo Hijo derramó su sangre? (Tit. 2, 14). Para adquirir a tal precio esas mismas ovejas que ahora encomienda a Pedro y a sus sucesores. Luego con razón dijo Cristo: "¿Quién será el siervo fiel y prudente a quien el Señor pondrá al frente de su casa?" (Mat. 24, 25). También aquí las palabras parecen de duda; mas el que las dice, no las dijo porque dudara, sino que así como al preguntar a Pedro si le amaba, no lo hizo porque necesitara averiguar el cariño de su discípulo, sino para mostrar el exceso de su mismo amor, así ahora al decir: "¿Quién es el siervo fiel y prudente?", no es que ignore quién tal sea, sino que quiere ponernos, delante cuán rara cosa sean semejantes siervos y cuánta, por otra parte, la grandeza del gobierno que se les encomienda. Y de ahí, consiguientemente, cuán grande la recompensa, pues dice: "Sobre todo lo que tiene le constituirá".

Descuelle el sacerdote en santidad como Saúl en estatura.

¿Con que todavía vas a contender conmigo sobre que no hice bien en engañarte, siendo así que vas a ser puesto al frente de todos los bienes de Dios y hacer de por vida aquello que dijo el Señor a Pedro había de aventajarle en amor sobre todos los demás apóstoles? "Pedro –le dice–, ¿me amas más que éstos? Pues apacienta mis ovejas". Y claro está que podía haberle dicho: "Si me amas, date al ayuno, duerme sobre la tierra, guarda altas vigilias, protege a los oprimidos, sé padre de los huérfanos y amparo de las viudas". Mas la verdad es que

todo eso lo deja a un lado, y sólo le dice: "Apacienta mis ovejas". Porque todo eso que acabo de enumerar, cosas son que fácilmente pueden practicar muchos de los súbditos, tanto hombres como mujeres; mas en tratándose de ponerse al frente de la Iglesia y recibir la encomienda de las almas, ante la grandeza de este negocio, retírese a un lado todo el linaje de las mujeres y aun la mayoría de los varones, y sólo den paso adelante aquéllos que de entre éstos se aventajen a todos los otros y se alcen tantos codos sobre ellos en virtud del alma, cuantos Saúl sobre todo el pueblo hebreo en estatura de cuerpo. Pues no basta que el sacerdote sobrepase a los demás por encima del hombro, sino que la diferencia que va de los animales al hombre, ésa ha de mediar entre el pastor y los apacentados, si es que no mayor, pues realmente mayores cosas se arriesgan. Porque el que pierde un rebaño de ovejas, sea que se las arrebate el lobo o le asalten ladrones o les ataque una peste o cualquier otro accidente, todavía puede esperar algún perdón por parte del amo del rebaño; y puesto caso que se le exija reparación, el daño no pasa de más o menos dinero. Mas aquél a quien se le encomiendan los hombres, que son el espiritual rebaño de Cristo, en primer lugar, el daño que sufrirá, caso de perder sus ovejas, no será en dinero, sino en su misma alma; y en segundo, la lucha que tendrá que sostener es mayor y más difícil. No tendrá, efectivamente, que luchar contra lobos, ni temer salteadores, ni preocuparse de la peste, que ataque al ganado. ¿Contra quiénes es la guerra? ¿Con quiénes hay que habérselas en la lucha? Oye a San Pablo que te lo dice: "No luchamos contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus del mal sobre el cielo" (Eph. 6, 12).

Debe apercibirse para la lucha contra el demonio y la carne.

¡Ya ves qué espantosa muchedumbre de enemigos, qué fieros escuadrones, no pertrechados de hierro, sino que por toda armadura llevan su propia maligna naturaleza! ¿Quieres contemplar ahora otro ejército acampado, igualmente feroz y cruel, que acecha a este rebaño? Desde el mismo otero podrán mirarlo, pues el mismo que nos habló de los otros, va ahora a señalarnos estos nuevos enemigos, diciéndonos sobre poco más o menos: "Manifiestas son las obras de la carne, que son, fornicación, adulterio, impureza, impudor, servidum-

bre de ídolos, hechicerías, enemistades (Gal. 5, 19, 21), contiendas, envidias, iras, riñas, calumnias, murmuraciones, altanerías, disensiones" (2 Cor. 12, 20) y muchas cosas más, pues no quiso enumerarlas todas, sino que por las unas sacáramos las otras. Y hay otra diferencia de un pastor a otro; pues tratándose del pastor de animales, cuando alguien quiere destruir su rebaño, si logran hacerle huir, le dejan ya de combatir y se contentan con arrebatarle el ganado; mas con el pastor de almas no pasa así, sino que aun después de haberle arrebatado el rebaño entero, no cejan en la lucha contra el pastor, sino que entonces le atacan con más violencia y cobran mayores bríos los enemigos, y no se retiran del campo hasta verle derribado por tierra o quedar ellos derrotados.

El pastor en funciones de médico.

Pues vengamos ahora a las enfermedades que atacan a uno y a otro rebaño. Y la primera diferencia que hallamos es que las que atacan a las ovejas son claras y manifiestas, ya se trate de hambre, ya de peste o de heridas o de cualquier otro siniestro que pueda ocurrirles; lo cual no es pequeña parte para dar con el remedio. Y aun sobre eso, hay otra ventaja para la pronta curación de la enfermedad que aqueje al rebaño, y es que, caso que la oveja no quiera de grado recibir la medicina, puede el pastor con mucha facilidad hacérsela recibir a la fuerza. Si hay que aplicarles un cauterio o practicar una amputación, fácil cosa es atarlas; como es fácil, si así conviene a su salud, tenerlas encerradas todo el tiempo que se quiera, cambiarles el alimento, apartarlas de las aguas, o hacer, finalmente, todo lo que el pastor tenga por bien para el caso.

Mas la cosa cambia cuando se trata de las enfermedades de las almas. En primer lugar, tropezamos con la dificultad de conocerlas, "pues nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él" (1 Cor. 2, 11). ¿Cómo, pues, aplicar el remedio de una enfermedad, cuya naturaleza se desconoce y que muchas veces ni se puede saber si existe? y aun dado caso que la enfermedad sea clara y patente, la dificultad de curarla es aquí mayor que en el caso de las ovejas, pues no es posible curar a los hombres mal de su grado, como hace el pastor con aquéllas. Cierto que aquí también hay que atar y privar de alimento y quemar y cortar; mas que la medicina se acepte,

no está ya en manos del que la aplica, sino del enfermo. Así se lo dice aquel varón admirable, como quien así lo sentía, a los de Corinto: "No somos dominadores de vuestra fe, sino coayudadores de vuestra alegría." (2 Cor. 1, 23.) Porque a nadie como a los cristianos les está vedado corregir por la violencia los defectos de los que pecan. Eso pueden hacerlo los jueces seculares, que, cuando un malhechor cae bajo la ley, le obligan, mal de su grado, a dejar sus costumbres; mas entre nosotros, no es lícito proceder a la fuerza, sino que por el camino de la persuasión hay que corregir al que peca. No nos conceden las leyes ese poder de coerción contra los que pecan, ni, caso que nos lo concedieran, nos serviría para nada, pues no ha de coronar Dios con su gloria a los que a la fuerza se apartan del mal, sino a los que lo evitan por libre y espontáneo propósito. De ahí que se requiera tanto tino para persuadir al enfermo que se someta voluntariamente a la cura que el sacerdote le ofrece, y no sólo se someta, sino que juntamente se lo agradezca. Porque si se le ata y patalea (pues quédale poder para ello), el mal resulta más grave; y si rechaza las palabras de reprensión, que cortan como el hierro, a una herida se añade otra herida, y lo que se hizo para curarle, le agrava la enfermedad. En conclusión, que no es posible en este género de males curar a nadie a la fuerza y mal de su grado.

La prudencia en corregir y moderación en castigar.

¿Qué hacer en trance semejante? Pues córrese peligro de tratar con demasiada blandura al que necesita se le corte en carne viva, y si no descarnas hasta el hueso, cuando la herida es profunda, no harás sino cortar una parte y dejar otra. Mas, por otro lado, si cortas por lo sano sin miramiento alguno, córrese otro riesgo no menor; que exasperado el enfermo por los dolores, dé al traste con todo, vendas y medicinas, y, roto yugo y ataduras, se despeñe en su perdición. En comprobación de lo cual, pudiera contarte de muchos que vinieron a dar en los mayores extremos, por habérseles exigido el castigo que sus pecados merecían.

Pues no basta simplemente aplicar al pecado la medida del castigo, mas débese también considerar la intención del que pecó, no sea que queriendo coser el rasguño, hagas mayor la rotura, y por levantar al caído, le ocasiones ruina mayor. Hay, en efecto, varios géneros de

gentes –los que de suyo son flacos para el bien, los derramados, los que están muy metidos en los placeres del mundo, y, en fin, los que se enorgullecen por su linaje y poderío–; a todos éstos puédeseles suavemente y paso a paso apartar de sus malas costumbres, y aun no del todo; pero, en fin, algo puede conseguirse. Mas si de golpe se los quiere corregir de todo, no se logrará ni siquiera aquella parcial y menor enmienda que decíamos. Porque el alma que una vez pierde la vergüenza, cae en el endurecimiento de corazón, y ya ni se la mueve con blandas palabras, ni se la doblega con amenazas, ni se la atrae con beneficios, sino que viene a ser peor que aquella ciudad que el profeta increpa diciéndole: "Tu vista se hizo adúltera y perdiste la vergüenza con todo el mundo." (Jer. 3, 3.) Por eso, gran prudencia se requiere en el sacerdote y mil ojos ha de tener para mirar por todos sus costados la disposición en que está el alma, pues así como hay muchos que se insolentan, y desesperan de su salud por no poder sufrir los medicamentos amargos, así en lo espiritual hay quienes, por no sufrir el castigo que merecen sus pecados, se ensoberbecen y se vuelven peores y se abalanzan a mayores pecados. Ninguno de estos puntos ha de dejar el sacerdote sin examinar, sino, diligentemente mirado todo, aplicar entonces convenientemente su remedio, a fin de que su empeño no resulte vano.

Cómo haya de recoger la oveja extraviada.

Mas no sólo ha de trabajar el sacerdote en corregir a los que pecan, sino en juntar otra vez al cuerpo de la Iglesia los miembros arrancados de ella. Y no será poca la dificultad que aquí le espera. Porque allá al pastor ordinario, sus ovejas le siguen mansamente por doquiera las guía; y si acaso algunas, más ariscas y cerreras, dejan el pasto saludable y se andan por parajes estériles y escabrosos, bástale levantar un poco más la voz para recogerlas otra vez y juntarlas al resto del rebaño.

Mas si un hombre se desvía de la fe derecha, ¡cuánta diligencia, cuánta constancia, cuánta paciencia no ha menester el pastor de las almas para reducirla otra vez a ella! Porque no se trata aquí de arrastrarle por la fuerza, ni de obligarle por el terror, sino de atraerle nuevamente por la persuasión a la verdad, de la que en mala hora se apartó. Alma, por cierto, generosa se requiere para no desalentarse,

para no desesperar de la salvación de los extraviados, para tener siempre delante y repetirse a la continua aquello del Apóstol: "Quizá algún día les conceda el Señor arrepentimiento y vengan en conocimiento de la verdad y se vena libres de los lazos del diablo" (2 Tim. 2, 25, 26). Por eso dijo el Señor, hablando con sus discípulos: "¿Quién es el siervo fiel y prudente?" Porque el que a sí solo se ejercita en la virtud, para sí solo alcanza provecho; mas el provecho del ejercicio pastoral a todo el pueblo se extiende. Cierto que el que distribuye sus bienes entre los necesitados y el que de cualquier otro modo defiende a los oprimidos, aprovecha también, a su modo, a sus prójimos; pero siempre será en orden y grado tan inferior cuanto va del alma al cuerpo. Luego, concluyendo, con razón dijo el Señor que la señal de nuestro amor para con El es el empeño que ponemos en cuidar de su rebaño.

Réplica de Basilio: Contrarréplica de Crisóstomo.

Basilio.– ¿Mas es que tú no amas a Cristo?

Crisóstomo.– Amole ciertamente, y jamás he de dejar de amarle; pero temo irritar al mismo a quien amo.

Basilio.– ¡Vaya un enigma que me propones, oscuro como él solo! Pues por un lado me acabas de mostrar que Cristo manda a quien le ama que apaciente su rebaño, y por otro me dices ahora que tú no quieres apacentarlo, porque amas al que esto mandó.

Crisóstomo.– No hay enigma ninguno en lo que te digo, sino que es cosa absolutamente clara y sencilla. Si yo, en efecto, me sintiera apto para desempeñar este ministerio, tal y como Cristo quiso que se desempeñe, y con todo eso lo rehuyera, entonces sí cabría dudar del sentido de mis palabras; mas puesto caso que mi flaqueza espiritual me incapacita para este ministerio de las almas, ¿qué hay que inquirir en lo que te dije? La verdad es que temo que se me entregara un rebaño de Cristo grueso y bien cebado, y por mi inexperiencia viniera a enflaquecer de manera que provocara contra mí la indignación de aquel Dios que se entregó a sí mismo por salvación y precio de sus ovejas.

Basilio.– Bromeándote estás conmigo, al hablar de esa manera, pues si en serio lo dices, a fe que no podías demostrarme de otra mejor manera que tengo razón en mi dolor, que con lo que me acabas de alegar precisamente cuando tratabas de quitarme mi tristeza. Pues

yo, que ya sabía de antes que me habías engañado y traicionado, ahora que tratabas de deshacer mis acusaciones acabo de enterarme y darme más cabal cuenta del cúmulo de males a que me has arrastrado. Pues si por no sentirte capaz para este ministerio y no ser tus hombros para tanta carga, la rehuiste, a mí, aun en el caso de que me hubieras visto con ardiente deseo de ella, debieras habérmela quitado de encima, más que más habiendo yo puesto en tus manos la resolución de todo este negocio. La realidad ha sido muy distinta: mirando sólo por ti, te desentendiste completamente de mi interés. ¡Y ojalá que sólo te hubieras desentendido, que ya me tendría yo por contento con eso! Llegaste a más y me armaste una trampa para que más fácilmente cayera en las manos de los que querían prenderme. Y ni siquiera podrás, para justificar tu conducta conmigo, buscar el subterfugio de que te engañó la opinión del vulgo y te hizo presumir de mí altas y grandes cosas. Pues ni soy de los ilustres que el vulgo admira, ni, caso que lo fuera, había que anteponer el juicio de la gente a la pura verdad. Y aun si nunca hubieras tenido ocasión de tratarme de cerca, tuviera alguna razonable excusa que te guiaras por la opinión de los demás; mas si no hay ni uno que así conozca todo lo que tú conoces, si sabes tú mejor que los mismos que me engendraron y criaron, los repliegues todos de mi alma, ¿qué discurso vas a componer tan elocuente que pueda persuadir a tus oyentes que no me arrojaste muy de propósito al peligro en que ahora me hallo? Mas, en fin, quédese esto aquí por ahora, pues no quiero que por cosa mía comparezcas a juicio. Sólo quiero que me digas qué defensa tienes contra tus acusadores.

Panegírico de Basilio.

Crisóstomo.– Pues no te la diré –repliqué yo– si primero no deshago tus acusaciones, por más que tú, una y mil veces, me quieras absolver de ellas. Tú dices, en efecto, que mi ignorancia pudiera excusarme y que nada habría que reprocharme si, sin saber de ti absolutamente, te hubiera empujado al estado en que te hallas; mas puesto caso que te entregué, no por ignorancia, sino sabiendo muy bien sabidas todas tus cosas, me queda cerrado el camino para toda razonable excusa y justa defensa. Mas el caso es que yo opino todo lo contrario. ¿Por qué? Porque un asunto de tanta gravedad pide largas pesquisas; y el que quiere levantar al sacerdocio a sujetos realmente

idóneos, no puede contentarse con la fama que por ahí corra, sino que juntamente con ella, él, más que nadie y antes que nadie, ha de averiguar muy bien todo lo que a los sujetos en cuestión se refiere. Porque al decir San Pablo: "Conviene que tenga también buen testimonio de los de fuera" (I Tim. 3, 7), ni excluye con eso este cuidadoso y apurado examen, ni presenta ese testimonio como prueba principal para la aprobación de los que han de ser ordenados sacerdotes. Efectivamente, después de haber enumerado el Apóstol otros muchos requisitos, añade también ése de la fama, dándonos a entender que no es ella suficiente, sino que, dado caso que ninguno de los otros falte, habrá que atender también a esotro. Pues cierto es que muchas veces la opinión vulgar es engañosa; mas una vez practicado este diligente examen, ningún peligro puede ya resultar de aquélla. Por eso puso el apóstol lo de la fama exterior después de todo lo demás, pues no dijo simplemente "conviene tenga buen testimonio", sino que añadió: "También de los de fuera", dándonos a entender que antes de la fama de fuera hay que someterle a cuidadoso examen en todo lo demás. Luego, yo que te conocía mejor que tus mismos padres, como tú mismo confesaste, he de quedar absuelto de toda culpa por haberte conducido al sacerdocio.

Basilio.– Por eso más bien –me replicó mi amigo– debieras ser condenado, si alguien quisiera acusarte. ¿O es que no recuerdas, habiéndomelo tantas veces oído decir y habiéndolo tú mismo comprobado en mis obras, cuán poca sea la generosidad de mi alma? Pues ¿no te burlabas continuamente de mi pusilanimidad, cuando los más leves cuidados me derribaban por el suelo?

Crisóstomo.– Recuerdo muy bien –le contesté– haberte muchas veces oído decir todo eso y no voy ahora a negártelo. En cuanto a burlarme de ti, por broma lo hacía, y no de veras. Sin embargo, no quiero ahora discutir sobre nada de eso; sólo te pido que tú también uses conmigo de la misma generosidad, cuando yo quiera recordar algunas de tus virtudes. Y aun dado caso que me quieras argüir de embustero, no he de perdonárteio, pues yo te demostraré que al hablar así, llevas tu modestia más allá de la verdad. Y para probar la verdad de mi afirmación, no tendré que apelar a testimonio extraño, sino a tus mismos dichos y hechos. Y ante todo, quiero preguntarte una cosa: ¿Sabes cuánta es la fuerza de la caridad? Míralo por aquí: El mismo Cristo deja a un lado los prodigios que habían de obrar los apóstoles y dice: "En esto conocerán los hombres que sois mis discí-

pulos, en que os améis los unos a los otros" (Joh. 13, 35). Y Pablo dice que la caridad es la plenitud de la ley (Rom. 13, 10) y que sin ella ningún valor tiene todos los carismas. Pues esta virtud exquisita, este distintivo de los discípulos de Cristo, esta gracia que está por encima de toda otra gracia, yo la he visto generosamente plantada en tu alma y dando además copioso fruto.

Basilio.– Que el adquirir esa virtud haya sido toda mi preocupación, y que en el cumplimiento de ese mandamiento he puesto mi máximo empeño, no tengo inconveniente en concedértelo; mas que lo haya cumplido, ni a medias siquiera, tú mismo puedes serme testigo de ello, si es que quieres estimar en más la verdad que halagarme con tus palabras.

Crisóstomo.– Perfectamente, voy a apelar a las pruebas y cumplir lo que antes te amenacé: Demostrarte que cuidas más de aparecer modesto que de ser verdadero. Y referiré un caso sucedido recientemente, para que nadie pueda sospechar que cuento cosas añejas, con intención de que la verdad quede en la penumbra del mucho tiempo transcurrido, cuando el olvido no permite refutar lo que yo pudiera decir para adularte.

Heroica caridad de Basilio.

El caso fue que uno de nuestros familiares fue acusado ante los tribunales de injusticia y arrogancia; estaba a punto de ser condenado a la última pena, y entonces, sin que te acusara nadie ni siquiera te rogara el mismo que corría peligro de muerte, por librarle a él, te arrojaste tú mismo al peligro. Tal fue el hecho; mas para argüirte también por tus palabras, quiero recordar lo que en aquella ocasión dijiste. Unos, en efecto, desaprobaban este valor tuyo; otros lo alababan y admiraban. Tú entonces: "¿Qué queríais que hiciera? –contestaste a los que te acusaban–. Yo no sé amar de otra manera, sino exponiendo hasta mi propia vida, si ello es necesario, para salvar la de mis familiares." Y hablando así, si no dijiste las mismas palabras, sí el mismo pensamiento de Cristo, cuando marcó a sus discípulos el límite extremo a que puede llegar el amor: "Nadie –dijo el Señor– puede dar prueba mayor de amor a sus amigos que dar la vida por ellos" (Joh. 15, 13). Luego, si no hay amor mayor que éste, tú llegaste hasta el límite del amor, y por lo que hiciste y por lo que dijiste, tocaste la

cima de la caridad. Por eso te traicioné, por eso tramé todo aquel engaño. ¿Te convences ahora de que no fue por malicia, ni con intención de lanzarte a un peligro, sino muy a sabiendas de hacerte un bien, por lo que te arrastré a este estado?

Basilio.– Luego, ¿crees tú que para mejorar a los prójimos basta la fuerza de la caridad?

Crisóstomo.– No lo creo; pero no cabe duda que es parte muy principal que ayuda a ello. Mas si quieres que aduzca también pruebas de tu prudencia, pasaré a este capítulo, y te demostraré que en ella te aventajas a la caridad. Oyendo esto mi amigo, encendiósele el rostro todo de vergüenza y lleno de rubor me dijo:

Basilio.– Dejemos por ahora lo que a mí toca, pues no es eso sobre lo que desde el principio quería pedirte cuenta. Lo que tendría gusto en oírte es qué justas razones puedes alegar ante los extraños. Déjate, pues, de pelear contra una sombra y dime cómo nos defenderemos de los demás, tanto de los que nos levantaron a tanto honor, como de los que les tiene lástima, como si hubieran de nosotros recibido un ultraje.

Crisóstomo.– También yo tengo ya ganas de venir a ese punto. Y pues he terminado mi discurso en la parte que a ti tocaba, fácil cosa será volverme a esotra parte de mi defensa. Así, pues, ¿de qué me acusan esos señores y qué cargos alegan contra mí? Dicen que han sido por mí ultrajados y que les causé grave disgusto por no querer aceptar el honor que ellos me ofrecían. A esto primeramente respondo que ningún caso debe hacerse del agravio de los hombres, cuando, de honrarlos a ellos, hubiera de seguirse ofensa de Dios. Y añado más, que el irritarse por esto no es cosa exenta de peligro para los mismos que se irritan, sino que lleva aparejado grande castigo. Porque entiendo yo que los hombres consagrados a Dios y que a El solo miran en sus obras, deben mantenerse en tal serenidad de espíritu que ni por pensamiento se sientan injuriados, aunque recibieran mil injurias de este linaje. Pero es evidente que a mí no me pasó por la cabeza semejante atrevimiento, y vas a verlo en seguida. En efecto, si por arrogancia y vanagloria, como muchas veces me has dicho que me levantan por ahí, tomé la determinación que tomé, realmente habría que dar la razón a mis acusadores y confesar que cometí gravísima falta, menospreciando a unos venerables e ilustres varones, que por añadidura venían a hacerme un beneficio. Y si es digno de castigo el que ofende a quien no le ofendió, ¿qué no merecerá el que ultraja al

que espontáneamente le quiere hacer un beneficio? Espontáneamente digo, porque a nadie se le ocurrirá decir que en mi caso venían a pagarme beneficios, ni chicos ni grandes, que hubieran antes de mí recibido. Pues, ¿qué castigo no merecerá pagar beneficios con agravios? Mas si nada de todo esto me pasó a mí jamás por la cabeza; si con muy otra intención decliné un peso demasiado grave para mis hombros, ¿por qué se cierran al perdón y, ya que no les pedimos alabanzas por lo hecho, siquiera no me acusen y condenen porque hube lástima de mi propia alma?

Su negativa fue un honor para los electores.

Estaba yo tan lejos de soñar en injurias contra aquellos señores, que más bien diría que mi negativa fue un honor que les hice. Y no te sorprenda lo que te digo, como si fuera una paradoja, pues al punto voy a darte la explicación. En efecto, caso de haber aceptado, ¡qué no hubieran dicho, qué de sospechas no habrían echado a volar, si no todos, sí cierto aquellos para quienes no hay placer como hacer comidilla de los hechos ajenos! ¡Qué mal parados quedáramos elegidos y electores! "Esa gente –dirían– no mira más que al dinero, admiran lo ilustre del linaje, se han dejado seducir por sus adulaciones para elegirle sacerdote..." Y quién sabe si alguno añadiría que llegué yo a sobornarles por dinero. "Cristo –proseguirían los maldicientes– allá se escogió unos pescadores y fabricantes de tiendas y alcabaleros para levantarlos a la dignidad sacerdotal; pero éstos desechan a los que viven del trabajo de sus manos y sólo alaban y admiran a los que tienen no sé qué tintura de letras profanas y viven en la holganza. Si no, ¿por qué han desdeñado a los que se han pasado toda la vida trabajando por el bien de la Iglesia, y levantan de pronto al pináculo de la gloria a quien no cató jamás los sudores del trabajo, sino que se pasó los años en el vano estudio de las letras profanas?" Todo eso, y mucho más, pudieran haber dicho, si yo hubiera aceptado la dignidad que se me ofrecía. Mas ahora la cosa cambia; cortado queda de raíz todo pretexto de acusación y ni a mí podrán echarme en cara supuesta adulación, ni a ellos imaginada venalidad, a no ser que esos maldicientes pierdan sencillamente el seso y hablen como locos. ¿Quién hay, en efecto, que por adulación y dinero trate de adquirir una dignidad y cuando está ya para alargar la mano a ella, deje tranquilamente

que otro se la lleve? Sería lo mismo que si un labrador cultivara sus tierras con grandes sudores y mucho gasto de dinero con el fin de ver sus eras cargadas de haces y sus lagares rebosantes de vino, y luego, venida la recolección y la vendimia, otros se llevaran el fruto de sus gastos y sudores. ¿Ves cómo de haber yo aceptado, por muy lejos que los murmuradores estuvieran de la verdad, tendrían al menos un agarradero para decir que mis electores no se guiaron por el recto juicio y razón? Mas ahora, no les consentimos sencillamente ni abrir la boca ni despegar los labios. Y todo eso, y mucho más que te dijera, no sería sino comenzar. Porque una vez que pusiera manos en mi cargo, aun cuando lo hiciera como un ángel, no bastarían fuerzas humanas para responder a las críticas de cada día. Pues no digamos si por mi inexperiencia y poca edad, como por fuerza había de suceder, cometía mil errores. Pues de toda esta acusación he librado a mis electores no aceptando, como de haber aceptado los hubiera expuesto a mil baldones. Pues ¿qué no se hubiera dicho sobre el caso? "¡Las cosas más altas y venerandas han sido puestas en manos de chiquillos sin conocimiento! ¡Han destruido el rebaño de Dios! ¡La religión cristiana se ha convertido en materia de befa e irrisión!" mas ahora "toda iniquidad tendrá que cerrar su boca" (Ps. 106, 42). Y si acaso lo que de mí pudiera decirse, te lo aplicaran ahora a ti, tú les demostrarás muy pronto por las obras, que no se mide la prudencia por la edad, ni se respeta al anciano simplemente por las canas; que no al joven es al que por principio se ha de apartar de este ministerio, sino al neófito. Y bien se ve que de lo uno a lo otro va mucha diferencia.

LIBRO TERCERO

Sobre el Sacerdocio.

Recházase la imputación de soberbia.

Poco más tendría que añadir fuera de lo dicho sobre la supuesta injuria por mí inferida a los que me honraron con su elección, y sobre la intención que se me atribuye de haberme escapado para avergonzarlos. Lo que intentaré demostrarte ahora, según mis fuerzas, es que tampoco hui hinchado por el orgullo. En efecto, si me hubieran ofrecido la dirección de un ejército o el trono de un imperio, y no lo aceptara, pudiéraseme, con razón, tachar de orgulloso; o mejor dicho, nadie me hubiera entonces calificado de tal, sino de loco rematado. Ahora bien, no se me ofreció un imperio, sino el sacerdocio, que está por encima de todo imperio, cuanto el espíritu sobre la carne. Y ¿habrá alguien que se atreva a imputarme haberlo rehusado por menosprecio y desdén? Mas ¿no sería absurdo tener por locos a los que desdeñan lo menos, y a los que desprecian aquello que sobrepuja todo lo humano se les absuelva de toda locura y se los condene, a carga cerrada, por soberbios? Llamamos a un pobre hombre y le ofrecemos una magnífica manada de bueyes y los rechaza, porque se desdeña de ser pastor. "¡Es un loco, decimos! ¡No tiene cabeza!" Y a nadie se le ocurre tacharle de soberbio.

Pero viene otro a quien se le da un bledo por todos los imperios de la tierra y por todos los ejércitos de los imperios, y ya a éste no se le tacha de loco, sino de soberbio y arrogante. Mas no, no es así en manera alguna, y los que así hablan más bien se acusan a sí mismos que a mí. Porque sólo pensar que quepa en humana naturaleza despreciar una dignidad tan alta como la del sacerdocio, es ya prueba que

condena a los que tan pobre opinión manifiestan tener en este asunto. Porque si no creyeran que se trata de cosa de poco más o menos, y de que no hay por qué hacer demasiado caso, ni por pensamiento les hubiera pasado sospechar que puede nadie rechazarlo por desprecio. Si no, ¿por qué a nadie se le ocurrió jamás sospecha semejante respecto de la dignidad de los ángeles y decir que el alma humana no puede, por su soberbia, aceptar esa dignidad? Pues porque nos figuramos cosas altísimas de aquellas celestes potestades y no nos cabe en la cabeza que pueda un hombre desdeñar un honor cual no alcanzamos a imaginar mayor. En conclusión, que justamente pueden ser acusados de soberbia los que me la achacan a mí; pues es claro que jamás hubieran sospechado de los demás tal cosa, si ellos primero no tuvieran un bajísimo concepto del sacerdocio.

Recházase la acusación de vanagloria.

Pues vengamos a la acusación de vanagloria. ¿Quién no ve que aquí caen en contradicción manifiesta y que vuelven sus armas contra sí mismos? No sé yo, en efecto, qué mejores argumentos pudieran buscar, si trataran de librarme de toda acusación de vanagloria. Pues es claro que si alguna vez me hubiera acometido esa pasión de vanagloria, más bien debiera haber aceptado que no huir. ¿Por qué? Sencillamente, por la mucha gloria que ello me acarreara. Porque eso de que a mi edad y salido apenas de los cuidados seculares, me presentara de pronto a los ojos de todo el mundo como algo tan prodigioso que fui preferido a los que gastaron su vida entera en trabajar por la Iglesia, y me llevara yo solo más votos que todos ellos juntos, cosa era para que todos barruntaran de mí maravillas y se me rodeara de veneración y de gloria. Mas ahora la mayor parte de la Iglesia ni de nombre me conocen, fuera de unos cuantos; de suerte que ni siquiera sabrán todos que rechacé la elección, sino unos pocos, y aun éstos me figuro que no tendrán tampoco idea clara de lo sucedido. Lo probable es que la mayor parte crea que no fui en absoluto elegido; y los demás, que si me eligieron, me rechazaron luego por no haberles parecido apto, y no que voluntariamente hui.

Basilio.– Mas no cabe duda, que los que sepan la verdad del caso se admirarán.

Crisóstomo.– ¡Los que sepan la verdad del caso! Esos son preci-

samente los que me has dicho que me calumnian de vanagloria y soberbia. ¿De dónde, pues, voy a esperar alabanza? ¿De la gente? La gente no sabe a punto fijo lo ocurrido. ¿De unos pocos que lo saben? Mas también aquí las cosas nos han salido al revés, pues no fue otra la causa de tu venida a mi casa, sino para saber lo que debías responder a estos pocos. Mas ¿a qué apurar ahora la cosa sobre ese punto? Espera un poco y verás claro como la luz que, ni que todo el mundo supiera la verdad del caso, me podrían acusar de soberbia y vanagloria. Y aparte de eso hay otra cosa más grave todavía y es que no ya el que tal descaro tuviera de despreciar el sacerdocio (si hay alguien tan osado entre los hombres, cosa que yo no puedo creer), sino los mismos que esto sospechan de los demás, están en muy gran peligro de sus almas.

La grandeza del sacerdocio cristiano sobre el de la antigua ley.

Porque el sacerdocio, si es cierto que se ejerce sobre la tierra, mas pertenece al orden de las cosas celestiales y con sobra de razón. No fue un hombre, en efecto, no un ángel o arcángel, no poder alguno criado, sino el mismo Espíritu Consolador el que estableció esta jerarquía e hizo que, permaneciendo aún en la carne, pudieran los hombres pensar en ejercer ministerio de ángeles. Por lo cual, debe ser el sacerdote tan puro como si estuviera en los cielos en medio de aquellas angélicas potestades. Cierto que lo que precedió la Ley de gracia eran cosas terribles y venerandas, tales como las campanillas, las manzanas, las piedras sobre el pecho, las del humeral, la mitra, la *cídaris*, el vestido rozagante, la lámina de oro, el *Sancta Sanctorum*, aquella grande soledad del interior. Mas si consideramos los misterios de la Ley de gracia veremos qué poco vale todo aquel aparato de temor y espanto, y cómo también aquí se cumple lo que de la Ley fue dicho: "Que al lado de la sobreeminente gloria de la Gracia, no es gloria la gloria de la Ley" (2 Cor. 3, 10). Contempla, en efecto, al Señor crucificado y puesto como víctima sobre el altar; mira al sacerdote que preside el sacrificio y ora; mira otrosí a todos los allí presentes como bañados y teñidos con aquella sangre preciosísima, y dime si crees estar aún entre los hombres y que asientas tus pies sobre la tierra, y no te sientes más bien trasladado de pronto sobre los cielos, y, arrojando de tu alma todo pensamiento carnal y terreno, crees

contemplar con alma desnuda y mente pura la gloria misma del cielo. ¡Oh maravilla! ¡Oh benignidad de nuestro Dios! El que está en el cielo sentado a la diestra de Dios Padre se pone en aquel momento en las manos de todos; todos pueden entonces, contemplarle con los ojos de la fe. ¿Es que todo esto te parece digno de desprecio y tal que pueda nadie levantarse soberbiamente contra tan soberanos misterios?

¿Quieres ver, por otra maravilla, la sobreeminente santidad de estos misterios? Imagínate que tienes ante los ojos al profeta Elías: Mira cómo le rodea la muchedumbre; el sacrificio sobre las piedras, la quietud y silencio de todos, cómo sólo el profeta ora; y, de pronto, mira cómo baja fuego del cielo que consume el sacrificio. Todo esto es admirable y nos llena de estupor. Pues ahora trasládate de ahí y contempla lo que entre nosotros se cumple, y verás no sólo cosas admirables, sino algo que sobrepasa toda admiración. En pie está el sacerdote, no para hacer bajar fuego del cielo, sino para que descienda el Espíritu Santo, y prolonga largo rato su oración, no para que una llama desprendida del cielo consuma las víctimas, sino para que descienda la gracia sobre el sacrificio y abrase las almas de todos los asistentes, y las deje más brillantes que la plata acrisolada.

Siendo esto así, ¿quién habrá tan loco y mentecato que se atreva a menospreciar un misterio tan tremendo? ¿O es que ignora que sin particular auxilio de la gracia de Dios no habría alma humana capaz de soportar la prueba de ese fuego, sino que nos consumiría a todos de punta a cabo?

Cuán grandes sean los poderes del sacerdote.

Pues quien atentamente considere qué cosa sea estar un hombre envuelto aún en la carne y sangre, y, con todo eso, llegarse tan cerca de aquella bienaventurada y purísima naturaleza, ése podrá justamente entender qué tan grande sea el honor que la gracia del Espíritu Santo le otorgó al sacerdote. Porque por manos del sacerdote se cumplen los misterios dichos y otros que no les van en zaga, ya se considere su dignidad en sí, ya el fin de nuestra salvación a que todos se ordena. A los moradores de la tierra se les ha permitido disponer de los tesoros del cielo, y a los hombres dio Dios un poder que ni ángeles ni arcángeles alcanzaron jamás. Porque no fue a éstos a los que se ha dicho: "Todo lo que vosotros atareis sobre la tierra, atado será tam-

bién en el cielo, y lo que vosotros desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo" (Mat. 18, 18). Cierto que los que ejercen autoridad en el mundo tienen también poder para atar; pero es sólo los cuerpos; mas esta sacerdotal atadura aprieta al alma misma y atraviesa los cielos, pues lo que aquí abajo hacen los sacerdotes, Dios lo ratifica en los cielos, y lo que el siervo sentencia, el Señor lo confirma. ¿Qué otra cosa es esto sino concederles todo el poder de los cielos? Pues dice: "A quienes perdonareis los pecados, perdonados les quedan, y a quienes se los retuviereis, retenidos les son" (Joh. 20, 23). ¿Puede haber poder mayor que éste? "Todo el juicio le dio el Padre a su Hijo" (Joh. 5, 22). Mas lo que yo veo es que todo ese juicio fue puesto a su vez por el Hijo en manos de sus sacerdotes. De suerte que bien puede decirse que han sido levantados a tan sublime dignidad cual si hubieran sido ya trasladados a los cielos y trascendieran nuestra humana naturaleza y estuvieran libres de nuestras pasiones.

Voy a ponerte otro ejemplo. Concede el Emperador a uno de sus súbditos parte tan grande de su autoridad y poder, que puede éste encarcelar o poner en libertad a quien le diere la gana. ¿No te parece que sería el hombre envidiado por su suerte y aparecería como conspicuo a los ojos de todos? Pues ¿qué diremos del sacerdote que recibió de Dios poder tanto mayor cuanto es de más precio el cielo que la tierra y las almas que los cuerpos? ¿Parécete que se le hizo tan menguado honor que pueda a algunos pasarles por las mientes que a quien tales cosas se le confían puede menospreciar ese don de Dios? ¡Dios nos libre de tamaña locura! Porque locura fuera manifiesta menospreciar una dignidad, sin la cual no podríamos salvarnos ni alcanzar los bienes que nos están prometidos.

Los sacerdotes, dispensadores de las gracias divinas.

Porque si es cierto que nadie puede entrar en el reino de los cielos, si no es regenerado por el agua y el Espíritu; si el que no come la carne del Señor y bebe su sangre, es excluido de la vida eterna; si, finalmente, todo esto ha de cumplirse sola y exclusivamente por medio de aquellas santas manos del sacerdote, ¿cómo podrá nadie, alejado del sacerdote, escapar al fuego del infierno, ni alcanzar las coronas que nos están guardadas en la gloria? Porque ellos son, ellos, los que nos engendran a la vida divina; ellos los que por el bautismo nos dan

a luz; por ellos nos revestimos de Cristo y nos consepultamos al Hijo de Dios, hechos miembros de aquella divina y bienaventurada Cabeza. De suerte, que los sacerdotes no sólo deben merecernos reverencia mayor que los reyes y príncipes, sino que debiéramos honrarlos justamente más que a nuestros mismos padres.

Los sacerdotes, padres espirituales.

Pues éstos nos engendraron por la sangre y la voluntad de la carne; mas aquéllos fueron causa de nuestra generación en Dios, de aquel nuevo nacimiento bienaventurado, de la libertad verdadera y de la filiación divina por la gracia. Los sacerdotes judíos tenían poder de librar de la lepra, digo mal, no de librar, sino de examinar y dar un certificado a los que estaban ya libres de la lepra; y bien sabes cuán disputada era entre ellos la dignidad sacerdotal. Mas los sacerdotes cristianos han recibido potestad, no sobre la lepra del cuerpo, sino sobre la impureza del alma, y no sólo de certificar sobre la ya curada, sino de limpiar absolutamente de ella a las almas. De manera que quien a éstos desprecia, mayor sacrilegio comete y mayor castigo merece que Datán y sus secuaces (Núm. 16). Porque éstos, si es cierto que pretendían una dignidad que no les correspondía, sin embargo en el mismo empeño con que la pretendían, daban bien a entender la altísima idea que de ella tenían; mas esotros, cuando el sacerdocio está adornado de mayores preseas y recibió más altas prerrogativas, por opuesto camino que aquéllos cometen con él un desacato mayor. Porque no es lo mismo, en orden a desdén, pretender una dignidad que no nos corresponde, que despreciarla; sino que va de lo uno a lo otro, lo que va de admirar a desechar. Pues ¿qué alma habrá tan desgraciada que menosprecie tan grandes bienes? Yo, francamente, jamás me atrevería a afirmarlo de nadie, a no ser que le incitara a ello un aguijón diabólico.

Mas volvamos a tomar el hilo de lo que decíamos sobre la espiritual paternidad del sacerdote. Digo, pues, que no sólo para castigar, sino también para hacernos bien, Dios ha concedido mayor poder a los sacerdotes que a nuestros padres naturales, y hay entre unos y otros la misma diferencia que entre ésta y la otra vida, pues los unos nos engendran para la una y los otros para la otra. Por lo demás, nuestros padres no tienen poder para librarnos de la muerte ni para

alejar de nosotros una enfermedad que nos acometa; los sacerdotes, en cambio, no sólo con sus amonestaciones, sino también con la ayuda de sus oraciones, han curado a muchas almas enfermas y han salvado a las que estaban a punto de perecer; a unas, aminorándoles el castigo que sus culpas merecían; a otras, impidiéndoles de todo punto caer en el pecado. Porque no sólo al engrendrarnos por el bautismo, sino también después tiene el sacerdote poder de perdonar los pecados. Dice, en efecto, la Escritura: "¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los ancianos de la Iglesia y hagan oración sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor le levantará; y si hubiere cometido pecados, se le perdonarán" (Jac. 5, 14-15). Además, los padres naturales poco o nada es lo que pueden hacer por sus hijos, cuando éstos han ofendido a algún gran personaje o poderoso de la tierra; mas los sacerdotes pueden reconciliarnos, no con los príncipes, no con los emperadores de la tierra, sino con el mismo Dios, irritado contra nosotros. ¿Habrá, pues, todavía quien osare, después de lo dicho, culparme de soberbio y arrogante por no haber aceptado el sacerdocio? Yo creo más bien que quienes atentamente me hayan escuchado han debido concebir tal reverencia hacia él, que no ya a los que huyen, sino a los que por su cuenta se abalanzan y con todo empeño procuran alcanzar este honor, a ésos condenarán por soberbios y temerarios. Porque si los que tienen encomendado el gobierno de los estados, si no son muy prudentes y en grado sumo perspicaces, los estragan y arruinan, y juntamente se pierden y arruinan a sí mismos, ¿qué virtud no habrá menester, virtud propia y dada de lo alto, aquel a quien cupo en suerte adornar la Esposa de Cristo, si no quiere desbarrar en mil faltas?

Temor de San Pablo por la grandeza de este ministerio.

Nadie amó a Cristo más que Pablo; nadie desplegó mayor celo; a nadie se le concedió mayor caudal de gracia, y, sin embargo, después de tan altos privilegios, todavía teme por este gobierno y por sus gobernados: "Temo –dice– que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, no se corrompan también vuestros pensamientos y se aparten de la sencillez de Cristo" (2 Cor. II, 3). Y en otra ocasión: "Con gran temor y temblor me presenté a vosotros" (I Cor., 2, 3). Así habla un hombre que fue arrebatado al tercer cielo, que tuvo parte en los secre-

tos de Dios, que sufrió tantas muertes cuanto fueron los días que vivió después de su conversión, un hombre que ni siquiera quiso usar de la potestad que Cristo le había dado por temor de escandalizar a algunos de los fieles. Pues si el que llevaba su generosidad más allá de los mandamientos de Dios, y en nada se buscaba a sí mismo, sino en todo el interés de sus súbditos; si el Apóstol, digo, así estaba sobrecogido de la grandeza de esta dignidad, ¿qué me pasará a mí, que en tantas ocasiones me busco a mí mismo, que no sólo no sobrepasé en generosidad los mandamientos de Cristo, sino, que quebranté la mayor parte de ellos? "¿Quién está enfermo –dice el Apóstol– y no enfermo yo también? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?" (2 Cor., 11, 29). Tal debe ser el sacerdote, mejor dicho, aun es eso poco. Poco es, en efecto, o nada lo dicho para lo que voy a decir. ¿Qué? "Rogaba yo ser separado de Cristo por mis hermanos según la carne" (Rom., 9, 3). El que pueda pronunciar esa palabras, aquel cuya alma haya llegado a hacer esa súplica a Dios, ése sí que merecería se le formara juicio, si huia del sacerdocio; mas el que está tan lejos de esa virtud, como lo estoy yo, no se hace odioso si huye, sino si acepta. Lo mismo que si se tratara de una dignidad militar y los que tienen facultad de dar esos grados echaran mano de un herrero o zapatero o de cualquier otro artesano por el estilo, y le encomendaran el mando de todo el ejército; yo no alabaría a ese desgraciado, si no huia y hacía todo lo posible por no precipitarse en un inminente desastre. Porque si, en efecto, bastara que se nos dé nombre de pastores y poner luego manos a la obra, venga como viniere, y nada se arriesgara en ello; en ese caso, acúseme quienquiera de vanagloria: mas si el que ha de recibir el cuidado de las almas, necesita exquisita prudencia y antes que prudencia, gran caudal de gracia de Dios y santidad de costumbres y pureza de vida y una virtud, en fin, sobrehumana; no me niegues ya el perdón por no haberme querido vana y temerariamente precipitar a mi perdición. Si el capitán de un navío, lleno de remeros y cargado de infinitas mercancías preciosas, haciéndome sentar junto al timón, me ordenara atravesar el Mar Egeo o el Tirreno, yo saltaría a la primera palabra, y si alguien me preguntara por qué: "–Pues por no echar la nave a pique", le contestaría al punto. Pues ya, si ahí que no se trata sino de perder más o menos dinero, o de correr un riesgo que no puede pasar de muerte corporal, está bien que se use de toda previsión y cautela; ¿habrá razón para condenarme y aborrecerme, porque no me arrojé de cabeza en mal tan grande, empuñando el gobernalle en

una navegación en que los náufragos no se ahogan en este piélago visible, sino que caen en el abismo del fuego, y la muerte no viene sólo a separar el alma del cuerpo, sino a precipitar cuerpo y alma en el castigo eterno? ¡No tal!, te ruego y te suplico.

Navegación entre monstruos.

Conozco muy bien mi propia alma, débil ella y pequeña; conozco también la grandeza de este ministerio y las dificultades que lleva consigo. Las olas que se levantan en el alma del sacerdote son más fuertes que las que levantan los vientos en el mar. Los escollos le amenazan por doquier, y, ante todo, ése de la vanagloria, el más espantoso de todos, más difícil de sortear que aquel de las Sirenas que fantasearon los poetas, pues éste fueron muchos los navegantes que lograron pasar junto a él sanos y salvos; mas esotro, me parece a mí tan dificil de evitar, que ni aún ahora, cuando nada hay que me empuje a ese abismo, puedo tenerme por enteramente libre de peligro. Pues si encima me encomiendan ahora esa prelación, ello sería poco menos que arrojarme atado de pies y manos a que día a día me fueran desgarrando las fieras que habitan esos antros. ¿Qué fieras son ésas? Ira, tristeza, contienda, calumnia, delaciones, mentiras, hipocresía, insidias, maldiciones contra inocentes, complacencia en las torpezas de los compañeros de ministerio, tristeza de su prosperidad, amor de alabanzas, ambición de honores (ésta es, de las pasiones humanas, la que más fuertemente se enrosca al alma), doctrinas para el placer, adulaciones serviles, halagos innobles, desprecio de los pobres, acatamiento a los ricos, honras irracionales y dañosas, favores, peligrosos a los que los hacen y a los que los reciben, temor servil y que sólo dice con vilísimos esclavos, pérdida de la libertad para decir la verdad, mucha apariencia de humildad, ninguna humildad verdadera, jamás corregir ni reprender a nadie, desmandarse, si acaso, contra los humildes y no osar ni abrir la boca contra los poderosos. Estas, y muchas otras más, son las fieras que cría aquel escollo en sus antros. El desgraciado que alguna vez cae en sus fauces, a tal punto de servidumbre es reducido, que aun por complacer a mujeres viene a hacer cosas que no estaría bien ni nombrarlas.

La mujer obedezca y calle...

La ley divina las expulsó de este ministerio, mas ellas contra viento y marea pugnan por introducirse en él, y ya que por sí mismas nada pueden, se valen de otros para hacer lo que les da la gana. Y ya se han alzado hasta tal punto con el mando, que en su mano está elegir o deponer a los que se les antoja, y aquí se cumple lo que comúnmente se dice, que lo de arriba abajo, y lo de abajo arriba, pues los que debieran mandar obedecen, y los que habrían de obedecer son los que mandan. Y menos mal si, al cabo, fueran hombres los que mandan y no precisamente aquellas a quienes no les está permitido ni enseñar (I Cor., 14, 34). Mas ¿qué digo enseñar? Ni hablar les consintió San Pablo en la Iglesia. Mas yo he oído contar que algunas se han tomado ya tanta libertad, que han llegado a reprender a los mismos prelados de las Iglesias y les han dirigido palabras más duras que los amos a sus esclavos.

No echar al sacerdocio las culpas del sacerdote.

Mas no vaya a pensar nadie que yo hago por igual culpables a todos los sacerdotes de los pecados susodichos. Porque hay muchos, muchos hay, repito, que saben desenredarse de estos lazos, y sin duda son más numerosos que los que se dejan prender en ellos. Y, en todo caso, tampoco podría inculparse por ello al sacerdocio mismo, y no quiera Dios que cometa yo esa locura. Porque obrando en buena razón, nadie culpa al hierro de que mata, ni al vino de que embriaga, ni a la fuerza de que llegue a la violencia, ni al valor de que sea a veces temerario, sino a quienes se acusa y castiga es a los que usan indebidamente de esos dones de Dios. Más bien debiera el sacerdocio culparnos, con razón, a nosotros, por ponerlo en manos de quien no debiéramos. Porque no es el sacerdocio causa de los males del sacerdote, sino que fuimos nosotros, en cuanto estuvo de nuestra parte, los que lo mancillamos con tan grandes impurezas, al encomendárselo a hombres cualesquiera. Porque sin conocer a fondo su propia alma, ni haberse medido con el peso y grandeza del negocio que acometen, aceptan muy gustosos lo que se les ofrece; mas venido luego a la práctica, andan a ciegas por su inexperiencia y arrastran a mil desas-

tres a los pueblos que les fueron confiados. Y eso, eso fue precisamente lo que estuvo a punto de sucederme a mí, si Dios no se apresura a sacarme de tan grave peligro, por lástima que hubo de su Iglesia y de mi alma. Pues, ¿de dónde, dime por tu vida, de dónde crees tú que proceden tan graves perturbaciones en las Iglesias? Yo, por mi parte, soy de parecer que no tienen otro origen, sino al hacerse las designaciones y elecciones de prelados al azar y a la buena de Dios. Pues, claro está, que, ante todo, había que mantener la cabeza muy sana, a fin de resistir y reducir a debido punto las exhalaciones que de abajo le llegan, desprendidas de los demás miembros del cuerpo; mas si empieza por estar mala la cabeza, no pudiendo rechazar aquellos pestilentes vapores, no sólo se pondrá ella más enferma de lo que ya de suyo estaba, sino terminará arruinado todo el cuerpo. Pues para que esto no suceda por mí, Dios me ha conservado en el orden de los pies, que es el que desde un principio me cupo en suerte.

Que no se debe, por ambición, desear el sacerdocio.

Porque muchas más partes, ¡oh Basilio!, muchas más, se requieren, allende lo dicho, para hacer un sacerdote perfecto, de que yo carezco. Y, ante todo, ésta: Que de todo punto guarde su alma limpia de ambición de esta dignidad. Porque si apasionadamente la desea y por ambición la alcanza, puesto en ella, el fuego se enciende con más fuerza, y apoderándose con violencia de su alma, a trueque de mantenerse en el puesto alcanzado, le obligará a mil inconvenientes, a adulaciones, vilezas y aun dispendios de dinero. Pues que por disputarse esta dignidad han hecho algunos correr la sangre en las Iglesias y han desolado ciudades enteras, cosas son que no quiero referir aquí, no sea que se tengan por increíbles. Mas yo creo que debiera tenerse tal reverencia de cosa tan alta, que por principio debiera huirse de tomar sobre sí esa carga; mas ya que uno se halle constituido en la dignidad, no debiera esperar el juicio y condenación de los demás, sino adelantarse y retirarse voluntariamente del cargo, si alguna vez sucediere cometer un pecado que merezca la deposición; pues así cabe esperar que se atraerá la misericordia de Dios. Mas asirse a la dignidad más de lo debido, es no sólo, cerrarse toda puerta al perdón, sino encender más la cólera divina, añadiendo un pecado a otro pecado.

"Bonum opus desiderat"

Que nadie jamás sea reo de este crimen. Terrible cosa, en efecto, terrible cosa es el apetito de este honor. Y no digo esto con ánimo de contradecir a San Pablo, sino en completa armonía con sus palabras. Pues, ¿qué es lo que dice el Apóstol? "Si alguno desea el episcopado, buen trabajo desea" (I Tim., 3, 2). Mas yo no digo que sea peligroso desear el trabajo, sino la autoridad y el poder. Y este apetito de autoridad es el que yo opino que hay que arrojar a todo trance del alma, sin consentir que ni un momento se apodere de nosotros, si queremos obrar en todo con entera libertad. Porque quien no ambiciona el brillo de esta dignidad, tampoco teme ser depuesto de ella, y libre de este temor, podrá obrar en todo con la libertad de espíritu que a un cristiano conviene. En cambio, los que temen y se estremecen a la sola idea de la deposición sufren una bien amarga servidumbre, fuente de infinitos males, y que los obligan muchas veces a ofender a Dios y a los hombres. Mas no es esa la disposición en que debemos mantener nuestra alma, sino que como vemos que en la pelea los soldados generosos luchan con ardor y caen valerosamente, así los que vienen al ministerio sacerdotal, han de desempeñarlo, y han de cesar en él, de aquella manera que dice con hombres cristianos, sabiendo que una injusta deposición no merece menor corona de gloria que la misma dignidad. Porque cuando uno sufre atropello semejante por no consentir nada indigno ni indecoroso a la misma dignidad que ejerce, para los que injustamente le deponen, atrae castigo, y para sí se apareja mayor galardón y recompensa. "Bienaventurados sois –dice el Señor– cuando os injurien y persigan, y cuando digan toda palabra mala contra vosotros mintiendo, por causa de mí; alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos" (Mat., 5, 11, 12). Y si esto es así cuando uno sufre el atropello por parte de sus mismos compañeros de ministerio, ya por envidia que le tengan o por congraciarse con un tercero o por enemistad o por otro cualquier torcido cálculo; cuando lo sufre de parte de sus contrarios, no hay ni qué decir la ganancia que con su iniquidad le procuran.

Así, pues, mírese por todos lados y examínense todos los resquicios, no sea que por alguno, sin darse cuenta, entre una chispa de este fuego de ambición, pues por contentos nos diéramos si los que están en un principio limpios de esta pasión pueden escapar de ella una vez

puestos sobre el candelero. Mas si, ya antes de alcanzar la dignidad, se cría y alimenta calladamente esta fiera terrible y cruel, no hay palabras para explicar a qué horno se arroja el hombre una vez que la alcanza. Yo te confieso (y no creas que por alarde de modestia voy a mentirte en lo más mínimo) que tenía también ese deseo, y no pequeño, y no fue esa la menor causa, junto con lo demás, para atemorizarme y hacerme emprender aquella fuga. Porque así como los amantes, si están cerca de sus amores, es mayor el tormento que sufren; mas si se alejan lo más que puedan, la ausencia misma los cura de su locura amorosa; de esta manera, los que ambicionan esta dignidad sufren tormento intolerable; mas si desesperan de alcanzarla, con la esperanza se extingue también el deseo.

Tenga el sacerdote mil ojos.

No era ése, por sí solo, pequeño motivo; aunque más no hubiera, él solo bastaba para alejarse de esta dignidad; pero es que en realidad hay que añadir otro no menor. ¿Cuál es ése? El sacerdote ha de ser vigilante, perspicaz, que tanga mil ojos que miren por todas partes, como quien no vive para sí solo, sino para tan grande muchedumbre como se le encomienda. Ahora bien, que yo sea perezoso y flojo, y que apenas me baste para mi propia salvación, cosas son que tú mismo me has de conceder, por más que trates, por tu amistad, de ocultar como nadie mis defectos. Y no no me alegues aquí ayunos y vigilias, cama dura, y demás maceraciones corporales; pues, en primer lugar, sabes muy bien cuán lejos estoy de practicarlas; y aun puesto caso que puntualmente las practicara, de nada me servirían, junto a esta tibieza y flojedad mía, para el gobierno de las almas.

No basta, para gobernar la penitencia exterior.

Allá a un solitario, encerrado en su cabaña, y que sólo tiene cuenta consigo mismo, pudiera todo eso aprovecharle grandemente; mas al que tiene que derramarse en tan enorme muchedumbre, y lleva tantas preocupaciones cuantos son sus súbditos, ¿qué provecho digno de cuenta han de traerle sus maceraciones para el aprovechamiento de los demás, si juntamente no posee temple y fortaleza de espíritu? Y

no tengas a maravilla que, aparte las penitencias corporales, busque otra prueba de la fortaleza del alma. Porque despreciar la comida y bebida y cama blanda, vemos que a muchos no les cuesta nada, sobre todo si ya de sí son de complexión fuerte y se han criado en ello desde niños, y, en todo caso, el cuerpo se hace a ello y la costumbre mitiga la aspereza de aquellas maceraciones. Mas soportar una injuria, sobrellevar un daño que se nos haga, una palabra pesada que se nos dirija, burlas que se permitan nuestros propios subordinados, unas con razón y otras sin ellas, reproches sin razón ni propósito de superiores e inferiores, sufrir todo eso, repito, no es negocio de todos, sino de uno o dos, cuando mucho. Y fácil cosa es observar cómo algunos, muy fuertes y rigurosos en sus penitencias, puestos en esotros trances, hasta tal punto pierden los estribos, que se enfurecen más que animales feroces.

A éstos, menos que a nadie, hay que consentir traspasen el umbral del sacerdocio, pues el hecho de que el prelado no esté macilento a fuerza de ayunos ni ande con los pies descalzos, ningún daño causa al común de la Iglesia; mas un carácter áspero es fuente de calamidades para el que lo tiene y para sus prójimos. Además, ninguna amenaza hay de parte de Dios contra los que no practiquen aquellas maceraciones; mas a los que se irritan, se les amenaza con el infierno y sus tormentos (Mat., 5, 22). Y así como dijimos que los ambiciosos de vanagloria, cuando toman en sus manos las riendas del gobierno, no hacen sino echar leña al fuego de su ambición; así aquí, si el que a sus solas, o tratando en pocos, no fue capaz de domeñar su ira, sino que fácilmente se dejó arrebatar de ella, cuando se le encomiende el gobierno de toda una muchedumbre, se convierte en una fiera, azuzada por infinitas partes, que ni podrá vivir en paz ni dejará vivir a los demás, acarreando, por añadidura, sobre sus encomendados males sin cuento. Nada hay, en efecto, que así enturbie la limpidez de la inteligencia y oscurezca la mente como la ira desordenada y que se precipita con ímpetu arrebatado. "La ira –dice la Escritura– aun a los prudentes pierde" (Prov., 15, 1). Por que, oscurecido el ojo del alma, lucha ésta como entre sombras, y no sabe distinguir amigos de enemigos, nobles o plebeyos, sino que a todos los pasa por el mismo rasero, y a trueque de saciar su gusto, rompe fácilmente por cualquier inconveniente y arrostra cualquier daño que haya que sufrir. Gusto dije, pues le hay en aquel incendio del ánimo, aunque sea la tiranía que sobre él ejerce mayor que el mismo placer, quitándole toda paz y tranquilidad

y trastornándole de arriba abajo. La ira, en efecto, nos levanta fácilmente a la arrogancia, nos impele a enemistades intempestivas, produce odios irracionales, ofensas sin razón ni propósito, y fuerza a hacer y decir muchas otras cosas semejantes; de tal suerte, que el alma arrastrada por el tumulto de la pasión, no sabe dónde estribar para resistir el empuje de su arrebato.

Basilio.– Mira, ¡no puedo aguantar más que sigas así fingiendo! Pues ¿quién no sabe cuán lejos estás tú de esa enfermedad?

Crisóstomo.– ¿Pues qué?, oh bienaventurado varón, ¿quieres por eso que me arroje a la hoguera o que azuce a la fiera amansada?

Sea el superior dechado de sus súbditos.

¿O es que ignoras que no es eso mérito de mi virtud, sino que me viene de mi amor a la vida tranquila? Ahora bien el que tiene un carácter así, contento puede estar si, atendiendo a sí solo y no teniendo más que uno o dos amigos, se conserva inmune de aquel incendio de la ira; mas no se le ocurra arrojarse en el abismo de preocupaciones que es el gobierno de los demás. En este caso, ya no sería sólo a sí mismo a quien dañaría, sino que arrastraría a muchos otros consigo por el despeñadero de la perdición, o por lo menos, los haría más flojos para la práctica de la virtud. Pues por ley de su naturaleza, la muchedumbre mira generalmente, como dechado y modelo, las costumbres de los que la gobiernan y a ellas trata de conformar las suyas. ¿Cómo, pues, curará la hinchazón de sus súbditos el superior hinchado? ¿Quién querrá dominarse al primer conato de ira, si ve a su superior colérico? Porque no es posible, no, no es posible que los defectos de los sacerdotes queden ocultos; aun los más menudos se hacen inmediatamente patentes. Allá un atleta, que se está metido en su casa, mientras no lucha con nadie, puede muy bien disimular su flaqueza, si la tiene; mas una vez que se desnuda y baja a la arena, al momento se demuestra lo que es. Lo mismo pasa entre los demás hombres. Los que viven vida particular y no entienden en negocios tienen la soledad por capa de sus propios defectos; mas si salen al público, ya no tienen otro remedio que quitarse aquella capa, y por sus movimientos de afuera muestran desnudas sus almas a los ojos de todos.

"Leceat lux vestra".

De aquí resulta que así como las virtudes de los sacerdotes aprovechan a muchos, como una exhortación viva a la imitación, por el mismo caso sus defectos desalientan igualmente a muchos en la práctica de la virtud y los hacen aflojar en las dificultades de la vida de perfección. Por eso, es necesario que por todas partes resplandezca la hermosura de sus almas, para que juntamente alegre e ilumine las almas de los que ven sus ejemplos. Pues los pecados de la gente vulgar, como si se hicieran a sobre de tejado, sólo al que los hace dañan; mas la falta de un hombre que está sobre el candelero y a quien todos miran, a todos produce daño: A los que ya eran flojos y tibios para la virtud los vuelve más tibios y flojos todavía, y a los que tratan de su aprovechamiento, los incita a la soberbia. Además, los pecados de un hombre ordinario, aun dado caso que salgan a pública plaza, a nadie hieren demasiado; mas los que están puestos sobre el pináculo de esta dignidad, en primer lugar, están expuestos a las miradas de todos; y en segundo y principal, aun cuando caigan en ligerísimas faltas, lo en sí ligero, parece grande a los ojos del mundo; pues no miden el pecado por el hecho, en sí, sino por la dignidad del que pecó. Por lo cual, tiene el sacerdote que andar pertrechado de unas como diamantinas armas que le cubran todo, conviene saber, de intenso empeño y constante vigilancia sobre su vida, y mirar por sus cuatro costados, no sea que el enemigo descubra un portillo abierto y sin defensa y por ahí le dé golpe de muerte. Por todas partes, en efecto, le rodean enemigos dispuestos a herirle y derribarle, y no sólo enemigos declarados, sino muchos que aparentan amistad.

Sea el sacerdote intachable en su conducta.

En conclusión, hay que escoger para el sacerdocio almas que tengan aquella virtud que por la gracia de Dios tuvieron los cuerpos de los niños arrojados al horno de Babilonia; pues han de vivir en medio de un fuego que no se alimenta con sarmientos ni con pez ni con estopa, sino de algo más terrible que todo eso. Ni se trata siquiera de fuego sensible, sino de aquella devoradora llama de la envidia que los envuelve, y por doquiera se levanta y con más encono los ataca y

con más cuidado escudriña sus vidas, que el fuego aquel del horno los cuerpos de los niños. Apenas, pues, el fuego de la envidia da con el rastro de unas pajuelas y astillas secas, allí se prende en seguida y las reduce a cenizas. Y aunque el resto de la conducta sea más limpia y brillante que los rayos del sol, con el humo de aquella mínima porción dañada quema chamuscada y oscurecida toda. Si, en efecto, la vida del sacerdote está de todo punto concertada, será inatacable a las insidias de los envidiosos; mas si en algo se descuida, como es natural que se descuide, siendo como es hombre y atravesando que atraviesa este mar incierto de la vida, ¡adiós méritos y virtudes! Nada podrá ya tapar la boca de sus acusadores, pues bastará aquel mínimo defecto para echar una sombra sobre todas las demás virtudes. Y es cosa de ver cómo todo el mundo se empeña en juzgar al sacerdote, no como a quien está envuelto en la carne, no como a quien cupo naturaleza humana, sino como a un ángel, como a quién estuviera ya libre de toda humana flaqueza. Mientras un tirano se mantiene firme en el poder, todos le temen y adulan, ya que no pueden pensar en derribarle; mas apenas ven que la conjuración prospera, dejan el fingido temor, y los antes amigos se tornan enemigos, y atacándole por sus puntos flacos, que ellos como nadie conocen, le quitan el poder.

Envidia entre hermanos.

Lo mismo se cumple con el sacerdote. Los mismos que le temían y adulaban mientras estaba en el poder, apenas ven un asidero por pequeño que sea, se aprestan con furor a derribarle no sólo como a un tirano, sino como peor, si cabe, que a un tirano. Y como el tirano ha de temer su propia guardia personal, así el sacerdote ha de temer, sobre todo, a los que tiene junto a sí como compañeros de ministerio; pues nadie, como éstos, apetece la dignidad que él posee, y nadie tampoco, como ellos, conoce sus flaquezas. Estando como están juntos a él, si algún desliz comete, antes que nadie lo saben y mejor que a nadie se les cree; con lo que les es fácil calumniar, y, haciendo grande lo pequeño, derriban al calumniado. Y aquí se cumple al revés el dicho aquel del Apóstol: "Si un miembro padece, se alegran todos los otros, y si un miembro es glorificado, sufren todos los otros" (I Cor., 12, 20), a no ser que haya alguien dotado de tal espíritu de piedad que pueda hacer frente a todo. ¿Y quieres mandarme a mí a guerra tan

grave, y te has creído que es mi alma capaz de sostener una lucha tan varia y multiforme? ¿De dónde y por quién supiste tal cosa? Porque si fue Dios quien te lo reveló, muéstrame acá el oráculo divino y lo creeré: mas si no hubo tal revelación, y sólo juzgas por parecer humano, sal de una vez de tu engaño, pues justo es que, tocante a mis cosas, antes me creas a mí que a los demás, ya que "nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre" (I Cor., 2, 11). En conclusión, paréceme que si antes no, ahora, por lo menos, con cuanto acabo de decirte, has debido de convencerte que de haber yo aceptado aquella dignidad me hubiese puesto en ridículo a mí mismo y a los que me eligieron y hubiera tenido que volver con grave quebranto al mismo estado en que al presente me hallo. Porque quiero que sepas que no es sólo la envidia, sino algo más violento que la envidia: el apetito y ambición de esta dignidad, lo que arma de ordinario a muchos contra el que ya la posee. Sucede como con los hijos avaros que llevan muy a mal la vejez de sus padres. Así éstos, como vean que el sacerdocio se prolonga por mucho tiempo, ya que quitar la vida al sacerdote sería un crimen, se esfuerzan al menos por quitarle la dignidad, acuciados por el deseo de sustituirle en ella y abrigando cada cual la esperanza de que vendrá a parar a él derechamente la sucesión.

Luchas y bandos en la elección.

¿Quieres que te muestre otra forma de esta lucha, llena también de infinitos peligros? Pues ¡ea! Asómate a las públicas festividades en que se acostumbre principalmente hacer las elecciones para las dignidades eclesiásticas y allí verás que llueven sobre el sacerdote tantas acusaciones cuanta es la muchedumbre de sus súbditos. Porque todos los que tienen poder de conferir ese honor se dividen entonces en mil banderías, y no hay manera de que el colegio de los presbíteros se acuerde consigo mismo ni con su obispo, sino que unos y otros se mantienen firmes en su partido, prefiriendo unos a uno y otros a otro. Y la causa es, porque no miran todos a lo único que debieran mirar: a la virtud del alma, sino que son otros los caminos por donde se llega a este honor. Unos, por ejemplo, dicen: "Elíjase a fulano, porque es de familia ilustre; a zutano, porque es rico, y no tendrá necesidad de vivir de las rentas de la Iglesia; al otro, porque se pasó del bando contrario", y así por el estilo. Uno mira al amigo, otro al pariente, el

de más allá quiere que a todos se anteponga el que sabe adular mejor. Lo que nadie mira es la idoneidad del sujeto, ni se para nadie a contrastar los quilates del alma.

Ni la sola piedad ni la mera edad bastan para elegir el sacerdote.

Por lo que a mí toca, tan lejos estoy de creer que sean esas pruebas dignas de tenerse en cuenta para la aprobación de los sacerdotes, que más bien me atrevo a decir que ni siquiera quien hubiere dado muestras de una gran piedad –aquella piedad precisamente que sabemos es tan útil para esta dignidad–, ni a éste siquiera por el solo hecho de ser piadoso, puede inmediatamente designársele, si juntamente no da pruebas de una grande inteligencia. Porque yo sé de muchos que, apartados de todo y consumidos por los ayunos, mientras pudieron vivir para sí solos y atender a su propio adelantamiento, tuvieron gran cabida y valimiento ante Dios, y día a día iban creciendo, y no en pequeña medida, en aquella celestial filosofía; mas apenas salieron al mundo y tuvieron que corregir las ignorancias de los demás, o se sintieron ya desde el principio impotentes para tamaña tarea, o, si por fuerza perseveraran en ella, terminaron por abandonar su antiguo fervor, se hicieron a sí mismos gravísimo daño y no aprovecharon en nada a los demás.

Por otra parte, tampoco es de suyo motivo que uno haya pasado toda su vida en un grado inferior del ministerio y envejecido en él, para que sin más ni más y por solo respeto a la edad, se le suba al grado superior. Pues, ¿qué decir si tras aquella larga edad sigue siendo tan inepto como de joven? Y no se crea que digo esto con intención de deshonrar las canas. Ni quiero tampoco sentar como ley que haya absolutamente que apartar de esta dignidad a los que proceden de la vida solitaria, pues ya hemos visto a muchos que venidos de la grey monacal han brillado en el episcopado; lo que yo quiero hacer ver es que, si ni la piedad ni la edad son de suyo motivos suficientes, para aprobar a un sacerdote, muchos menos podrán serlo los que arriba se alegaban. Y lo grave es que aun se alegan otros más disparatados, pues a unos los elevan al orden clerical a fin de que no se pasen a los enemigos; a otros les sirve de motivo a la elección, su propia maldad, a fin de que no cometan mayores desaguisados, si se los rechaza. Mas, ¿puede darse nada más inicuo que adular a hombres a

quienes habría que castigar, rebosando como están de maldades, y por lo que no debiera consentírseles traspasar el umbral de la Iglesia, por eso precisamente levantarlos a la dignidad sacerdotal? ¿Y buscaremos todavía, amigo mío, buscaremos la causa de la cólera divina, cuando ponemos, para profanarlas, las cosas más santas y venerandas en manos de hombres que o son malvados o ineptos de todo punto? Pues desde el momento que unos ponen mano en el gobierno de cosas que absolutamente no les atañen y otros se abalanzan a los que están por encima de sus fuerzas, convierten la Iglesia en un Euripo o mar revuelto.

Burlábame yo, en otro tiempo, de los gobernantes del siglo, porque repartían los cargos honoríficos, no en atención a las virtudes del alma, sino por consideración a las riquezas, al número de años y a las recomendaciones humanas; mas una vez que he oído que esta insensatez se introdujo también entre nosotros, ya no me espanto tanto de aquel proceder. Pues ¿qué tiene de extraño que hombres seculares, amadores de la gloria y aura popular, que no miran en sus acciones otro blanco que el dinero, comentan aquellos errores cuando los que profesan apartamiento de todas las cosas no se portan mucho mejor que ellos? Debátense aquí intereses de cielo, y como si fuera cuestión de yugada más o menos de tierra, o cosa semejante, echan mano del hombres del montón, sin discernimiento alguno, y los ponen al frente de aquellas cosas, por las que el Hijo Unigénito de Dios no se desdeñó de despojarse de su gloria, hacerse hombre, tomar forma de esclavo, ser escupido y abofeteado y, finalmente, morir con muerte afrentosísima.

¡Ni admitir a los indignos ni rechazar a los dignos!

Mas éstos no se paran aquí siquiera, sino que añaden aberración a aberración. En efecto, no sólo admiten a los indignos, sino que rechazan a los dignos. ¡Es necesario, por lo visto, destruir por ambos lados la seguridad de la Iglesia, y como si no fuera bastante el primer motivo para encender la cólera divina, añaden este otro no menos grave! Yo opino, efectivamente, que no es menor mal rechazar a los aptos que admitir a los ineptos. Y así sucede que por ningún cabo puede encontrar consuelo el rebaño de Cristo, ni se le deja que respire en paz. ¿No merece todo eso mil rayos? ¿No merece un infierno más

duro que el mismo que nos amenazan las divinas Letras? Y, sin embargo, todo lo aguanta y disimula aquel que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. ¿Quién podrá dignamente admirar su benignidad? ¿Quién no se espanta de su misericordia? Los cristianos son los que destruyen y corrompen la religión de Cristo más que sus propios enemigos; y El, benigno y misericordioso aun los convida a penitencia. ¡Gloria a Ti, oh Señor; gloria a Ti! ¿Qué abismo de benignidad y clemencia hay en Ti? ¿Cuán grande es la riqueza de tu paciencia? Los que por tu nombre alcanzaron una gloria y honor que de sí no tenían, la emplean luego contra el mismo que se la concedió, y cometen desacato sobre desacato, y conculcan lo más santo y sagrado, rechazando y expulsando a hombres graves y dignos, a fin de que los malvados, a sus anchas y sin miedo de nadie, puedan trastonarlo todo como les diere la gana.

La envidia, causa de rechazar a los dignos.

Si ahora quisiera saber cuáles sean las causas de este mal hallarás que son semejantes a las anteriores, pues uno y otro caso, el admitir a los indignos como el rechazar a los dignos, tiene una sola raíz y, como si dijéramos, una madre común, que es la envidia. Sólo que aquí no se reviste de una forma, sino de varias. "A éste –dicen– hay que rechazarle, porque es joven; a esotro, porque no sabe adular; al de más allá, porque tuvo no sé qué choque con fulano; si elegimos a éste, va a molestarse tal o cual, porque rechazamos al que él propuso y preferimos a otro; éste que viene, es demasiado manso y modesto; pues el otro que sigue, resulta muy violento con los que pecan..." Y así sucesivamente se van desechando unos por un motivo y otros por otro. Motivos o pretextos, en efecto, no han de faltarles. A mano tienen todos los que quieran. Y cuando otro no hay, alegan que es el sujeto demasiado rico, o que no hay que levantarle de golpe a esta dignidad, sino poco a poco y por sus pasos contados, o cualquier otra excusa que se les ocurra, pues por eso no ha de quedar.

Piratas en la propia nave.

Llegado a este punto, yo quisiera preguntarte: ¿Qué hará un obispo, combatido de tan contrarios vientos? ¿Cómo resistir el embate de

tan furiosas olas?¿Cómo rechazar todos estos ataques? Porque si lleva el asunto conforme a derecha razón, todos se le vuelven enemigos y contrarios a él y a los elegidos. Empiezan al punto las luchas contra él, se levantan sediciones a diario, vuelan las burlas sin número contra los elegidos y no cejan en su empeño hasta lograr o expulsar a los contrarios o introducir los del propio bando. Y viene entonces a sucederle al pobre obispo, como al capitán de navío que introdujera piratas en la propia nave, que están constantemente acechando al mismo capitán, a los marinos y navegantes. Si el obispo cede, y anteponiendo el favor de aquellos a su propia salvación, admite a los que no debiera, entonces en lugar de ellos tendrá a Dios por enemigo. ¿Y puede haber nada más grave que esto? Aparte de que su situación empeora respecto de sus contrarios, pues se confabularán entre sí, cobrando nuevas fuerzas de su misma unión. Porque así como levantándose fieros vientos contrarios se hincha y embravece el mar antes tranquilo y perecen los navegantes, así la Iglesia recibiendo en su seno hombre corruptores, pierde su calma y sufre mil tormentas y naufragios.

El sacerdote, armonía de contrarias cualidades.

Considera, pues, qué tal haya de ser el que tiene que resistir todo ese temporal y sobrepujar delicadamente tantos obstáculos como se oponen al bien común. Tiene, en efecto, que ser al par grave y sencillo, temible y amable, imperioso y comunicativo, insobornable y acogedor, humilde sin servilismo, vehemente y manso, para que pueda fácilmente hacer frente a todo lo dicho y por encima de todo, así le contradiga todo el mundo, hacer uso de toda su autoridad para recibir el idóneo; y por el mismo caso, aun cuando todo el mundo conspire, rechazar al que no lo es, sin tener otra mira que la edificación de la Iglesia, ni torcerse jamás por enemistad o favor. Siendo esto así, ¿no te parece que tuve razón de no admitir el ministerio de tan grave negocio? Y, sin embargo, aun no te lo he dicho todo; aun me queda larga tela cortada. Ruégote que no te canses de oír a un amigo sincero y verdadero, que quiere convencerte de la sinrazón de lo que le imputas. Aguántame, te digo, pues quizá mis razonamientos puedan ser útiles para algo más que sinceramente ante ti, y puedan también contribuir al mejor servicio del grave ministerio de que tratamos. Necesario me parece, en efecto, que quien un día ha de entrar por este

camino y género de vida, mire bien antes e investigue todas sus vueltas, y revueltas, y así enterado, ponga manos al ministerio. ¿Por qué toda esa investigación? Porque, ya que otra ventaja no hubiera de ir bien informado de todos los tropiezos y recodos del camino, al menos no le cogerán de nuevo, cuando luego diere con ellos.

El cuidado de las viudas.

Entre las otras cosas que te dije me faltaban por tratar, ¿por cuál te place que empiece, por la protección de las viudas, por el cuidado de las vírgenes o por el ejercicio, erizado de dificultades, de la potestad judicial? Pues cada uno de estas cosas lleva consigo su particular preocupación y, más que preocupación, temor. Y en primer lugar, para empezar por aquello que parece más sencillo que lo demás, parece a primera vista que el cuidado de las viudas no había de traer más preocupación a los que las tienen a su cargo, sino el empleo del dinero a este fin destinado, más, en realidad, no es así.

Ya el solo ponerlas en lista es cosa que requiere muy diligente examen, pues de haberlas inscrito a la buena de Dios y como se presentaban, se han seguido infinitos inconvenientes. Ellas han corrompido las casas, han desunido los matrimonios, y han sido muchas veces cogidas con el hurto en las manos, comerciando ilícitamente o cometiendo otras acciones inconvenientes. Ahora bien que gente de esa ralea sea alimentada con los bienes de la Iglesia, cosa es que ha de atraernos el castigo de Dios, la más absoluta condenación de parte de los hombres y el retraimiento de los que quisieran practicar la beneficencia. Porque ¿quién querrá que el dinero que se le mandó entregar a Cristo, se gaste en provecho de los que deshonran el nombre de Cristo? De ahí que se requiera diligente examen, a fin de que no sólo las susodichas, mas ni siquiera aquellas que tienen con que vivir de lo suyo, consuman la mesa de los necesitados.

La fiera insaciable.

Y aun después del examen otro cuidado no menor: Que los alimentos manen con abundancia, como de una fuente que no se seque jamás. Porque eso de la forzada pobreza es una fiera insaciable, que-

jumbrosa e ingrata, y es menester mucha prudencia y diligencia para taparle la boca y cortar todo pretexto de murmuración. Ahora bien; apenas ve la gente a uno sin apego al dinero, le disputan al punto como muy a propósito para este servicio; yo por mi parte, no soy de ese parecer. No es que no crea que esa magnanimidad no haya de ir delante de todo, ya que sin ella no será administrador, sino dilapidador; no pastor, sino lobo; lo que digo es que no basta ello por sí, si no posee juntamente otra cualidad, aquella virtud que es fuente de todos, los bienes para el hombre, conduciéndole y resguardándole como en un puerto tranquilo: la paciencia. Pues las viudas, por su pobreza, por su edad, por su misma naturaleza, son una casta de gentes que tiene harto suelta la lengua (más vale que lo digamos así). Chillan a destiempo, acusan sin motivo, se lamentan de lo que debieran dar gracias y arman un pleito por lo que debieran alabar. Pues todo eso ha de sobrellevar generosamente el que está al frente de ellas, sin irritarse por sus molestias importunas, ni por sus críticas sin razón. Justo es, en efecto, que se las compadezca por su desgracia, más bien que injuriarlas por ella. Realmente, insultar su desgracia, y al dolor de la pobreza añadirles el de la injuria, sería el colmo de la crueldad. Por eso, aquel varón sapientísimo, que sin duda consideró bien cuán avara y soberbia sea la naturaleza humana y que sabía cuán fiera cosa es la pobreza, capaz de derribar al alma más generosa y hacerle perder la vergüenza para volver mil veces sobre lo mismo; a fin de que no se irrite el hombre importunado por los pobres y se torne enemigo suyo el que debiera socorrerlos, quiere disponerle a la benignidad y afabilidad con el necesitado y así le dice: "Inclina tu oído al pobre sin tristeza y respóndele con dulzura palabras de paz" (Eccli., 4, 8). Y dejando a un lado al que exaspera al pobre (pues, ¿qué cabe decir al que está echado?) va hablando el Sabio con el que sabe sobrellevar la flaqueza del pobre y le exhorta a que antes de darle su limosna, le levante y aliente con la suavidad de las palabras.

En el caso de las viudas, bien está, naturalmente, que no se defraude nada de lo que a ellas se destina; mas si se las abruman a improperios e injurias o se las trata con dureza, no sólo no se aligera con los donativos la tristeza de su pobreza, sino que se les hace mayor daño con las injurias. Pues aunque la necesidad de su vientre las obliga a ser desvergonzadas, sin embargo sienten esta violencia. Y si por temor al hambre se ven forzadas a mendigar, y mendigando pierden la vergüenza, y por perder la vergüenza son, finalmente, maltra-

tradas, viene a caer sobre ellas todo el peso de una tristeza varia y multiforme y que de todo punto las ensombrece. Por eso, el que tiene cuidado de ellas ha de ser tan magnánimo que no sólo no la aumente con sus irritaciones, sino que se la alivie con palabras de consuelo. Un rico que recibe una injuria, no parece ya gozar de la abundancia de su riqueza, pues se lo impide la herida que se hizo a su honor; pues por modo contrario, el pobre que oye una palabra dulce y que recibe con su gota de consuelo la limosna, se alegra y regocija más, y el don se dobla por el buen modo de darlo. Y no digo yo todo esto de mi cabeza, sino aprendido de aquel mismo que antes nos exhortaba y que ahora igualmente nos dice: "Hijo, en el bien que hagas, no pongas vituperio, ni en tu limosna palabra de tristeza. ¿No es el rocío el que mitiga el calor? Pues así es mejor la palabra que el don. He aquí que la palabra está sobre el don; pero ambas cosas tienen el varón agraciado" (Eccli., 18, 15, 17).

No amontonar, sino socorrer.

Mas no sólo ha de ser manso y sufrido el encargado de viudas y pobres, sino también, y en mayor grado todavía, buen administrador; pues si esto no hay, los bienes de los pobres vienen a sufrir el mismo daño antes dicho. Pues ya se dio el caso de encomendar esta administración a hombre de mano estrecha, que todo se le iba en amontonar oro. Cierto que no la malbarató en su provecho, pero tampoco lo gastó en beneficio de los necesitados, fuera de unos cuantos. Le pareció mejor guardarlo bien escondido bajo tierra, hasta que, viniendo un tiempo de revuelta, se lo llevaron los enemigos. Así, pues, gran previsión es menester a fin de que ni sobren ni falten los bienes de la Iglesia. Distribúyase al punto entre los necesitados lo que se recoja y colóquense los tesoros de la Iglesia en la buena voluntad y generosidad de los fieles.

Los huéspedes y los enfermos.

Y pasando a otro punto, ¿qué gastos y qué prudencia y diligencia te parece que requiere por parte de los que entienden en ello, el hospedaje de los forasteros y el cuidado de los enfermos? No es, en

efecto, menor la prudencia que los gastos y aun muchas veces mayor. El encargado de estos menesteres ha de ser generoso en el dar y a la vez cuidadoso y prudente, a fin de que los bienhechores den sus bienes generosa y alegremente, y no suceda que por atender al alivio de los que sufren, hiera las almas de los que dan. Mas tratándose sobre todo de enfermos, es menester extremar la paciencia y solicitud, pues el enfermo es difícil, de suyo, de contentar y pronto al desánimo y tristeza, y si no se pone en todo la más exquisita diligencia y atención, basta un ligero descuido para producirle grande daño.

El tesoro de las vírgenes.

Pasando ahora al cuidado que las vírgenes requieren, negocio es éste de tanto más temor cuanto es más precioso el tesoro que se nos encomienda, y tanto mayor ha de ser la solicitud del pastor, cuanto el rebaño toca de más cerca al rey. Ya se han introducido en este coro de santas vírgenes, otas que venían cargadas de pecados, cosa más de lamentar aquí que en ninguna otra parte. Porque así como no es lo mismo que peque una noble doncella, que su criada, así tampoco es lo mismo que peque una virgen que una viuda. Para las viudas, son cosas de poco más o menos charlatanear, injuriarse unas a otras, adular, andar desvergonzadas, presentarse por todas partes, dar vueltas a la plaza; mas la virgen bajó a la arena para más alto combate: Ella emula la más alta y divina filosofía, profesa imitar en la tierra la vida de los ángeles en el cielo y se propone competir en su carne moral con la pureza de aquellas incorpóreas potestades. Por eso, no se le consienten salidas inútiles y frecuentes, ni conversaciones ociosas y vanas; injurias y adulaciones, ni el nombre ha de saber. La virgen necesita de una guarda cuidadosísima y de mayor ayuda que ningún otro estado; pues por un lado, el enemigo de la santidad las vigila y acecha siempre y con más cuidado que a las demás, presto a devorar a cualquiera que vea resbalar o caer; y por otro, son también muchos los hombres que maquinan contra ellas. Y, finalmente, junto con hombres y demonios, está la furia de la propia naturaleza. En una palabra, doble es el combate que la virgen ha de sostener, uno que le viene de fuera y otro en su propio interior. Por todo lo cual, gran temor ha de tener el que a su cargo tiene asunto tan delicado, y mayor que el temor es el peligro, y tras el peligro, el dolor si alguna vez, lo

que Dios no permita, sucede algo desaconsejadamente. Pues si "la hija es para su padre vigilia oculta y su cuidado le quita el sueño" (Eccli., 42, 9) por temor de que sea estéril, o se le pase la flor de la edad sin casarse, o, y casada, sea aborrecida de su marido, ¿qué no sufrirá quien ha de tener respecto de las vírgenes preocupaciones más graves que todas esas? Porque no es aquí un hombre el que se desprecia, sino el mismo Cristo; y no se trata de una esterilidad que acarrea deshonra, sino de un mal que termina en la perdición del alma. "Todo árbol –dice el Evangelio– que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego" (Mat., 3, 10). Y no bastará aquí, caso que la esposa sea aborrecida del marido, tomar el libelo de repudio y marcharse, sino que el aborrecimiento se paga con castigo eterno.

Además, el padre natural tiene muchas cosas que le facilitan la guarda de su hija: La madre, la nodriza, la muchedumbre de criadas, la seguridad de la casa, todo, en fin, coopera al intento del padre; porque no a todo momento se la consiente salir a la plaza, ni, caso que saliere, tiene necesidad de mostrarse al primero que topare, pues las sombras de la noche pueden cubrir a la que no quisiera mostrarse tan bien como las paredes de la casa. Por lo demás, libre está, si ella no lo busca, de todo pretexto para presentarse a las miradas de los hombres, pues ni tiene que preocuparse de las necesidades de la vida, ni hay quien la agravie ni ofenda, ni hay, en fin, cosa alguna que la haya forzosamente de poner en trance de verse frente a un hombre, como quiera que su padre lo es todo para ella. A la hija no le queda otro cuidado que el de no decir palabra y cometer acción alguna que no diga con su honor y decoro. El caso de las vírgenes es muy distinto; pues aquí son, por el contrario, muchas las circunstancias que hacen al padre difícil por no decir imposible, la guarda de sus hijas. En primer lugar, no le es posible tenerla consigo en su casa, pues esta cohabitación ni sería conveniente ni carecería de peligro. Aun dado caso que ningún daño sufrieran ellos, sino que conservaran por toda su vida una santidad incontaminada; sin embargo, no por eso habrían de dar cuenta menos rigurosa de las almas que escandalizaron que si mutuamente hubieran pecado. Ahora bien, no siendo posible vivir juntos, tampoco resulta fácil conocer a fondo los movimientos del alma, a fin de cortar de todo punto los desordenados y fomentar y llevar a perfeccionamiento los ordenados y rectos; ni podrá tampoco fácilmente indagar las salidas en público. La pobreza, en efecto, y la falta de ayuda en que la virgen pueda encontrarse, no consentirán al

sacerdote que pueda seguirle todos los pasos y examinar puntualmente si su conducta es en todo conforme con su decoro; ya que si ella ha de procurárselo todo, hallará pretextos para sus salidas, sobre todo si le da por vivir locamente. Por eso, si se las manda permanecer siempre en casa, es menester cortar también de raíz todos esos pretextos, procurándoles todo lo necesario y una mujer que se lo administre. Y convendría además, que aun de entierros y vigilias se las tenga apartadas. Porque sabe muy bien, sabe aquella astuta serpiente infiltrar su veneno hasta en las buenas obras, y es necesario por ende, amurallar por todas partes a la virgen, y que sean muy contadas las veces que al año salga de casa, y aun ésas, cuando motivos ineludibles y forzosos lo demanden urgentemente.

Ventajas de hacer las cosas por sí mismo.

Mas si alguno objetare que no hay por qué encomendar ninguna de esas cosas al obispo, sepa que a él se refieren en último término los cuidados y resolución de lo que en cada caso pueda ocurrir; y así, más le vale administrar y resolver él por sí mismo y librarse de los cargos que pudieran venirle de los errores de los demás, que no, por librarse de un poco de trabajo, tener que responder de lo que otros pecaron. Además, el que por sí mismo hace las cosas, puede despacharlo todo con suma facilidad; mas si ha de encomendarlo a otros, tiene que empezar por reducirlos a su opinión y parecer, y no es tanto alivio de trabajo lo que consigue como quebraderos de cabeza con la contradicción de los que no aceptan su manera de ver. En fin, que no terminaría nunca de enumerar las preocupaciones y cuidados que exigen las vírgenes, empezando por el examen y diligencia para inscribirlas en el catálogo de ellas.

Dificultad del ejercicio judicial.

Pues si ahora venimos a lo que atañe a los juicios, infinitas son aquí las molestias, grande la pérdida del tiempo; tantas, en fin, las dificultades cuales no las sufren ni los mismos jueces del siglo; pues ya el mero hallar la justicia es cosa difícil y no menos, una vez hallada, no corromperla. Y menos mal si sólo fuera molestia y pérdida

de tiempo; a ello hay que añadir un no pequeño peligro. Ya se ha dado, en efecto, el caso de que, gentes humildes que han tenido que ver con los tribunales, al no encontrar protección, han venido a naufragar en la fe. Porque hay mucha gente, lo mismo entre los ofendidos que entre los ofensores, que odian sin más a cualquiera que no los protege, sin que valga alegarles ni la complicación de los asuntos, ni la dureza de las circunstancias, ni la limitación del poder sacerdotal. A nada atienden y nada consideran. Son jueces inexorables y sólo una defensa admiten: Que se les libre de los males que sufren. Quien esta defensa no puede presentar, dése por juzgado y sentenciado, por más que alegue mil otros motivos.

Visitas y cumplimientos.

Y a propósito de protección, quiero descubrirte otra fuente de murmuración y críticas contra la conducta del sacerdote. Pues es el caso que si el obispo no recorre a diario las casas, como las vendedoras del mercado, hay infinitos que se ofenden de ello. Ya no son sólo los enfermos los que quieren ser visitados, sino también los sanos, y no precisamente movidos de espíritu de religión y piedad, sino, las más veces, por vanidad y ganas de ostentación. Y Dios nos libre que por exigirlo así o una urgente necesidad o el bien general de la Iglesia, tenga el sacerdote que visitar con alguna mayor frecuencia a algún rico o poderoso; al punto se le cuelga el sambenito de servilismo y adulación. Mas, ¿qué digo protección y visitas? De los saludos mismos hace la gente materia de acusación, hasta tal punto, que muchas veces el sacerdote se siente agobiado y hasta abatido por el peso de tanta murmuración, como quiera que se le pide cuenta hasta de una sencilla mirada. Lo que él hace, en efecto, con absoluta sencillez, la gente lo escudriña maliciosamente, le contrastan y miden la voz, examinan cómo pone los ojos, y le pesan la cantidad de risa que gasta. "A fulanito –dicen– le rió copiosamente y le habló con cara brillante y con voz sonora; a mí sólo un poquito y de pasada..." Pues si en una reunión de mucha gente, no vuelve los ojos a todas partes mientras habla, los preteridos lo toman a injuria. Siendo esto así, ¿quién será bastante fuerte para enfrentarse con ese enjambre de acusadores, y ya que no sea posible que no le acusen en absoluto, por lo menos, se le absuelva después de acusado? El ideal, en efecto, sería no tener acu-

sadores de ningún género; mas ya que esto no se alcance, pues siempre hay quien se recrea en acusar sin motivo y porque sí, procúrese al menos deshacer las acusaciones, y si, finalmente, tampoco esto nos resulta hacedero, hay que resistir valientemente la tristeza y abatimiento que de ahí puede originarse.

No abatirse de ánimo por la falsa acusación.

Porque el que justamente es acusado, no ha de sentir extraordinaria dificultad en sufrir al que le acusa, pues, comoquiera que no hay acusador más áspero que la propia conciencia, si éste que es más duro nos condena, ello mismo nos hace más blandos a los acusadores de fuera. Mas que no le remuerda a uno de nada su conciencia y se vea, sin embargo, acusado sin razón ni motivo, cosa es para irritar a cualquiera y sumirle en la tristeza, si antes no se ejercitó muy bien en sobrellevar las inepcias del vulgo. Porque no, no es posible que acusado sin razón y condenado, deje nadie de turbarse poco o mucho, y ser absolutamente insensible a tamaña iniquidad.

Dolor por un miembro amputado.

¿Y quién dirá ahora las tristezas que ha de sufrir un obispo, si llega el caso de tener que amputar un miembro del cuerpo de la Iglesia? ¡Y ojalá parara todo el mal en tristeza! El caso es que hay aquí peligro de una gran ruina, pues es muy de temer que el fiel, castigado más allá de lo debido, venga a sufrir lo que ya dijo San Pablo: "Que sea consumido por el exceso de tristeza" (2 Cor., 2, 7). Así, pues, también aquí se requiere máxima cautela, no sea que lo que se instituyó para remedio, venga a convertirse en ocasión de mayor daño. Porque si el médico no supo debidamente cortar en la herida, reo se hace de cuanto el enfermo sufriere después de aquella desgraciada cura. ¿Qué castigo, pues, no habrá de esperar aquél a quien no sólo ha de pedírsele cuenta de lo que de suyo pecó, sino que se expone a extremo peligro por lo que los otros pecaron? Pues si ya temblamos de la cuenta que nos espera por nuestros propios pecados y con dificultad escaparemos del fuego eterno, ¿qué será si tenemos además que responder de tan grandes cargos? Y que esto sea pura verdad, óyeselo al Apóstol San Pablo, o por mejor, decir al propio

Cristo que hablaba en él: "Obedeced a vuestros superiores y estadles sujetos, pues ellos velan por vuestras almas, como quien ha de dar cuenta de ellas" (Hebr., 13, 17). ¿Te parece que no es amenaza para temer? No hay que decirlo.

En conclusión, lo dicho es más que bastante para persuadir aun a los más reacios y duros, que no fue por orgullo ni vanagloria, sino por temor de mí mismo y mirando el peso de este negocio, por lo que emprendí aquella fuga y no acepté esta dignidad.

LIBRO CUARTO

Del Sacerdocio.

Intermedio en el diálogo.

Habiendo oído todo esto Basilio y guardando por unos momentos silencio, rompiólo al cabo diciendo:

Basilio.– Si tú te hubieras empeñado en alcanzar esta dignidad, cierto que todos esos temores de que hablas tendrían para ti razón de ser. Pues quien por el mero hecho de procurarse afanosamente este oficio, se declara idóneo para desempeñarlo, si una vez que le confía fracasa en algo, ya no podrá refugiarse en su impericia, pues él mismo con su apresurado correr para arrebatar esta dignidad, se cortó de antemano esta defensa. El que por gusto y voluntad se metió en esto, ya no tiene derecho a decir: "Sin querer me equivoqué en esto, sin querer fui causa de ruina en lo de más allá", pues inmediatamente, podrá replicarle el juez que entiende en esta causa: "Pues si tenías conciencia de tu ineptitud y sabías que no era tu inteligencia bastante para cumplir este oficio sin error, ¿cómo te diste prisa en procurar y te atreviste luego a aceptar un negocio que estaba por encima de tus fuerzas? ¿Quién te obligaba a ello? ¿Quién te trajo a rastras, cuanto tú huias y rehusabas?" Mas a la verdad, que nada de esto dice contigo, pues ni tú tienes que acusarte a ti mismo de haber ambicionado este honor, ni a nadie se le oculta que ni poco ni mucho te lo procuraste, sino que todo fue obra de los demás. De suerte que, lo que en los demás no deja lugar a perdón en sus yerros, en ti resulta una magnífica base de tu defensa.

Moviendo yo la cabeza y sonriéndome un poco al oír esto, me maravillé de la sencillez de mi amigo y díjele:

Crisóstomo.– ¡Ojalá que todo eso fuera como tú dices, oh amigo óptimo entre todos los amigos! ¡Qué más quisiera yo, y no precisamente para aceptar ahora lo que antes rechacé! No, que aunque por atender descuidadamente y venga como viniere al rebaño de Cristo, no me esperara castigo alguno, para mí no habría castigo mayor que, habiéndoseme encomendado cosas tan grandes, mostrarme ingrato con Aquel que me las encomendó. Pues, ¿por qué quisiera yo que esa opinión tuya no fuera falsa?

No hay excusa para el que desempeña mal el sacerdocio.

Para que esos infelices y desgraciados (así hay sin duda que llamar a los que no saben desempeñar debidamente el oficio sacerdotal, por más que una y mil veces me digas y repitas que fueron llevados a él a la fuerza y que pecan por ignorancia), para que esos desgraciados, digo, pudiera escapar de aquel fuego inextinguible y de las tinieblas exteriores y del gusano que nunca muere y de ser partidos por medio y de perecer con los hipócritas. Mas, ¿qué le vamos a hacer, amigo mío? La cosa no es así; no, no es así.

El ejemplo de Saúl.

Y, si te place, voy a darte la prueba de lo que digo, empezando por la realeza, de la que, sin embargo, no hace Dios tanta cuenta como del sacerdocio. Aquel famoso Saúl, hijo de Cis, no fue rey porque él se empeñara en serlo, sino que salió el hombre de su casa en busca de unas pollinas, y con el fin de preguntarle sobre ellas, se acercó al profeta y éste fue quien le empezó a hablar del reino. Y ni aun así se echó a correr tras la corona, a pesar de oírselo de boca de un profeta, sino que suplicaba y rehusaba diciendo: "¿Quién soy yo y quién es la casa de mi padre?" Ahora bien, una vez que abusó del honor que Dios le concedió, ¿le valieron de algo esas palabras para librarle de la ira del que le hizo rey? Y ya se ve si podía muy bien decirle a Samuel, cuando éste le reprendía: "¿Acaso fui yo quien me metí en el reino? ¿Fui yo quien tomé este poder por asalto? Yo sólo quería vivir vida privada, tranquila y sin cuidados y tú me arrastraste a esta dignidad. De haber seguido en aquella humildad mía, fácilmen-

te hubiera evitado estos tropiezos; pues siendo uno de tantos, desconocidos de todo el mundo, Dios no me hubiera mandado a esta empresa ni encomendado la guerra contra los Amalecitas, y no encomendándome la guerra, tampoco hubiera cometido este pecado, de que fue ocasión la guerra". Mas todo eso hubiera sido muy débil defensa, y no sólo débil, sino muy peligrosa y propia más bien para encender la cólera de Dios. Pues es claro que quien ha sido honrado más allá de sus méritos, no puede alegar la grandeza del honor para excusar sus pecados, sino usar del favor recibido de Dios para su mayor perfeccionamiento. Mas el que cree que por haber recibido de Dios mayor dignidad, ya le es lícito pecar, no hace sino convertir la misma benignidad de Dios en causa de sus propios pecados, cosa que tienen costumbre de hacer los que viven rota e impíamente. ¡Lejos de nosotros ese modo de pensar y sentir, y no caigamos en la misma insensatez de los impíos, sino procuremos siempre y en todo hacer cuanto esté de nuestra parte, sintiendo y hablando de Dios pía y religiosamente!.

El ejemplo de Helí, Aarón y Moisés.

Tampoco Helí (pasando ya de la realeza al sacerdocio, de que propiamente estamos hablando), tampoco Helí se procuró por su cuenta esta dignidad. Mas, ¿qué le valió esto cuando pecó? Pero, ¿qué digo procurársela? Ni huir siquiera, aun cuando lo hubiera querido, le fuera posible, por la necesidad que imponía la ley, ya que siendo de la tribu de Leví, tenía que aceptar el sacerdocio que le venía por descendencia de familia. Y, sin embargo de todo eso, también éste tuvo que pagar y no ligeramente, la petulancia de sus hijos (Reg., 2, 12-16). ¿Y qué decir del que fue primer sacerdote entre los judíos y de quien tantas cosas habló Dios a Moisés? Por no haber podido él solo hacer frente a la locura de tanta muchedumbre, estuvo también a punto de perecer; y hubiera sin duda perecido, de no haberse interpuesto su hermano y aplacado la ira de Dios (Ex., 32, 10).

Y ya que te he mencionado a Moisés, será bueno probar también la verdad de mi afirmación por lo que a éste sucedió. Este santo varón, en efecto, tan lejos estuvo de arrebatar para sí el gobierno del pueblo judío, que aun después de dárselo Dios, lo rechazó y fue menester mandárselo aceptar, y con mandado y todo lo rechazó, hasta el punto de irritar al mismo que se lo ordenaba; y no sólo al ofrecérse-

le el gobierno, sino aun después de constituido en él, hubiera muerto con gusto, por verse libre de él. "Mátame –le dice una vez a Dios–, mátame si es que has de obrar así conmigo" (Núm. 11, 15). Ahora bien, al pecar cuando lo del agua (Núm., 20, 12), ¿pudieron todas esas protestas excusarle y ser parte para que Dios se moviera a perdonarle? ¿Y de dónde le vino ser privado de la tierra prometida? De ninguna otra parte, como todos lo sabemos, sino de este solo pecado. Por solo este pecado, no logró este varón admirable lo mismo que alcanzaron sus subordinados, sino que después de tan grandes trabajos y sufrimientos, después de aquella peregrinación incontable, después de tantas guerras y victorias, tuvo que morir lejos de aquella tierra por la que tanto había sufrido. Después de pasar por las tormentas de la alta mar, no gozó de la tranquilidad del puerto.

Conclusión: Confírmase con el ejemplo de Judas.

Ya ves, pues, que a nadie le queda escapatoria para excusarse de sus pecados: ni a los que por fuerza arrebatan esta dignidad, ni a los que por ajeno empeño vinieron a ella. Eligiólos Dios, rechazaron ellos muchas veces la dignidad, y sin embargo, nada pudo librar del castigo o peligro de castigo ni a un Aarón ni a un Helí, ni siquiera a aquel varón bienaventurado, santo, profeta, admirable, el más manso de los hombres que había sobre la tierra, aquel con quien Dios conversaba como con un amigo. Pues mucho menos podrá ser excusa para mí, que disto tan enormemente de la virtud de Moisés, el hecho de que no me remuerda la conciencia de haber apetecido esta dignidad. Más que más, que muchas de estas lecciones nuestras no proceden de la gracia de Dios, sino de meros empeños humanos. Dios escogió a Judas, púsole en el número de aquel santo colegio, concedióle como a los otros la dignidad apostólica, y dióle también algo que no dio a los otros: la administración del dinero. Pues bien, ¿es que Judas escapó del castigo por haber usado de ambas gracias totalmente al revés, traicionando al que debía haber predicado y malgastado lo que debía administrar? ¡Ni mucho menos! Más bien lo que hizo con ello fue atraerse castigo más grave. Porque no es razón abusar de los honores que Dios nos concede para ofenderle, sino para mejor agradarle.

Ejemplo de los judíos incrédulos al Señor.

El que por haber sido más honrado por Dios que los demás, cree que por eso ha de escapar del castigo que merezca, hace poco más o menos como si uno de aquellos judíos incrédulos, oyendo decir a Cristo: "Si no hubiera yo venido, y les hubiera hablado, no tendrían pecado; y si no hubiera hecho entre ellos milagros como ningún otro hizo, no tendrían pecado", le replicara en son de acusación al Salvador y Bienhechor: "¿Pues por qué viniste y nos has hablado? ¿Por qué hiciste milagros para castigarnos más?" Palabras serían éstas de locura y frenesí extremo. No vino el médico para condenarte, sino para curarte; no vino para desatenderte en tu enfermedad, sino para curarte perfectamente de ella. Tú fuiste el que voluntariamente te sustrajiste de sus manos, y mereces, por tanto, mayor castigo. Porque así como de haberte sometido a su tratamiento, te hubieras purificado aun de tus anteriores pecados; así ahora, por haber huido cuando se te acercaba, no podrás ya purificarte de ellos, y encima se te castigará por el nuevo pecado de desprecio de su gracia. Y, pues en lo que de ti dependió, hiciste que saliera vano y fallido todo el empeño que El puso en tu salvación, honrándote con esa dignidad, no será ya igual el castigo que recibirás después de haber sido honrado por Dios, sino mucho más grave tras la honra, que si no hubieras recibido ninguna; porque justo es que quien ni a fuerza de beneficios se hizo bueno, sea con más rigor castigado, que quien no fue, sobre malo, ingrato.

Ya ves, pues, cómo se nos desmorona esta defensa, y si a ella nos acogemos, antes nos traiciona que nos defiende. Así, habrá que procurarse otro medio de seguridad.

Basilio.– ¿Y dónde –me dijo Basilio– lo podemos encontrar? Porque yo por mi parte, apenas puedo sostenerme en mí mismo de temor y temblor que me han infundido tus palabras.

Crisóstomo.– No te abatas –le contesté–, no te abatas hasta ese grado, te ruego y suplico; pues hay, en efecto, hay una seguridad: Para nosotros, los débiles, la de no meternos jamás en eso; para vosotros, los fuertes, que, después de la gracia de Dios, en ninguna otra cosa pongáis la esperanza de vuestra salvación, sino en no hacer nada indigno de este soberano don y de Dios que os lo concedió. Dignos, en efecto, serían de grandísimo castigo los que después de haber puesto todo su empeño en alcanzar esta dignidad, luego, por desidia, por maldad o impericia, desempeñarán mal este ministerio.

No hay excusa para el que acepta sin ser digno.

Aunque, por lo demás, tampoco les queda escapatoria no excusa a los que no se la procuraron, por el hecho mismo de no procurársela. Porque yo creo, que aunque sean infinitos los que nos llamen y nos fuercen, no es a ellos a quienes hay que mirar, sino a la propia alma. Esta es la que hay que examinar y contrastar antes que nada, y una vez bien mirado y considerado todo, entonces ceder a los que nos hacen fuerza. Vaya un ejemplo. Si uno no es arquitecto, no tendrá descaro para dar palabra de construir una casa; y si no es médico, no será osado de poner las manos sobre un cuerpo enfermo. En uno y otro caso, por muchos que sean los que quieran empujarle, se negará rotundamente y no se avergonzará de confesar su ignorancia. Pues tratándose de tantas almas que van a encomendársele, ¿no se examinará el hombre antes a sí mismo, sino que con toda su ineptitud aceptará el ministerio de ellas, sólo porque lo manda fulano o se empeña zutano o por no ofender a mengano? Mas ¿no ve que se está voluntariamente arrojando con ellos a un precipicio? Pudiera el hombre salvarse a sí mismo, y ahora se va a perder él y con él los demás. ¿De dónde, en efecto, van a esperar salvación? ¿De dónde esperar el perdón? ¿Quién intercederá por nosotros? ¿Acaso los mismos que ahora nos obligan y nos llevan a fuerza de brazos? ¿Y quién los salvará a ellos en aquel trance? Porque sin duda son ellos los que necesitan de otros para huir del fuego eterno. Y que no te digo todo esto por ganas que tenga yo de meterte miedo, oye cómo lo mismo dice San Pablo a su discípulo Timoteo, hijo suyo legítimo y querido: "No impongas a nadie –le dice– las manos a la ligera, ni te hagas partícipe de pecados ajenos" (I Tim., 5, 22). ¿Has visto ahora, no diré de qué gran reproche, sino de cuán grande castigo libré yo, en cuando de mí dependía, a los que querían llevarme al sacerdocio?

Responsabilidad de los que eligen a un desconocido.

Porque a la manera que a los elegidos no les excusa decir: "No vine yo sin que me llamaran y no hui por no saber de antemano de qué se trataba", así a los que ordenan al sacerdote de nada puede aprovecharles alegar que no conocían al que eligieron, sino ello acrece su culpa, y al confesar que introdujeron en la Iglesia un desconoci-

do, por su boca se condenan. Allá cuando se compra un esclavo, se le hace reconocer muy bien por el médico, se buscan fiadores de la venta, se pregunta a los vecinos y aun con todo esto no están tranquilos, sino que piden largos plazos de prueba. Pues, ¿no será absurdo que tratándose de inscribirle a uno en tal alto servicio, se le elija al buen tuntún y sin más averiguación, sólo porque a fulanito le plugo dar un testimonio en favor o disfavor de otros? Así, pues, ¿quién abogará entonces por nosotros, si los mismos que debieran abogar necesitan también de abogados? En resolución, que si grande es la pesquisa que debe hacer el que ordena al sacerdote, mayor todavía tiene que hacerla el propio ordenado. Cierto que tendrá por compañeros de castigo en todo lo que pecare a los que le eligieron; mas no por eso dejará él de ser castigado, y más que los otros.

Pruébese el hombre a sí mismo.

A no ser que los electores obraran por motivos humanos contra la propia evidencia. Porque si, en efecto, se hacen reos de este crimen y a sabiendas introducen en la Iglesia a un indigno por cualquier respeto humano, entonces los castigos correrían por igual a electores y elegidos, y aun tal vez mayor para el que elige a un indigno que para este mismo. Porque si uno quiere corromper la Iglesia y otro le concede poder para hacerlo, el verdadero culpable de todos los desafueros que aquel cometa es éste que le dio poder de cometerlos. Mas pongamos por caso que el lector no tuvo esas intenciones, sino que dice le engañó la opinión del vulgo sobre el sujeto elegido; tampoco entonces podrá quedar impune en su conducta, si bien su castigo será menor que el del elegido. ¿Por qué esto? Porque natural es que los electores puedan ser engañados por falsa opinión que corra, y vengan así a ordenar a un indigno; mas el propio ordenado jamás podrá alegar que no se conocía a sí mismo, como, en efecto, no le conocían los demás. En consecuencia, cuando al ordenado le amenaza mayor castigo, si fuere indigno, que a los que le ordenan, tanto debe él por su cuenta examinarse y probarse más cuidadosamente. Y si por ignorancia quisieran arrastrarle, acérqueseles él y explíqueles exactamente los motivos que tiene para que salgan de su engaño, y de este modo, haciéndoles ver que no es digno de que se le apruebe para el sacerdocio, no cargue sobre sí el peso de tan grandes negocios. ¿Por qué crees que

tratándose de asuntos de milicia, comercio, agricultura o cualquier otro negocio secular ni el labrador se metería a navegante ni el soldado a labrar la tierra ni el marino a mandar el ejército, por más que se les amenazara con la muerte?¿No es evidente que la razón está en que cualquiera de ellos prevé el peligro que había de seguirse de su impericia en cada caso? Pues ya, si donde al fin y al cabo el daño no había de ser muy grande, como quiera que no es eterno, de tanta cautela y previsión se usa; tratándose del sacerdocio cuyo desempeño indigno acarrea castigo eterno, ¿nos arrojaremos sin más ni más a tan grande peligro, sólo porque nos fuerzan los demás? Mas no nos lo tolerará el que entonces nos ha de juzgar. Pues mayor cautela y seguridad había que haber puesto en lo espiritual que en lo temporal, y aquí no la pusimos ni igual siguiera. Si sospechamos o nos imaginamos de uno que es arquitecto, sin serlo, y con esa imaginación le llamamos para que nos construya la casa y el hombre muy tranquilo acepta nuestra invitación; pero llega luego y pone manos a la obra y nos destruye la madera, las piedras, y demás materiales de construcción, o nos construye una casa que se derrumba antes de terminada, ¿le bastaría a este buen hombre con excusarse diciendo que fueron otros quienes le obligaron a poner manos a la obra y no fue él quien vino por su cuenta? ¡De ninguna manera! Con sobrada razón rechazaríamos semejante excusa, pues en todo caso, aunque otros le llamaran, debía él haberse negado. Pues a lo que voy. Si al que destruye piedras y maderas no le excusa de castigo el hecho de que otros le llamen, ¿crees tú que al que pierde las almas o las desedifica le bastará con alegar la violencia que se le hizo para escapar con eso del castigo? ¿Habrá más grande necedad que ésa? Y prescindo ahora de que a quien no quiere, nadie podrá forzarle. Mas demos que sí, que sufrió un formidable combate y se le atacó con todas las máquinas y pertrechos hasta derribarle. ¿Es que esto le eximirá de castigo? ¡Por Dios, amigo mío! No nos queramos engañar a nosotros mismos hasta tal punto, ni finjamos ignorar lo que sería evidente para los mismos niños. No, cierto, esta afectación nuestra de ignorancia no ha de sernos de provecho el día de las cuentas. ¡No fuiste tú quien te empeñaste en alcanzar esta dignidad, pues tenían conciencia de tu flaqueza! Hiciste muy bien en ello. Ahora bien, si esa conciencia tenías, debiste igualmente rechazarla, aun cuando fueran otros quienes te lo ofrecieron. ¿O es que vas a hacernos creer que mientras nadie te llamaba a eso, eras en efecto débil e inepto, y una vez que se presentaron quienes iban a concederte ese honor, te

volviste fuerte por arte de magia? Eso serían ganas de reír y hacer el tonto y digno, por ende, de máximo castigo.

Por eso mismo nos exhorta el Señor (Luc., 14, 28) que si vamos a edificar una torre, no echemos los cimientos antes de calcular los fondos de que se dispone, no sea que demos luego materia de risa a todo el que pase por delante. Y aun en el caso de la torre, el daño no va más allá de más o menos burla que nos hagan; mas en el del sacerdote, el castigo es el fuego eterno, y el gusano que no muere, y el rechinar de dientes, y las tinieblas exteriores, y el ser partido por medio, y ser contado entre los hipócritas.

La Iglesia cuerpo de Cristo.

Pero nada de todo eso quieren considerar mis acusadores, pues de tenerlo en cuenta, dejarían de una vez de recriminar al que no quiso perderse sin motivo. Porque no estamos ahora discutiendo sobre la administración del trigo o la cebada, de los bueyes o de las ovejas, ni de negocio alguno semejante, sino sobre el mismo cuerpo de Jesús, pues la Iglesia, según palabra de San Pablo (Col. I, 18), es el cuerpo de Cristo, y aquel a quien este cuerpo se le confía ha cuidar extremadamente de su buena salud y procurarle la mayor hermosura. Ha de vigilar en todo y por todo para que ni mancha ni arruga ni tacha alguna semejante menoscabe aquella flor de hermosura y vigor. ¿Y qué otra cosa puede pretender el sacerdote sino que ese cuerpo se presente, en cuanto cabe en humana flaqueza, digno de aquella divina Cabeza, inmortal y bienaventurada, a que está unido? Allá los que cuidan de la salud de los atletas, se valen de médicos y de entrenadores, pónenles régimen muy severo, ejercítanlos a la continua y los someten a infinitas observancias más, puesto que el más ligero descuido lo trastorna y echa todo a perder. Ahora bien, los que tienen cargo de cuidar de este cuerpo, cuyos combates no han de ser contra otros cuerpos, sino contra las potestades invisibles, ¿cómo le podrán conservan íntegro y sano, si ellos no sobrepasan en mucho la humana virtud y no conocen la cura que cada alma necesita?

La palabra divina, medicina general de las almas.

¿Acaso ignoras que este místico cuerpo está sujeto a más enfermedades y percances que nuestra carne, y que se corrompe más aprisa y se cura más despacio? Y hay más: Los que curan estos cuerpos nuestros han inventado muchedumbre de remedios, disponen de variedad de instrumentos y conocen los diversos alimentos, que a los enfermos convienen; muchas veces el cambio de aire basta por sí sólo para curar al enfermo, o bien un sueño oportuno le ahorra al médico todo su trabajo. Mas en la cura de las almas, no hay que pensar en nada de eso; sino que, aparte del ejemplo, no hay otro remedio ni camino de salud sino la enseñanza por medio de las palabras. Este es el instrumento, este el alimento, este el mejor cambio y temple de aires. Esta hace veces de medicina, ésta es nuestro fuego; ésta nuestro hierro. De la palabra hay que valerse siempre que hace falta quemar o cortar. Si este remedio no hay, todos los demás son inútiles. Con ella levantamos al alma caída, desinflamos la hinchada, cortamos lo superfluo, suplimos lo defectuoso y realizamos, en fin, toda operación conveniente para la salud de las almas. Cierto que una vida santa puede engendrar en otros el deseo de vivir santamente; mas si el alma sufre la enfermedad de los dogmas espurios, entonces no hay como la palabra, no ya sólo para la seguridad de los domésticos, sino también para combatir a los extraños.

La palabra suple a los milagros.

Porque si hubiera alguien que así empuñara la espada del espíritu y embarazara el escudo de la fe, que llegara a hacer milagros, y por medio de prodigios lograse tapar la boca de los que hablan desvergonzadamente, ése ninguna necesidad tendría de buscar el auxilio de la palabra; o mejor dicho, ni aun en ese caso, sería de suyo inútil la palabra, sino altamente necesaria. La prueba es que San Pablo, aun admirado por todas partes como obrador de milagros, no por eso dejó de manejar la palabra. Y otro del mismo sacro coro apostólico nos exhorta a que atendamos a la fuerza y virtud de la palabra, diciendo: "Estad apercibidos para la defensa ante cualquiera que os pidiere razón de vuestra esperanza" (I Petr., 3, 15). Y los apóstoles todos no por otro motivo encomendaron en la ocasión que sabemos (Act., 6, 2)

a Esteban y sus compañeros el cuidado de las viudas, sino para dedicarse ellos más holgadamente al ministerio de la palabra. Aunque, naturalmente, de tener nosotros poder de hacer milagros, no sería ya el mismo el modo como buscaríamos la ayuda de la palabra. Mas la realidad es que de semejante poder no nos queda ni rastro; y como, por otra parte, los enemigos nos atacan por todas partes y sin tregua, no tenemos otro remedio que fortificarnos con la palabra divina, no sólo si queremos no ser alcanzados con los dardos de nuestros enemigos, sino también disparar nosotros certeramente contra ellos. Por lo cual, grande empeño hemos de poner para que la palabra de Cristo habite en nosotros copiosamente.

El sacerdote ha de estar diestro para todo género de guerra.

Porque nuestro apresto de guerra no ha de limitarse a un solo género de combates, sino que hemos de entrar en una guerra variadísima y luchar contra enemigos muy diversos, que ni usan todos de unas mismas armas, ni siguen una misma táctica de combate. Ahora bien, el que contra todos tiene que entablar batalla es preciso que conozca las artes de guerra de todos, y ha de ser juntamente arquero y hondero, capitán y cabo, soldado y general, infante y de a caballo, marino y sitiador. en las guerras ordinarias, cada soldado recibe una misión concreta para cumplir y allí se defiende de los que le atacan; mas aquí no es así. El que quiera vencer tiene que conocer todas las estratagemas del enemigo, pues de otro modo sabe el diablo, por aquel solo portillo que halle descuidado, introducir sus salteadores y arrebatar el rebaño; cosa que no intentará si se da cuenta de que el pastor está dotado de toda ciencia y le sigue en todas sus tretas y maniobras. Por lo tanto, es menester armarnos de punta en blanco, sin dejar parte descuidada. Una ciudad bien amurallada por todas partes puede reírse tranquilamente de sus sitiadores, segura de sus murallas; mas si se abre un solo portillo, siquiera sólo sea del tamaño como una ventana, de nada le sirve ya el resto de la muralla, por más que todo él permanezca intacto. Lo mismo ocurre en la ciudad de Dios. Mientras la inteligencia y prudencia del pastor la rodea por todas partes como de una muralla, todas las máquinas y pertrechos del enemigo terminan en burla e irrisión, y los habitantes de la ciudad siguen indemnes; mas apenas el enemigo logra derribar una parte del muro, no hace falta más: por la parte, digámoslo así, se viene a perder el todo.

Descríbese la variedad de los enemigos.

¿De qué sirve, en efecto, combatir victoriosamente a los paganos, si saquean la ciudad de Dios los judíos? ¿Y qué adelantamos con vencer a judíos y paganos, si nos entran a saco los maniqueos? Y aun éstos superados, pueden degollarnos el rebaño los que introducen el hado. Mas ¿a qué nombrar una por una todas las herejías del diablo? Lo cierto es que si el pastor no sabe refutarlas todas, por una sola puede el lobo devorarle la mayor de sus ovejas. Y hay otra coas: cuando luchan soldados, la victoria o la derrota hay que esperarla del número de los que se mantienen firmes en la lucha; mas en nuestra guerra pasa todo lo contrario. Muchos, en efecto, que ni salieron a combate ni sufrieron la menor fatiga en la guerra, sino que se estuvieron tranquilamente sentados, salieron vencedores en la lucha contra los demás; otros en cambio, que salieron a esta lucha sin gran experiencia, vinieron a atravesarse con su propia espada y se hicieron objeto de irrisión para amigos y enemigos. Voy a aclararte con un ejemplo lo que te digo" Los que siguen la aberración de Valentín y de Marción y los que sufren locura semejante a ésa, quieren borrar del catálogo de las Escrituras divinas la Ley dada por Dios a Moisés; los judíos, en cambio, la estiman hasta tal punto que, a despecho de los tiempos y contra el beneplácito divino, se empeñan en observarla íntegramente. Mas la Iglesia de Dios, sorteando por igual los escollos de ambas exageraciones, va por una vía media, y así ni nos obliga a someternos al yugo de la antigua Ley, ni consiente que se la infame, sino que, aun caducada, la alaba por haber sido útil a su tiempo. Ahora bien, el que contra ambos extremos tiene que luchar ha de saber mantenerse en este mismo equilibrio y moderación. Porque si queriendo persuadir a los judíos que no es este tiempo de seguir atados a la antigua Ley, la combate sin miramiento, dará un buen asidero a los herejes que quieren vituperarla; y al revés, si por rebatirlos a éstos la exalta fuera de tono y la presenta como obligatoria aun en tiempo de la Ley de gracia, dará la razón a los judíos. Otro ejemplo. Los que padecen la locura de Sabelio y la rabia de Arrio, unos y otros se desvían de la sana fe por extremados. Cierto que aun conservan el nombre de cristianos, mas si se examinan sus doctrinas, se verá que los unos, fuera del nombre, no son mucho mejores que los judíos, y los otros no andan muy lejos de la herejía de Pablo de Samosata, y que unos y otros están fuera de la verdad. Así, pues, también aquí se

corre grave riesgo y hay que andar por camino estrecho y angosto, con precipicios a uno y otro lado, y muy de temer es que en este combate, queriendo herir al uno, nos hiera el otro. Porque si decimos que no hay una sola divinidad, Sabelio querrá al momento llevar a la fuerza nuestra afirmación hacia su propia aberración; si, por otra parte, distinguimos y decimos que es uno el Padre y otro el Hijo y otro el Espíritu Santo, se levanta Arrio y querrá convertir en diversidad de naturaleza lo que es distinción de personas. La verdad es que lo mismo hay que rechazar y huir la impía confusión del primero, que la loca división del otro, confesando nosotros una sola divinidad, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, pero añadiendo las tres Hipóstasis o Personas, y así podemos rechazar por igual los ataques de los dos herejes.

Y así por el estilo pudiera enumerarte infinitos otros encuentros de los que se retirará el luchador acribillado de heridas, si no sabe combatir con valor y destreza.

Luchas en la propia casa.

¿Y quién podrá contar las rencillas de los de nuestra propia casa? Los ataques que de aquí vienen no son menores que los de fuera y aun es mayor la molestia que ocasionan al que tiene oficio de enseñar. Porque los unos, de puro curiosos, pretenden temerariamente averiguar aquellas cosas que ni es posible saber ni se saca provecho ninguno de saberlas; otros le piden cuentas a Dios de sus juicios y se empeñan en medir su abismo infinito. "Porque sus juicios –dice la Escritura– son un grande abismo" (Ps., 35, 7). Y no hallarás muchos que se preocupen de la fe y de la conducta, sino que la mayor parte no quieren sino cavilar y curiosear sobre cosas que no han de averiguar y cuya mera inquisición irrita a Dios. Porque, claro está que si nos empeñamos en saber lo que Dios quiso que no supiéramos, en primer lugar, no lograremos saberlo (pues, ¿cómo pudiera ello ser contra la voluntad de Dios?), y por añadidura, nos ponemos en peligro inquiriéndolo. Mas a pesar de todo y por muy claras que sean estas cosas, cuando uno quiere con autoridad cerrar la boca a los que escudriñan, estos misterios, se le tacha de soberbio y de ignorante. Por eso, también aquí necesita el prelado usar de exquisita prudencia para apartar a los fieles de esas absurdas inquisiciones y no incurrir por su parte en

las acusaciones susodichas. Ahora bien, para todo este cúmulo de males ningún otro remedio se nos da sino la ayuda de la palabra, y si el sacerdote no posee esta fuerza de la palabra, las almas de sus encomendados, sobre todo de los débiles y curiosos, vendrán a ser como naves en continua tormenta. Por eso el sacerdote no debe omitir esfuerzo alguno para adquirir esa fuerza y virtud.

Objeción: San Pablo no fue orador.

Basilio.– Siendo esto así, ¿cómo se explica que Pablo no puso empeño ninguno en adquirir esa virtud, y no sólo no oculta su pobreza de palabra, sino que paladinamente declara que es lego en la materia y esto nada menos que escribiendo a los Corintios (2 Cor., 11, 6), famosos por su elocuencia y orgullosos de ella?

San Pablo tuvo algo superior a toda elocuencia.

Crisóstomo.– Eso, eso es lo que perdió a muchos y los hizo perezosos para la verdadera manera de enseñar. Porque no alcanzando a penetrar exactamente la profundidad de los pensamientos del Apóstol, ni a comprender el sentido de sus palabras, se han pasado la vida dormitando y embobados, haciendo gala de una ignorancia que no es, ciertamente, la que Pablo reclama para sí, sino otra muy distinta de la que está aquel tan lejos, como puede estarlo nadie bajo el sol. Mas de esto trataremos en otra ocasión; vengamos ahora al otro punto. Demos que fuera un lego en la materia que éstos dicen. ¿Qué tendrá eso que ver con los hombrecillos de ahora? ¡Qué no era de palabra elocuente! Mas él tenía una virtud muy superior a la palabra y capaz de obtener mayores éxitos, pues con sólo presentarse, sin decir una palabra, aterraba a los demonios; mas nuestros hombres de ahora, aun juntándose todos, aun con mil oraciones y lágrimas, no serían capaces de hacer lo que hizo el solo ceñidor de Pablo en cierta ocasión (Act., 19, 12). Además, Pablo resucitaba a los muertos con su oración y hacía otros prodigios tales, que llegó a ser considerado como dios por los paganos, y aun antes de salir de esta vida fue digno de ser arrebatado al tercer cielo, y que se le comunicaron palabras que al hombre no le es lícito escuchar. Mas los de ahora... No digamos nada desagradable ni

pesado, pues no estoy ahora hablando con ánimo de insultarlos, sino más bien admirado de cómo no tiemblan de compararse con un hombre de esta talla.

La vida de Pablo, superior a toda elocuencia.

Mas si dejando a un lado sus milagros pasamos a considerar la vida de este bienaventurado y examinamos su conducta angélica, verás que en esta parte y con más ventaja que en los milagros, sale vencedor sobre todos este luchador de Cristo. Porque, ¿quién podrá explicar su celo, su modestia, sus continuos peligros, su solicitud constante, sus tristezas, nunca interrumpidas, por la Iglesia, su compasión con los enfermos, sus muchas tribulaciones, sus persecuciones siempre nuevas, sus muertes de cada día? ¿Qué lugar de la tierra, qué continente, qué mar no supo de los combates de este bienaventurado? Hasta la tierra inhabitada le conoció, pues muchas veces le dio acogimiento en sus peligros. El conoció todo género de acechanzas y alcanzó todo género de victorias. Ni de luchar ni de vencer cesó jamás. Mas no sé qué me ha inducido a mí a injuriar a este varón maravilloso. Injuriarle, digo, porque sus méritos sobrepasan todo discurso, y el mío en tanto grado cuanto los elocuentes oradores sobrepasan mi impericia en el hablar. Sin embargo, pues él no ha de juzgarme por el éxito que yo obtenga, sino por mi deseo de ensalzarle, no quiero desistir de mi intento hasta decir aquello que en tanto grado supera todo lo hasta aquí dicho, cuanto el mismo Pablo superaba a los demás hombres. ¿Y qué cosa es ésa? Pues que después de tantos méritos, después de tantas coronas de victoria, aun pedía ir al infierno y sufrir tormentos eternos, a trueque de salvar y ganar para Jesucristo a aquellos mismos judíos que muchas veces le apedrearon e hicieron cuanto estuvo de su parte para quitarle la vida. ¿quién amó a Jesucristo hasta tal grado? Si es que a esto se le puede ya llamar amor y no algo que esté por encima del mismo amor. ¿Y pretenderemos todavía parangonarnos con él, después que recibió tan grande gracia de arriba y mostró tan grande virtud de su propia cosecha? ¿Puede darse mayor audacia que comparación semejante?

Pablo, vulgar en la elocución, pero no en el conocimiento.

Pero hay más todavía. Ahora voy a intentar demostrarte que tampoco fue Pablo un ignorante en el sentido que estos holgazanes creen. Estos, en efecto, llaman ignorantes y vulgar –y en esto tienen razón– no sólo al que no se ejercitó en las letras profanas, sino también al que no sabe defender los dogmas de la verdad. Ahora bien, Pablo ni dice que él sea ignorante y lego en ambos aspectos, sino en uno de ellos; y para dejar esto bien asentado, él mismo hace muy justamente la distinción, diciendo que era lego en el hablar, pero no en el conocimiento. Porque si yo exigiera la suavidad de Isócrates, la majestad de Demóstenes, la gravedad de Tucídides y la sublimidad de Platón, tendría razón de ser alegar este testimonio de Pablo; pero todo eso lo dejo a un lado y nada se me da del superfluo adorno de los escritores profanos y ni de su dicción y períodos. Muy bien que la expresión sea pobre, la sintaxis corriente y sencilla; lo que no se consiente a nadie es ser lego en el exacto conocimiento de los dogmas. Que nadie pretenda, para cubrir su propia pereza, arrebatarle al Apóstol lo que es su máxima excelencia y la cúspide de su gloria.

Efectos maravillosos de la elocuencia de San Pablo.

Y si no, dice: ¿De dónde le vino confundir a los judíos de Damasco, cuando aun no había empezado a hacer milagros? ¿De dónde el derrotar completamente a los helenistas? ¿Por qué tuvo que ser enviado a Tarso, sino porque a todos vencía con su palabras y los acorraló hasta tal punto que se exasperaron hasta odiarle de muerte por no poder sufrir la derrota? Y no habiendo hasta entonces obrado prodigio ninguno, nadie puede decir que el pueblo le admirara por su poder de hacer milagros y que por ese prestigio fueran derrotados sus enemigos. No, sus victorias las debió únicamente a su palabra. ¿Y con qué otras armas combatía en sus disputas contra los judaizantes de Antioquía? Y aquel famoso Areopagita, de aquella supersticiosísima ciudad de Atenas, ¿por qué otro motivo que el de su público discurso le siguió juntamente con su mujer? ¿Por qué se cayó Eútico de la ventana, sino porque se estuvo oyendo su enseñanza hasta altas horas de la noche? Pues, ¿quién dirá lo que hizo Pablo en Tesalónica y en Corinto y en Efeso y en la misma Roma? ¿Acaso no se pasaba días y

noches enteras explicando sin interrupción las Escrituras? ¿Y qué decir de sus disputas con epicúreos y estoicos? Si, en efecto, quisiéramos enumerarlo todo, alargaríamos desmesuradamente el discurso. Concluyamos, pues, que tanto antes de los milagros, como en los mismos milagros Pablo hizo uso copioso de la palabra. ¿Cómo, pues, habrá quien se atreva a llamar lego en el arte de hablar a quien por su elocuencia fue la admiración de todo el mundo? ¿Por qué, si no, los licaonios le tomaron por Hermes? Porque el hecho de que a ambos misioneros, Pablo y Bernabé, los tomaran por dioses, claro está que se debió a sus milagros; pero que a Pablo se le creyera precisamente Hermes, no pudo ser sino por su elocuencia.

Las cartas de San Pablo.

¿En qué otra cosa aventajó este bienaventurado apóstol a todos los demás apóstoles? ¿De qué procede que ande en boca de todos por todo lo descubierto de la tierra? ¿De qué viene que sea sobre todos admirados no sólo entre nosotros, sino aun entre los judíos y paganos? No hay duda que a sus cartas deba esa gloria. Tal virtud tienen esas cartas, que por ellas no sólo aprovechó Pablo a los fieles de su tiempo, sino a los que después vinieron, como ha de seguir aprovechando a los que están por venir hasta el último día en que aparecerá Cristo; en una palabra, mientras durare el género humano no dejarán de aprovechar a los hombres las cartas de Pablo. Los escritos de Pablo defienden a las Iglesias esparcidas por toda la tierra, como una muralla fabricada de puro diamante, y él mismo está aún ahora en medio de ellas como un nobilísimo campeón, cautivando todo pensamiento en la obediencia de Cristo y destruyendo todos los razonamientos y todo engreimiento que se alza contra el conocimiento de Dios. Y todo esto lo hace por medio de aquellas cartas que nos dejó, admirables y llenas de divina sabiduría. Esos escritos, no sólo sirven para la refutación de las doctrinas espurias y confirmación de las legítimas, sino que contribuyen en no pequeña medida a la perfección de nuestra vida. Pues tomando aun ahora los prelados de la Iglesia, por instrumento esas mismas cartas del Apóstol, con su doctrina componen y modelan y adornan de espiritual hermosura a aquella casta virgen que él desposó con Cristo. Con ellas la curan de las enfermedades que la atacan, y la conservan en salud, cuando está sana. ¡Tales remedios

nos dejó un hombre ignorante, remedios de tal virtud cual muy bien conocen los que los han probado!

San Pablo mismo manda este estudio.

Todo lo dicho prueba el empeño que Pablo mismo ponía en este punto de que tratamos. Pero además, hay que escuchar lo que dice escribiendo a su discípulo Timoteo: "Atiende a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza". Y luego añade el fruto de ello, diciendo: "Porque haciéndolo así, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan" (I Tim., 4, 13). Y otra vez: "El siervo de Dios no ha de contender, sino ser manso para con todos, dócil, paciente" (II Tim., 4, 13). Y un poco más adelante añade: "Mas tú permanece en lo que aprendiste y te fue confiado, sabiendo de quién lo aprendiste y cómo desde niño conoces las sagradas Letras, las cuales pueden hacerte sabio para la salvación" (Ib., 3, 14-15). Y de nuevo: "Toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para instruir en la justicia, a fin de que sea perfecto el hombre de Dios" (Ib., v. 16). Escucha también lo que añade el Apóstol, hablando con Tito, sobre la constitución de los obispos: "Es necesario –dice– que el obispo abrace la palabra fiel conforme a la doctrina, a fin de que pueda argüir aun a los que contradicen" (Tit., 1, 9). ¿Cómo, pues, podrá argüir y tapar la boca a los que contradicen, si es un ignorante, como éstos dicen? ¿Y qué necesidad habría de entregarse a la lectura y estudio de las Escrituras, si hay que abrazar esta ignorancia? Mas todo esto no son sino pretextos y excusas, y capas con que tapar la propia pereza y desidia.

Aun los simples fieles han de conocer la palabra divina.

Objetará alguno que todo eso sólo se manda a los sacerdotes, y de los sacerdotes, efectivamente, estamos tratando ahora. Cierto que sí, pero oye cómo también les alcanza a los súbditos, pues en otra epístola exhorta a otros así: "La palabra de Cristo habite en vosotros copiosamente en toda sabiduría" (Col., 3, 16). Y otra vez: "Vuestra palabra esté siempre condimentada con la sal de la gracia, para saber cómo tenéis que responder a cada uno" (Ibid., 4, 6). Por lo demás, a todos se

ha dicho que estemos apercibidos para la defensa (I Pet., 3, 15). Escribiendo a los tesalonicenses, les dice: "Edificaos los unos a los otros, como ya lo hacéis" (Thes., 5, 11). Mas cuando habla especialmente a los sacerdotes, dice: "Los ancianos o presbíteros que desempeñan bien su cargo al frente de los demás, sean tenidos por dignos de doble honor, sobre todo los que trabajan en la palabra y en la enseñanza" (I Tim., 5, 17). En efecto, el fin último de la enseñanza es conducir a nuestros discípulos a aquella vida bienaventurada que Cristo ordeno, y esto tanto por medio de nuestras obras, como por nuestras palabras, pues no basta el solo obrar para enseñar. Y esto no lo digo yo, sino el mismo Cristo: "El que hiciere y enseñare –dice el Señor– ése será llamado grande" (mat., 5, 19). Si el mero obrar fuera enseñar, sobraba la segunda parte del dicho del Señor, pues bastaba con decir: "El que hiciere", sin más. Al distinguir las dos cosas, danos a entender que en la edificación de las almas tienen su parte las obras, y la suya las palabras, y para que sea cabal esa edificación, las obras necesitan de las palabras y las palabras de las obras.

Anden a la par obras y palabras.

¿O es que no oíste nunca lo que dice aquel vaso de elección a los ancianos de Efeso: "Por eso, vigilad, recordando que por tres años ni de día ni de noche cesé de amonestaros con lágrimas a cada uno de vosotros" (Act. 20, 31). ¿Qué necesidad había de lágrimas ni de amonestaciones de palabra, cuando de tan maravilloso modo resplandecía su vida apostólica? Acaso tratándose sólo de la guarda de los mandamientos, el ejemplo de esta vida pudiera ayudarnos en gran parte; y digo en gran parte, porque ni aun en este caso me atrevería yo a afirmar que el ejemplo lo puede conseguir todo. Mas cuando son los dogmas los que se debaten, y cada bando toma sus argumentos de las mismas Escrituras, ¿qué fuerza puede tener aquí el ejemplo de la vida? ¿De qué aprovecha sudar mucho, si después de tantos trabajos, por su impericia cae uno en herejías y se desgarra del cuerpo de la Iglesia, com yo sé que ha sucedido a muchos? ¿De qué aprovecha a los tales toda su paciencia? De nada. Lo mismo que de nada aprovecha la sana fe, si la vida se estraga. Por todas estas causas, el que recibe cargo de enseñar a los otros ha de ser muy diestro en todos estos combates. Porque, aun dado caso que él se mantenga firme y

seguro, sin que le afecten los ataques de los contradictores, sin embargo, la muchedumbre de los débiles a él encomendados, si ve que su guía es vencido y no sabe contestar a sus contradictores, no achacan la derrota a flaqueza suya, sino a debilidad de los dogmas mismos; y de este modo la impericia de uno solo puede conducir a la última ruina a todo un pueblo. Y aun dado caso que no todos se pasen al bando de los contrarios, por lo menos se ven forzados a dudar de aquellos en quienes debían confiar, y ya no pueden acercarse con la misma firmeza a quienes antes acudían con fe inquebrantable. Finalmente, tal tormenta se desencadena en sus almas por la derrota de su maestro, que terminan por naufragar miserablemente en la fe. Mas qué perdición, qué cantidad de fuego eterno se acumula sobre la cabeza de aquel desgraciado que es causa de la ruina de cada una de estas almas, no tengo por qué explicártelo yo, como quiera que tú lo sabes perfectamente. Y ahora, por lo que a mí se refiere, ¿podrá llamarse soberbia, podrá llamarse vanagloria que no quisiera ser yo culpable de la perdición de tantas almas y acarrearme mayor castigo en la otra vida del que ya merezco por mis propios pecados? ¿Quién osará decir tal cosa? Nadie, si no es que tiene gusto en criticar por criticar y alardee de filósofo en las desgracias ajenas.

LIBRO QUINTO

Sobre el Sacerdocio

El ministerio de la palabra.

Bastantemente creo haberte demostrado de cuánta experiencia tenga necesidad el maestro para salir airoso en las luchas por la verdad; pero me queda aún por decir otra cosa que es fuente de innumerables peligros. O digamos más exactamente, no es la cosa en sí la causa de los peligros, sino los que no la saben usar debidamente; puesto que ella de suyo, como halle hombres diligentes y buenos que la administren, a la salvación de las almas se ordena y bienes copiosos produce. ¿Qué cosa sea ésa? El mucho trabajo que requieren aquellas instrucciones que se tienen al pueblo en común. Porque, en primer lugar, la mayor parte de los súbditos no se resignan a escuchar a los que les hablan con la disposición de ánimo con que se oye a un maestro, sino que saliéndose del puesto de discípulos, toman la actitud de espectadores, como en cualquier certamen o representación profana. Y lo mismo que en el teatro se divide la multitud, y unos están por unos actores y otros por otros, así exactamente se dividen también los oyentes en la iglesia y unos gustan de un orador y otros de otro, y sólo se escucha por amistad o enemistad de los que hablan. Ni para la cosa ahí, sino que hay algo peor todavía. Porque si por azar sucede que un orador se apropia algo que otro compuso y lo zurce en sus discursos, ya puede prepararse a sufrir vituperios mayores que si fuera ladrón de oficio. Y aun muchas veces, sin tomar nada, sino sólo por mera sospecha, se le vitupera como si fuera convicto de robo. Mas ¿qué digo de lo que otros componen? Ni de sus propios hallazgos le es lícito valerse con demasiada frecuencia. Y es que la gente

está acostumbrada a oír, no para aprovecharse, sino para divertirse, como si se sentaran a dictaminar sobre representantes de una tragedia o músicos de cítara. Y aquella fuerza de la palabra, de que poco ha decíamos, resulta aquí tan deseable como pueda serlo a los sofistas, cuando tienen que entablar entre sí pública disputa.

No guié el pueblo al sacerdote, sino el sacerdote al pueblo, en el ministerio de la palabra.

Requiérese, pues, también aquí un alma generosa, que ciertamente sobrepasa mi propia pequeñez, a fin de refrenar ese gusto desordenado y dañoso del vulgo, y enseñarle a oír la palabra de Dios con más provecho, de modo que sea el pueblo quien siga y ceda al sacerdote, y no el sacerdote quien se deje arrastrar por los gustos del pueblo. Mas esto sólo se puede alcanzar con estas dos condiciones, a saber: desprecio de las alabanzas y facilidad en el hablar. Una cualquiera que falte, invalida a la compañera. Porque si uno desprecia las alabanzas y no sabe presentar la doctrina condimentada con la gracia y la sal del bien decir, es despreciado por la muchedumbre y nada consigue con toda aquella magnanimidad suya. Y al revés, si en punto a bien hablar nada deja que desear, pero por otra parte le domina la vanagloria y aura popular, viénese a parar en el mismo daño para sí y para los oyentes; pues ambicionando sus aplausos, les hablará antes para darles gusto que para aprovecharles. En conclusión, uno no sufre pasión de gloria y alabanza, pero no sabe hablar. Este tal no condescenderá con los gustos de la muchedumbre, pero tampoco conseguirá fruto digno de cuenta por su incapacidad en el hablar; otro es arrastrado por su pasión de alabanzas y posee talento para mejorar a los demás con su palabra; mas como bebe los vientos por el ruido de los aplausos, en lugar de hablar para mejorar a sus oyentes, hablará sólo para recrearlos. Así, pues, el perfecto prelado debe estar adornado de ambas cualidades, desprecio de alabanzas y facilidad de palabra, a fin de que no se estorbe la una a la otra. Porque si se levanta a hablar y dice cosas que pueden herir a los que viven flojamente y llega un momento en que se trabuca y queda cortado y le salen los colores a la cara por su cortedad de palabra, en el mismo punto se escurre como agua todo el fruto de lo dicho. Porque los que se sienten molestados por la reprensión, ya que no pueden vengarse de otro modo, le cargan de burlas

por su ignorancia, creyendo que así tapan ellos su propia deshonra. Por eso, como diestro auriga, debe el prelado llegar a la perfección en estas dos excelentes cualidades, para poder manejarlas ambas para lo que convenga. Porque cierto es que si él fuere irreprochable en todo, podrá, con cuanta libertad quisiere, apretar o aflojar en el gobierno de sus súbditos; mas hasta conseguir aquella perfección, la cosa no es muy hacedera.

Desprecio de la envidia.

Mas no debe sólo el sacerdote mostrar aquella magnanimidad que decíamos en el desprecio de las alabanzas, sino que ha de ir más allá, no sea que otra vez se malogre todo el fruto de su trabajo. ¿Pues qué otra cosa tiene que despreciar? ¡La envidia y ojeriza de los demás! No hay más remedio sino que el prelado tenga que sufrir críticas sin razón. Ahora bien, ni hay que temer desmesuradamente y echarse a temblar por tales acusaciones intempestivas, ni es bien tampoco desdeñarlas sin más ni más. Nada hay, en efecto, que así ponga y quite fama como el vulgo descompuesto, que acostumbrado como está a oírlo todo sin pararse a averiguar la verdad, y propalar cuanto oye, habla inconsiderablemente cuanto le viene a la boca, sin preocuparse para nada de la verdad. Por eso, no hay que desdeñar a la muchedumbre, sino tratar de cortar, apenas surgen, las malas sospechas, procurando persuadir a los que nos acusan, por más irrazonables que sean. En fin, no omitir nada que pueda desvanecer cualquier opinión desfavorable. Mas si haciendo nosotros lo que está en nuestra mano, no quisieren los acusadores convencerse de nuestra inocencia, entonces es caso de despreciarlos de todo punto. Porque si se deja uno abatir por trances semejantes, no hay manera de llevar a cabo obra alguna generosa y grande, pues el desánimo y constantes preocupaciones de la opinión ajena son capaces de echar por tierra toda la energía del alma y reducirla a la más absoluta impotencia.

El pueblo es un niño.

Así, pues, debe el sacerdote portarse en este punto con sus súbditos como un padre con sus hijos chiquitos. Si los niños nos insultan o

nos pegan o lloran, no le damos demasiada importancia; mas tampoco nos engreímos si nos sonríen o juegan con nosotros. De la misma manera ha de haberse el sacerdote con el pueblo: Ni ha de engreírse con las alabanzas ni abatirse por las censuras, cuando éstas son fuera de razón.

La dificultad de la indiferencia a la alabanza y a la crítica.

Mas no cabe duda de que esto es difícil, amigo mío, y quizá, en mi opinión, imposible. Porque eso de no alegrarse de ser alabado, yo no sé haya habido algún hombre que lo haya conseguido. Ahora bien, el que se alegra con las alabanzas, natural es que desee gozar de ellas, y el que a todo trance desea gozarlas, forzoso es que, si no las alcanza, se entristezca y acongoje y abata. Pasa lo mismo que con los que gozan de riquezas, que se exasperan si vienen a caer en la pobreza, y con los que están hechos a la vida muelle, que no saben sufrir la frugalidad, así, los que aman ser alabados consumen su alma con un hambre insaciable y no sólo sufren cuando se los vitupera sin motivo, sino cuando no se los alaba continuamente. Sobre todo, si son gentes que se han criado entre halagos u oyen alabar a otros. Ahora bien el que dominado por este deseo de alabanzas entrare en el combate de la enseñanza, ¡qué de trabajos y qué de sinsabores no tendrá que aguantar! Pues como el mar no puede estar sin olas, así tampoco el alma del ambicioso sin afanes y tristezas.

El orador se hace.

Porque supongamos que esté dotado de gran facilidad de palabra, cosa, por lo demás, que no se da en muchos; no piense, sin embargo, que ha de verse por eso libre de trabajo continuo. Porque como quiera que la elocuencia es obra de estudio y que no da de suyo la naturaleza, aun cuando uno hubiera llegado a la cumbre de ella, si no la cultiva y ejercita con mucho empeño y sin interrupción, llega un momento en que aquella facilidad le abandona. De suerte que a los más hábiles se les exige más trabajo que a los más ineptos, pues no es el mismo el daño que unos y otros sufren, caso de descuidarse en la preparación, sino tanto mayor cuanta es la diferencia entre la pericia

del uno y la impericia del otro. A los imperitos en el hablar, nadie les echa ya en cara que no digan cosa que valga la pena; mas a los famosos oradores, si no ofrecen algo que supere la opinión que se tiene de ellos, todo el mundo se cree con derecho a acusarlos. Además, aquellos, por un pequeño acierto, reciben grandes elogios; mas éstos, si no dicen cosas de todo punto admirables y sorprendentemente, no sólo reciben elogios, sino que cae sobre ellos un enjambre de criticones. Porque los oyentes no se sientan a juzgar lo que se dice, sino a ver si corresponde a la opinión del que lo dice. De manera que quien descuelle por su elocuencia, ése es el que tiene que esmerarse más en el trabajo, pues ni siquiera le vale lo que a toda humana condición es concedido; a saber, que no es posible que un hombre lo alcance todo. No, señor, sino que si lo que dice no concuerda con su fama, se ha de marchar a casa con un chaparrón de vituperios y burlas de la gente. Nadie se para a considerar que pudo sobrevenirle una repentina tristeza, una angustia de ánimo, una preocupación, y hasta muchas veces un enfado que le oscureció la claridad de su mente y no le permitió expresar sus pensamientos y sentimientos tal como los concibiera; en fin, que, en todo caso, es un hombre y que no puede ser igual en todo ni en todo tener el mismo acierto, sino que es natural que en algo hierre y quede por bajo de su propio talento. Nada de esto, como digo, quiere considerar la gente, sino que censuran al orador como si juzgaran a un ángel. Y es que ya de suyo el hombre tiende por naturaleza a desdeñar los méritos del prójimo, por muchos y grandes que sean; mas ¡ay si aparece un defecto!, ya puede ser leve, ya puede haber pasado tiempo desde que se cometió; no hay peligro que pase inadvertido, que no se ensañen sobre él ni que se olvide jamás. Y es lo bueno que este solo defectillo menoscaba la gloria de muchos y grandes méritos.

Los ataques de la envidia.

Ya ves, pues, oh noble amigo mío, que es precisamente el mejor dotado para la elocuencia el que necesita de más empeño y estudio, y sobre estudio y empeño, de una cantidad de paciencia como no necesitan todos juntos los que antes dije. Porque muchos son, en efecto, los que constantemente le atacan, sin razón ni propósito, y ya que no tengan otro cargo que hacerle, le aborrecen por la reputación que goza

entre todos. Y no hay otro remedio que afrontar generosamente la amarga envidia de toda esa gente. Son gente, en efecto, que no sabe ocultar el odio execrable que van acumulando sin motivo en sus pechos, y unas veces injurian, critican y calumnian a sombra de tejado, y otras sale su maldad a pública plaza. Ahora bien, el alma que se sienta y exaspere por todas estas cosas, no tardará en consumirse totalmente por la tristeza. Porque ese linaje de envidiosos no sólo atacan por sí mismos, sino que tratan de valerse de otros para su intento. Toman, por ejemplo –y es frecuente– a un infeliz absolutamente incapaz para la elocuencia y con sus alabanzas le levantan por las nubes y le admiran muy sobre sus méritos: Unos por pura sandez, otros por ignorancia a par que por envidia, no precisamente para presentar como digno de admiración al que no lo es, sino para destruir la fama del que realmente la merece.

El vulgo es necio.

Y menos mal si sólo contra los envidiosos tuviera que luchar el hombre generoso; muchas ocasiones hay en que tendrá que habérselas con la ignorancia de todo un pueblo. Porque no es posible que los que se reúnen en la Iglesia sean todos gente letrada, sino que la concurrencia se compone de vulgo ignorante. Queda, es cierto, una porción más inteligente que el vulgo; mas estos mismos distan tanto de poder emitir un juicio cabal en materia de elocuencia, cuanto el vulgo dista de ellos en todo lo demás; y apenas si habrá uno o dos que puedan apreciar el mérito del orador. De donde resulta, que el que mejor habla, se lleva menos aplausos y hasta habrá veces que ni se le tribute un elogio. para todos estos percances hay que llevar el ánimo generosamente apercibido, y a los que así obran por ignorancia, perdonarlos; a los que por envidia, compadecerlos, como miserables y desgraciados; mas ni por unos ni por otros, creer que nuestra elocuencia sufrió menoscabo de ninguna clase.

El artista, juez de sí mismo.

Si un pintor excelente, que supera a todos los otros en su arte, viera que un corro de ignorantes en pintura se burlaba de una imagen

suya primorosamente trabajada, no por eso se dejaría abatir de ánimo, ni por dictamen de necios tendría por mala su obra; como tampoco juzgará por maravilla insuperable una obra realmente mala, por el solo hecho de que unos zafios se pasmen delante de ella. Sea el óptimo artífice juez de sus propias creaciones y no otra sea la regla para clasificarlas en buenas o malas, sino la misma inteligencia que las creó. Ella solo puede dar voto en pro o en contra, sin tomar para nada en consideración la opinión de los profanos, errada y ajeno al arte. Pues de la misma manera, el que entra en esa palestra de la enseñanza de la doctrina divina no atienda para nada a las aprobaciones y aplausos de los profanos ni se abata de ánimo, si faltaren. Tenga por sola regla y juez de sus discursos el agradar a Dios y conforme a ellos trabájelos; y no, los aplausos y aclamaciones. Si sobre agradar a Dios, también los hombres le alaban, no rechace sus elogios; mas si no se los dan ni los busque ni se acongoje por ellos, pues bastante consuelo de sus trabajos –y cierto, mayor que ningún otro– ha de ser el testimonio de su conciencia de haber compuesto su discurso para agradar a Dios y haber acomodado a este solo fin su enseñanza. ¡Dios se libre de dejarse llevar del deseo de las necias alabanzas, pues en eses caso, ningún provecho sacará de sus trabajos y de nada le servirá toda su elocuencia, porque no pudiendo soportar las críticas majaderas del vulgo, se afloja el alma y termina por abandonar todo empeño y cuidado en el bien decir. En conclusión, el desprecio de las alabanzas es lo primero y principal en que debemos estar amaestrados. Porque no basta saber hablar bien; si nos falta ese desprecio de las alabanzas, nos sera imposible conservar la misma elocuencia.

El que no es orador no ambicione la gloria del orador.

Mas examinemos ahora el caso del que no posee cualidades oratorias y hallaremos que no necesita éste menos que el que está dotado de ellas del menosprecio de las alabanzas. En efecto, si se deja arrastrar del amor al aplauso del vulgo, forzosamente cometerá muchos pecados. Porque no pudiendo igualarse a los famosos oradores, no vacilará en armarles acechanzas, se consumirá de envidia, criticará sin motivo, cometerá, en fin, mil villanías por el estilo. A todo se abalanzará, aun a la pérdida de su propia alma, a trueque de rebajar la gloria de sus rivales al nivel de su propia vileza e ineptitud. Por lo demás, pronto se cansará de trabajar y sudar, como si por toda su alma se le

esparciera un sopor. Porque eso de trabajar mucho para cosechar alabanzas, y apenas recibir ninguna, cosa es de suyo bastante para derrocar y sumergir en profundo sueño al que no tiene valor de despreciar toda alabanza. Mucho amor tiene que tener al oficio o muy grave e inminente ha de ser la amenaza de hambre para el labrador que cultiva un terrero estéril y tiene que labrar entre piedras, para no cansarse muy pronto del trabajo. Porque si aun los muy dotados de facilidad de palabra necesitan de constante ejercicio para conservarla, ¿qué dificultad, qué alboroto, qué turbación no tendrá que sufrir el que carece en absoluto del don de la palabra y en el momento mismo de aparecer en público necesita estar estudiando? Y todo, para con mucho trabajo no conseguir apenas nada. Pues no digamos si el que así brilla en elocuencia es uno de sus súbditos y que ocupa grado inferior en la jerarquía: Alma divina se requiere en este caso para no ser presa de la envidia ni dejarse abatir por la tristeza. Porque, en efecto, verse uno sobrepujado por los que están debajo de él en dignidad y sobrellevarlo generosamente, hazaña es de alma no vulgar, y ciertamente, no de la mía, sino de alguna que está fabricada de puro diamante. Y menos mal, si el que así brilla y es reputado se muestra modesto y se contiene en los límites de la templanza. La cosa, al fin, resulta llevadera. Mas si le da por ser descarado, arrogante y vanidoso, el pobre superior envidioso bien puede suplicar cada día al Señor que le mande la muerte, pues el otro le vuelve tan amarga la vida, insultándole públicamente, mofándose en secreto de él, arrogándose mucho de su autoridad, queriendo, en fin, serlo él todo. Y para todas estas insolencias, escúdase magníficamente en la libertad que tiene en el hablar, en el interés que por él muestra la muchedumbre, en el amor que se ha captado entre todos los súbditos.

La fiebre de la elocuencia.

¿O es que ignoras la fiebre por los discursos que se ha apoderado ahora de las almas de los cristianos, y que los que cultivan la elocuencia son los que reciben honores sobre todos los demás, no sólo entre los paganos, sino entre los mismos hermanos en la fe? Sube el superior a hablar y todos callan y creen que se los molesta y están esperando el final del discurso como un respiro en el tormento; mas pronuncia el otro un larguísimo discurso y se le oye con interés, sienten que vaya a terminar y se enfadan de que al fin se calle. ¿Quién habrá,

dime, capaz de sufrir ese bochorno? Todo esto te parecerá ahora que no tiene importancia y que son cosas fáciles de despreciar. Ya se ve que no tienes experiencia. La verdad es que son cosas que bastan a apagar todo entusiasmo y paralizar las fuerzas del alma, si no está uno muy desprendido de todas las pasiones humanas y procura hacerse semejante a aquellas incorpóreas potestades, que no pueden ser atacadas ni de envidia, ni de amor a la gloria ni otra ninguna enfermedad del ánimo. Si hay, pues, entre los hombres quien sea capaz de pisotear ese monstruo invencible, indomable y feroz que es la opinión del vulgo; si hay quien pueda cortarle sus mil cabezas, o mejor aún, quien no se las deje nacer desde el principio, ese podrá fácilmente rechazar todos esos ataques y gozar de la paz de un tranquilo puerto. mas el que de esa pasión no estuviere libre, múltiple guerra le apareja a su alma, continuo tormento, tropel de tristeza y de todos los demás sufrimientos. ¿A qué enumerar todas las demás dificultades que sólo pudiera saber y explicar el que ha pasado por ellas?

LIBRO SEXTO

Sobre el Sacerdocio.

La cuenta de los pecados ajenos.

Lo que el sacerdote ha de sufrir en la tierra, tal es como lo acabas de oír. Mas ¿cómo soportaremos lo que en la otra vida nos espera, cuando se nos pidiera cuenta de cada una de las almas que se nos encomendaron? Porque no termina el daño con que salgamos avergonzados del tribunal, sino que a la vergüenza se sigue castigo eterno. Aquello del Apóstol: "Obedeced a vuestros superiores y estad sumisos a ellos, pues ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta de ellas" (Hebr., 13, 17), aunque ya lo toqué arriba, no quiero, sin embargo, pasarlo aquí en silencio, pues el temor de esta amenaza estremece mi alma continuamente. Porque si al que escandaliza a uno solo, al más pequeño, le valiera más colgarle una piedra de molino al cuello y hundirlo en el mar (Mat., 18, 6); si todos los que hieren la conciencia de sus hermanos pecan contra el mismo Cristo (I Cor., 8, 12), ¿qué castigo habrán de sufrir, qué pena merecerán los que son causa de la perdición no de uno sólo, no de dos ni de tres, sino de muchedumbres enteras? Porque no valdrá aquí alegar inexperiencia, ni refugiarse en la ignorancia, ni pretextar fuerza y violencia que se nos hiciera. Los súbditos, en todo caso, pudieran alegar algunos de esos pretextos en sus propios pecados con más visos de razón que los prelados. ¿Por qué? Muy sencillo: Porque si alguien no puede alegar ignorancia, es el que estaba puesto para corregir la ignorancia de los demás; y si alguien no puede decir que no oyó la trompeta ni que se acercaba el enemigo, es el que tiene por oficio dar la señal de alarma en la guerra contra el diablo y tocar la trompeta para el combate. Para eso sólo estaba allí sentado, dice Ezequiel (33,3), para tocar la

trompeta a sí y a los otros, y para anunciar de antemano las desgracias que se avecinan. "Porque si viniendo la espada –dice el Señor– el centinela no tocare la trompeta, y la espada que vino arrebatare un alma, esa alma por su propia iniquidad fue arrebatada; mas yo reclamaré su sangre de mano del centinela" (Ez. 1, c).

Al sacerdote se le pide pureza angélica.

Basta ya, pues, de empujarme a un castigo tan inevitable: que no se trata aquí de la dirección de su ejército ni del gobierno de un reino, sino de negocio que requiere angélica virtud. El sacerdote, en efecto ha de tener un alma más pura que los rayos del sol, a fin de que jamás le abandone el Espíritu santo y pueda decir: "Vivo yo, mas ya no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal., 2, 20). Los que moran en el yermo, lejos de la ciudad y de la plaza y libres de los ruidos de una y otra, gozando siempre de la paz y tranquilidad del puerto, no por eso presumen de seguridad por aquel género de vida, sino que buscan mil otras guardas, y se amurallan por todas partes y se esfuerzan en alcanzar la mayor perfección en todas sus obras y palabras, a fin de poderse acercar a Dios con aquella confianza y pureza que cabe en lo humano. Pues, ¿qué tan grande crees que habrá de ser la fuerza y violencia que necesita el sacerdote para arrancar su alma de toda mancha de impureza y conservar incontaminada la hermosura de su espíritu? Porque no cabe duda de que mucho mayor pureza se le exige al sacerdote que a los monjes. Y es el caso que a quien mayor se le exige, está expuesto a mayores peligros, en que forzosamente ha de mancharla, si con asidua vigilancia y decidido propósito no hace su alma inatacable a toda impureza. Porque la gracia del rostro y la elegancia de los meneos, el cuidado del andar, las modulaciones de la voz, los afeites de ojos y mejillas, la compostura de los rizos, las tinturas de los cabellos, el lujo de los vestidos, los adornos de oro, la hermosura de las perlas, el perfume de los ungüentos y tantas otras invenciones del femíneo sexo, cosas son capaces de trastornar el alma, si con mucha austeridad y templanza no está antes bien endurecida.

Peligros por todas partes.

Pero nada tiene de extraño que todas esas cosas nos perturben; mas que pueda el diablo derribar y atravesar con sus dardos las almas

de los hombres con cosas contrarias a esas, eso sí que es para admirarse y sorprenderse y quedarse uno completamente sin saber qué pensar. Porque ya ha habido, en efecto, quienes lograron escapar de las redes aquellas y se dejaron coger en otras absolutamente distintas. La cara sucia, el cabello descompuesto, el vestido andrajoso, la figura desgarbada, la sencillez de costumbres, el hablar sincero, el andar inafectado, la voz no compuesta, el vivir pobre, el amor a la humillación, la ausencia del valimiento, la soledad, todo ello pudo primero mover a lástima al que lo miraba, y luego pudo tomar de ahí principio su total perdición. Y así los que escaparon de las redes tejidas de oro y ungüentos y vestidos preciosos y demás que arriba dije, cayeron fácilmente en esotras tan distintas y aquí perecieron. Pues siendo así que lo mismo pobreza que riqueza, adorno o descompostura, vida arreglada o desarreglada, y todo, en fin, cuanto antes enumeré es incentivo de guerra para el que lo contempla y por todas partes nos rodean las maquinaciones del enemigo; ¿qué tregua y respiro podrá tener, cercado que está por doquiera de lazos? ¿Dónde hallará un escondrijo, no digo para no ser cogido a la fuerza (que esto no es absolutamente difícil), sino para conservar su alma limpia de todo pensamiento impuro? Y dejo a un lado los honores, que son origen de males innumerables. Los que puedan hacernos las mujeres, amortíguanse con la asiduidad de la templanza, y aun así, muchas veces derriban a los que no están muy alerta contra sus asechanzas. Mas si el honor viene de los hombres y el que lo recibe no tiene alma de verdad magnánima, se apoderan de él dos contrarias pasiones: Por un lado, una vil servidumbre de adulación, y por otro, la altanería de la arrogancia. Tiene, en efecto, que someterse a los que le adulan, y engreído por los honores que sus aduladores le tributan, desprecia a sus inferiores y se precipita así en el abismo de la soberbia.

Ventajas de la vida solitaria.

Todo eso te lo digo yo ahora; mas cuán grande sea el daño que produce, nadie lo puede saber, si no pasó por ello. Aparte de que no es eso solo, sino otras muchas cosas y mucho más peligrosas, las que por fuerza han de sobrevenir a los que están constituidos en públicas dignidades. En cambio, el que ama el yermo, libre está de todos esos inconvenientes. Puede ser que una fantasía absurda le quiera pintar

algo por el estilo; pero la imaginación tiene poca fuerza, y si de fuera no le traen los ojos leña con que cebar el fuego, fácilmente se apaga. Y, en todo caso, el monje no teme sino por su propia salvación; y si ha de preocuparse también de los demás, son éstos muy contados, y dado caso que sean muchos, siempre son menos que los fieles de una Iglesia, y menos también los cuidados que dan a sus prelados, no sólo por su menor número, sino, sobre todo, por estar desligados de todas las cosas del mundo y no tener que atender a mujer e hijos ni cosa semejante. Y otra cosa hay que los hace extraordinariamente dóciles a sus superiores, a saber, la vida común, dado caso que de este modo pueden observarse y corregirse exactamente las faltas, cosa tan importante para el adelantamiento en la virtud, como quiera que la presencia del maestro sea siempre de grande utilidad.

La semilla entre espinas.

Mas la inmensa mayoría de los súbditos del sacerdote se hallan trabados por los cuidados de la vida, y eso los vuelve más flojos y perezosos para la práctica de las cosas espirituales. De donde resulta que el sacerdote tiene que estar de sementera, por decirlo así, cada día, a fin de que, siquiera por lo continuo de la siembra, prenda en los oyentes la palabra de la doctrina. Porque, en efecto, la excesiva riqueza, la grandeza del poder, la molicie nacida del placer y muchas cosas más, ahogan la semilla sembrada; y aun muchas veces brotan las espinas con tal espesor que no la dejan ni asomar a flor de tierra. Y al revés: El exceso de agobio material, la necesidad de la pobreza, las incomodidades continuas y muchas cosas más contrarias a las antedichas, apartan también a los que las sufren del cuidado y empeño por las cosas divinas. Finalmente, el sacerdote no puede tener noticia ni de una mínima parte de los pecados de sus súbditos. ¿Y cómo la va a tener, si a la mayor parte no los conoce ni de vista?

El sacerdote, embajador ante Dios, de todo el mundo.

Tal es la dificultad que al sacerdote presenta el ministerio para con el pueblo; mas si consideramos lo que atañe al trato mismo con Dios, veremos que todo lo dicho no es nada en su comparación.

¡Tanto es mayor el cuidado y perfección que el trato con Dios requiere! ¿Pues qué tal ha de ser aquel que está constituido embajador ante Dios por la ciudad? ¿Mas qué digo por la ciudad? De toda la tierra más bien, y con su oración ha de volverle propicio por los pecados de todos, no sólo de los vivos, sino también de los difuntos? Yo, por mi parte, opino que ni la confianza de Moisés ni la de Elías basta para una súplica de esta naturaleza. Porque el sacerdote se acerca a Dios como si el mundo entero le estuviera a él confiado y fuera el padre de todos; y así ruega a Dios que extinga de todas las partes las guerras, que apacigüe los tumultos, que conceda la paz y la prosperidad y libre a todos prontamente de los males que les amenazan, así públicos como privados. Ahora bien, el que por todos ruega debe en tanto grado sobresalir sobre todos y en todo, cuanto el que manda ha de estar por encima de los subordinados.

Grandeza y dignidad del sacrificio del altar.

Mas, ¿en qué orden y jerarquía, dime por tu vida, pondremos al sacerdote cuando invoca al Espíritu Santo y realiza aquel tremendo sacrificio y toca continuamente con sus manos al universal Señor de todas las cosas? ¿Qué pureza, qué reverencia no le exigiremos? Considera, en efecto, qué tal hayan de ser aquellas manos que administran estos misterios, qué tal la lengua que esas palabras pronuncia, qué pureza haya de superar la pureza, qué santidad la santidad del alma que alberga tan soberano Espíritu. En ese momento, hasta los ángeles rodean al sacerdote, y todo el altar y todo el lugar del sacrificio se llena de potestades celestes para honrar al que allí está puesto. Y para creer esto, basta considerar las cosas que allí se cumplen entonces; mas yo oí referir a uno que lo había oído de un anciano venerable y que tenía gracia de recibir frecuentes revelaciones, cómo una vez se le concedió tener una revelación sobre esto. Vio en un instante, al tiempo del sacrificio, en cuanto cabe verlos, una muchedumbre de ángeles, vestidos de ropas resplandecientes que rodeaban el altar e inclinaban sus cabezas, como si fueran soldados que están en presencia del Emperador. Y yo no tengo dificultad en creerlo. Y otro me contó también, ya no como cosa sabida de tercero, sino que fue digno de ver y oír el mismo, cómo a los que están para salir de este mundo, si con pura conciencia han participado de los divinos misterios, los ángeles

les hacen guardia y una vez que han expirado, por reverencia de Aquél que en el Sacramento recibieron, los trasladan de aquí a los cielos. ¿Y tú no tiemblas todavía de introducir a misterio tan sacrosanto un alma como la mía y de llevar a la dignidad sacerdotal a quien está vestido de ropas sucias, cuando Cristo arrojó a otro tal del coro de los convidados? (Mat. 22, 13).

El sacerdote, luz y sal de la tierra.

El alma del sacerdote ha de brillar como una luz que esclarece a toda la tierra; mas la mía de tal manera está rodeada por las tinieblas de su mala conciencia, que está siempre hundida y no tiene valor ni para levantar los ojos a su Señor. Los sacerdotes son la sal de la tierra; mi ignorancia, en cambio, y total inexperiencia, ¿quién podrá soportarla con paciencia, a no ser tú, que me has amado siempre con exageración? Porque el sacerdote no sólo ha de estar dotado de aquella pureza que conviene a su altísima dignidad, sino que sobre eso ha de ser prudente en grado sumo y experto en muchas más cosas. Debe por una parte conocer los negocios seculares no menos que los mismos que los manejan; por otra, estar más desprendido de todo que los monjes que habitan los montes. El sacerdote tiene que ser multiforme, pues ha de tratar con hombres que tienen mujeres, que crían y educan hijos, que poseen criados, que nadan en riquezas, que entienden en públicos asuntos, que ejercen magistraturas; multiforme, repito, pero no astuto, ni adulador, ni hipócrita, sino lleno a la vez de libertad y confianza, que sepa atemperarse útilmente, cuando así lo exijan las circunstancias, y ser juntamente condescendiente y austero. Porque no es posible tratar del mismo modo a todos nuestros subordinados, como tampoco los médicos llevan a todos los enfermos por la misma ley, ni el buen piloto sabe un solo medio de combatir las tempestades. Porque también a esta nave de la Iglesia la combaten por doquiera las tormentas; tormentas, por cierto, que no se desencadenan sólo fuera, sino que se engendran también dentro de ella. Por lo que muy necesario es saberse atemperar y andar muy diligente. Mas todo ello, aun distinto en sus medios, sólo tiene un fin y a un solo blanco apunta: La gloria de Dios y la edificación de la Iglesia.

Comparación entre el monje y el sacerdote.

Grande es la lucha que emprende el monje y mucho su trabajo; mas si comparamos sus fatigas con las que exige el ministerio sacerdotal bien llevado, encontraremos va de unos a otros la misma diferencia que de un particular al rey. Porque si es cierto que entre los monjes el trabajo es mucho, también lo es que se reparte entre el alma y el cuerpo, o por mejor decir, la mayor parte se funda en la buena disposición corporal, de manera que si el cuerpo no es robusto, todo se queda en deseos, ya que no es posible llevarlo a la práctica. En efecto, los rigurosos ayunos, la cama dura, las vigilias, la privación de baños y lavado, el trabajo de manos, con todo lo demás que se ordena a la maceración del cuerpo, todo desaparece si el cuerpo mismo que hay que castigar no es suficientemente fuerte. Mas en el ministerio sacerdotal, todo es arte puro del alma, y si ésta quiere mostrar su virtud, para nada necesita de la robustez corporal. Porque, ¿qué tienen que ver las muchas fuerzas del cuerpo con que no seamos contumaces, ni coléricos, ni temerarios, sino sobrios, prudentes, moderados y todo lo demás que nos pinta San Pablo al trazarnos la imagen del perfecto sacerdote? (I Tim. 3, 2). Lo cual difícilmente puede decirse de la virtud del solitario. Porque lo mismo que los prestidigitadores tienen que andar cargados de muchos instrumentos: Ruedas, cuerdas espadas; el filósofo, en cambio, lleva toda su arte metida en su alma y de nada exterior necesita; así pasa aquí también. El monje necesita, ante todo, de buena complexión corporal, y luego lugares apropiados para ese género de vida. Esos lugares no han de estar demasiado alejados del trato de los hombres, y por otra parte, han de ofrecer las ventajas de la soledad y tranquilidad y ser, finalmente, de clima templado; pues nada hay tan insorportable al que está ya consumido por los ayunos, como las inclemencias del tiempo. Y no tengo por qué hablarte ahora del cúmulo de preocupaciones que trae al monje tenerse que buscar vestido y comida, empeñados como están en fabricárselo todo por sus manos. De todo lo cual está el sacerdote libre, pues en nada se distingue del común de las gentes, siempre que no haya en ello inconveniente, y toda su ciencia la tiene repuesta en los tesoros de su propia alma.

Requiérese en el sacerdote mayor fortaleza que en el monje.

Mas si alguno tiene por cosa maravillosa aquel estar siempre sobre sí y huir del trato de las gentes que los monjes ejercitan, tampoco yo niego que eso es prueba de fortaleza de alma; pero afirmo que no es testimonio bastante de toda la fortaleza y valor que cabe en un alma. Porque el piloto que dentro del puerto se está sentado sobre el timón, no ha dado todavía prueba suficiente de su pericia; mas el que en alta mar y en medio de la tormenta logra salvar la nave, ése, ése es el que la voz unánime proclama como perfecto piloto. Que no nos vengan, pues, a ponderar como cosa del otro mundo la virtud del monje, por el hecho de que viviendo solo consigo no se turba ni comete muchos y grandes pecados, pues tampoco tiene grandes ocasiones que le azucen y despierten el alma. Mas el que entregándose a muchedumbres enteras y obligado a llevar sobre sí los pecados de todos, permanece inconmovible y firme, llevando el timón de su alma en medio de la tormenta como si estuviera en la calma del puerto, ése sí que merece que todo el mundo le aplauda y admire. Ese sí que dio prueba más que sobrada del valor de su alma.

La soledad refugio del Crisóstomo.

Ni tú siquiera debes, por tanto, admirarte que habiendo yo huido de la pública plaza y del trato con las gentes, no tenga ahora muchos acusadores, pues no es cosa para admirarse que durmiendo no peque, no luchando no caiga, y no entrando en la batalla no sea herido. Porque, ¿quién, dime, quién podrá publicar y revelar mi maldad? ¿Acaso este techo y esta habitación? Mudos son que no pueden articular una palabra. ¿Mi madre quizá, que sabe mejor que nadie todas mis cosas? Mas con ella es con quien tengo menos trato, y nunca, por lo demás, hubo entre los dos contienda de ninguna clase. Y en todo caso, no hay madre tan desamorada y cruel con sus hijos, que al mismo que parió y crió y educó lo vaya luego a maltratar y calumniar delante de todo el mundo, sin que haya motivo ni la fuerce nadie a ello.

Examen de conciencia.

Y, sin embargo, si cuidadosamente examino mi alma hallo en ella más de un punto flaco y no eres tú el que menos los conoces, a pesar de tu costumbre de levantarme por las nubes con tus alabanzas delante de todos. Y que no hablo yo ahora por alarde de modestia, no tienes más que recordar, para convencerte, lo que muchas veces te dije cuando tratábamos de este asunto, a saber: Que si me dieran a escoger dónde preferiría distinguirme, en el gobierno de la Iglesia o en la vida monacal, por mi gusto escogería mil veces antes lo primero que lo segundo. Jamás, en efecto, me cansaba de ponderarte la felicidad de los que dignamente desempeñan ese ministerio. Ahora bien, nadie me negará, que de haberme tenido por idóneo, yo no hubiera huido lo que tenía por cosa feliz. Mas, ¡qué le vamos a hacer! Nada encuentro yo más inútil para todo ministerio de la Iglesia que esta inercia y pereza mía, que otros tienen por no sé qué estupenda ascesis, pero que a mí me sirve sólo de manto y capa de mi propia maldad, cubriendo con ella la mayor parte de mis defectos y no consintiéndoles que salgan a pública luz.

Peligros del salto brusco de la soledad a la acción.

El que está acostumbrado a gozar de tan grande ocio y vivir tranquilamente, si de pronto se entrega a la acción, aun cuando esté dotado de cualidades superiores, se turba y alborota, y su falta de adiestramiento le resta no pequeña parte de su capacidad y talento. Pues pon ahora juntos una mente tarda y una lengua inexperta en tales discursos y certámenes, como es ni más ni menos mi caso, y convendrás que haber aceptado ese ministerio fuera cosa equivalente a encomendárselo a las piedras. El hecho es que de los que venidos de la palestra del yermo, bajaron a la arena de estos combates del ministerio sacerdotal, pocos son los que brillan en él. La mayor parte no hacen sino poner de manifiesto lo que son, y fracasan, después de sufrir muchos y graves sinsabores. Y nada tiene ello de extraño; pues cuando hay que luchar en cosa distinta de la que uno ejercitó, tanto vale como no haberse ejercitado en nada. El que entra en este estadio de la vida sacerdotal, tiene que tener, sobre todo, la honra debajo de los pies, dominar su ira, estar lleno de superior prudencia; mas todo eso, de suyo, no entra en los ejercicios del que vive vida solitaria.

Pues ni tiene muchos que le irriten, con lo que pudiera ensayarse en refrenar los ímpetus de ira; ni hay quien le halague y aplauda, y así adiestrarse en despreciar las alabanzas de las gentes; ni, finalmente, es mucho lo que los monjes tratan de la prudencia que requiere el gobierno de las Iglesias. De donde resulta, que al entrar luego en este género de combates, de que no han adquirido experiencia, se atolondran, pierden la cabeza, caen en mil perplejidades y no sólo no adelantan en la virtud, sino que muchos pierden con frecuencia la que trajeron al venir.

Objeción de Basilio.

Basilio.– ¿Pues qué? ¿Es que vamos a poner al frente de la Iglesia a los que viven en pleno mundo, muy afanados en sus negocios seculares, muy curtidos en estas luchas y recriminaciones, muy hábiles en las artes infinitas del vivir, muy hechos a los placeres?

Crisóstomo.– ¡No digas barbaridades, oh bienhadado amigo mío! Ni por el pensamiento nos han de pasar esos tales cuando de la elección de sacerdotes se trate. A quienes hay que escoger es a los que, aun tratando con todos y viviendo en medio del mundo, son capaces de conservar intactas e inconmovibles con más cuidado que los mismos monjes, la pureza y la paz, la santidad, la continencia, la sobriedad y todas las demás virtudes de los monjes. Porque hay quien está lleno de defectos que la soledad cubre, o que no tratando con nadie no pasan a hechos; mas si salen al público, no consiguen otra cosa que hacerse ridículos y exponerse a mayores peligros. Todo lo cual estuvo a punto de acontecerme a mí, si la providencia de Dios no hubiera prontamente apagado el fuego de mi cabeza.

La ciudad sobre el monte.

No es posible que el que está puesto sobre el candelero oculte sus defectos, sino que entonces se muestra lo que es, y como el fuego prueba los metales, así la vida sacerdotal es la prueba de fuego que descrimina las almas de los hombres. Todo lo revela, no hay defecto que no quede muy pronto al desnudo: la ira, la pusilanimidad, la ambición, la arrogancia y cualquiera otro que tenga. Y no sólo los

revela, sino que los agrava y encona. Las heridas del cuerpo, cuanto más se manosean, más se enconan. Lo mismo las pasiones del alma. Cuanto más se las azuza e irrita, más fieras se vuelven y a mayores pecados arrastran a los que están dominados por ellas. A poco que el sacerdote deje de vigilar sobre sí, levántanle sus pasiones al amor de la gloria, a la arrogancia, a la avaricia; o bien, le arrastran a la molicie, a la flojedad y pereza; y así, poco a poco, le irán conduciendo a mayores males que de los anteriores se engendran. Porque muchos son los obstáculos que pueden menoscabar la perfección del alma y torcerla del camino derecho; y el primero de todos, las conversaciones con mujeres.

Vigilancia en el trato de mujeres.

Porque no cabe que el prelado, pastor que ha de cuidar de todo su rebaño, atienda muy solícito a los hombres y descuide a las mujeres, siendo precisamente esta la porción que necesita más vigilancia, por ser más resbaladizas al pecado. Es necesario, en efecto, visitarlas cuando están enfermas, consolarlas en sus decaimientos, ayudarlas en sus tribulaciones. Mas en todo esto, si el sacerdote no se amuralla con cuidadosa vigilancia, puede el maligno hallar muchos resquicios por donde meterse, pues no sólo hiere y perturba la mirada de la impúdica, sino también la de la recatada; sus halagos ablandan y sus favores esclavizan. En fin, la caridad ardiente, que es principio de todos los bienes, se convierte, para los que no usan bien de ella, en causa de innumerables males.

Otros obstáculos y pasiones.

Otras veces, las constantes preocupaciones embotan la agudeza de la mente y hacen sus alas más pesadas que el plomo, o ya sobreviene un arrebato de ira, y se apodera como una humareda de todo el interior del alma. Y ¿quién podrá contar los daños de la tristeza, las injurias que hay que sufrir, las molestias, las críticas, unas veces de superiores, otras de inferiores, ora de prudentes, ora de necios? Y son éstos precisamente, incapaces de todo recto juicio, los más dados a la murmuración y gente que no admite fácilmente las explicaciones.

No desdeñe ninguna sospecha.

Y, sin embargo, ni aun a los necios ha de desdeñar el prelado que quiere cumplir debidamente su cargo, sino que a todos ha de dar explicación sobre aquello de que se le acuse, con gran modestia y mansedumbre, perdonando más bien la crítica irracional que no indignándose e irritándose por ella. Porque si San Pablo temió incurrir con sus discípulos en sospecha de hurto y por eso tomó consigo a otros para la administración del dinero: "No sea –dice él mismo– que alguno tenga que reprocharnos algo en esta plenitud que estamos administrando" (2 Cor. 8, 20); ¿cómo no hacer nosotros todo lo que esté de nuestra parte para alejar toda mala sospecha, por muy mentirosa e irracional que sea y por muy lejos que pueda estar del concepto que de nosotros se tiene? De ningún pecado estamos nosotros tan lejos como Pablo del hurto. Y, sin embargo, no por estar tan lejos de acción tan villana, dejó de atender a lo que el vulgo pudiera sospechar. Sospecha, por cierto, sobremanera absurda y loca, pues locura fuera pensar nada semejante de aquel hombre bienaventurado y admirable. Pues con todo eso, previene el Apóstol y corta de raíz una sospecha tan absurda y que sólo un loco pudiera concebir, y no despreció la locura del vulgo, diciendo: "¿A quién puede ocurrírsele una cosa así sobre mí, siendo así que todos me veneran y admiran por mis milagros y la santidad de mi vida?" Sino todo lo contrario, previó y esperó esa mala sospecha y la arrancó de cuajo, o por mejor decir, no dejó ni siquiera que brotara desde el principio. ¿Por qué esa conducta? "Porque prevenimos –dice– el bien, no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres" (Rom. 12, 17). Tan grande empeño se requiere, o mayor si cabe, no sólo para deshacer la mala opinión ya nacida, sino para prever, tomando el agua de muy arriba, de dónde pueden originarse, y cortar de antemano todo pretexto que pueda dar lugar a ellas, y no esperar a que se levanten y corran ya en lenguas de las gentes; pues en este caso, ni es ya fácil atajarlas, sino muy difícil y quizá imposible, ni de conseguirlo, cosa que ya no se hará sin daño de muchos, será sin detrimento nuestro. Mas ¿a qué seguir enumerando lo que no tiene término? Porque querer contar una por una todas las dificultades que hay en el ministerio de las almas sería pretender medir la profundidad del océano. Había de estar el sacerdote limpio de toda pasión (cosa que raya en lo imposible) y aun así tendría que sufrir, para corregir las faltas de los demás, dificultades sin cuento.

Pues si a las ajenas enfermedades se añaden las propias, asómate a contemplar el abismo de trabajos y preocupaciones, el cúmulo de sufrimientos que ha de soportar el que ha de vencer los males ajenos y propios.

No es gran hazaña salvarse solo a sí mismo.

Basilio.– Por cierto que tú ahora, atenido sólo a ti mismo, poco trabajo y preocupaciones has de tener.

Crisóstomo.– También ahora las tengo. Porque ¿cómo puede ser que siendo hombre y viviendo esta trabajosísima vida humana, haya nadie libre de cuidados y de lucha? Mas no es lo mismo lanzarse al océano inmenso que ir bordeando con la navecilla la orilla de un río; y esta es, en efecto, la diferencia que va de unos a otros cuidados. Porque si yo me sintiera ahora capaz de aprovechar a otros, te aseguro que yo mismo lo quisiera, y obra tal sería objeto de mis ardientes votos; mas ya que eso no pueda, séame al menos concedido escapar de la tormenta y salvarme a mí mismo, y con eso me daré por más que contento.

Basilio.– Con que ¿eso tienes tú por grande hazaña? Pero ¿es que piensas que puedes en absoluto salvarte a ti mismo, si no procuras ser útil a los demás?

No se salva a sí mismo quien no trabaja por salvar a los otros.

Crisóstomo.– Muy bien y muy certeramente has apuntado, pues ni yo mismo puedo creer que pueda salvarse el que nada trabaja por la salvación de su prójimo. Ejemplo tenemos en aquel miserable del Evangelio, a quien de nada le valió no haber menguado el talento que recibió, sino que fue condenado por no haber granjeado con él y presentándolo duplicado. Sin embargo, creo, por otra parte, que será más suave el castigo si me condenan por no haber salvado a los demás, que no si me han de castigar por haberme perdido a mí y a los otros, volviéndome mucho peor después de recibida tan grande dignidad. Porque ahora puedo creer que el castigo será proporcionado a solos mis pecados; mas después de recibir la dignidad sacerdotal, no sólo sería doble y triple, sino multiplicado por el número de aquellos

a quienes hubiere escandalizado, y por la ingratitud de ofender, después de recibido ese honor, al mismo Dios que me lo concediera. Por esto precisamente acusa el señor con más vehemencia a los israelitas y les hace ver que merecen mayor castigo, por haber pecado después de recibidas de El tantas distinciones y honores. Y así una vez les dice: "Sin embargo, a vosotros os conocí de entre todas las tribus de la tierra; por lo mismo, sobre vosotros vengaré todas vuestras impiedades" (Amós, 2, 11).

Mayor gravedad del pecado de los sacerdotes.

Y aun antes de los profetas, queriendo darnos a entender por los mismos sacrificios que los pecados de los sacerdotes merecen mucho mayor castigo que los de los particulares, ordena el Señor que se ofrezca por ellos un sacrificio igual al que se ofrece por el pueblo entero (Lev. 3, 3-14). Lo cual es como decir que las heridas del sacerdote requieren mayor auxilio, y tanto cuanto las de todo el pueblo junto; y claro está que no le requirieran, si no fueran más graves. Ahora bien, no son ellas de por sí más graves, sino que resultan tales por razón de la dignidad del sacerdote que se atreve a cometerlas. Mas ¿qué digo los hombres que ejercen este servicio? Las mismas hijas de los sacerdotes, que nada tienen que ver con el sacerdocio, por razón de la dignidad de sus padres, son más gravemente castigadas por los mismos pecados que las demás (Lev. 21, 9). Y, sin embargo, la falta es la misma en un caso, que en el de las hijas de los particulares, pues en ambos se trata de fornicación; mas el castigo es más duro en unas que en otras. ¿Ves cuán copiosamente nos da Dios a entender que ha de infligir mayor castigo al que manda que a sus subordinados? Porque si Dios castiga más gravemente a la hija del sacerdote por la dignidad del sacerdote, al que es causa de ese aumento de tormento para su hija, no le va a dejar con un castigo menor que al común de las gentes, sino que se le impondrá mucho mayor y muy justamente. Porque el pecado del sacerdote no le daña a él solo, sino que derriba las almas de los débiles que tienen los ojos puestos en él. Queriendo significarnos esto mismo, Ezequiel (34, 17) pone aparte el juicio de los carneros y de las ovejas.

Vida quieta de Crisóstomo.

¿No te parece, después de lo dicho, que tuve razón de temer como temí? Pues aparte de todo eso, si es cierto que aun ahora necesito de mucho esfuerzo para no ser totalmente vencido de mis pasiones, sin embargo resisto los trabajos y no rehuyo el combate. Cierto que aun ahora me domina la vanagloria; pero muchas veces vuelvo sobre mí, y, a lo menos, reconozco que fui vencido y hasta en ocasiones increpo a mi alma por dejarse esclavizar de la pasión. Aun ahora me acometen deseos absurdos; mas levantan sólo una llama mortecina, pues mis ojos no pueden tomar de fuera materia combustible para alimentar el fuego de la pasión. En cuanto a hablar de otros o escuchar a quien habla, véome absolutamente libre de ello, pues no tengo nadie con quien hablar; ya que estas paredes no hay peligro de que suelten su lengua. No puedo decir lo mismo respecto de huir la ira, a pesar de que tampoco tengo nadie que aquí me irrite. Porque me basta recordar a hombres inicuos y las cosas que han hecho, para que se me hinche el pecho, si bien la cosa no llega a más, pues muy pronto vuelve a desinflarse y logro persuadirle que se esté quieto con la sola consideración de que es harta desgracia y colmo de miseria descuidar los propios males y andarse por ahí a remediar los ajenos.

Temor a la vida pública.

Mas si yo me lanzo a la muchedumbre y soy presa de las infinitas turbaciones que esa vida trae consigo, ya no podré gozar de esta interior amonestación ni hallar estos razonamientos que ahora me llevan a la virtud como de la mano, sino que como los que son arrastrados por la corriente a un precipicio o por cualquier otra fuerza empujados a su ruina, prevén muy bien la perdición a que han de ir a parar, pero no pueden pensar en socorro de ninguna clase; así yo, si me lanzo al tumulto de mis pasiones, no cabe duda que me daré cuenta del castigo que día a día se me irá acumulando, mas ya no me será tan fácil como ahora atender a mí mismo, y sofrenar estas pasiones que por todas partes me acometen.

Confesión de la propia flaqueza.

Porque quiero que sepas que yo tengo un alma muy débil y pequeña y que fácilmente puede ser presa no sólo de las pasiones susodichas, sino de la más amarga de todas, que es la envidia; un alma, te repito, que no sabe llevar moderadamente ni las honras ni las injurias, sino que aquéllas la exaltan desmesuradamente y éstas la abaten hasta lo profundo. Así, pues, lo mismo que las bestias feroces, si están robustas y bien cebadas vencen a los que luchan con ellas, sobre todo si por añadidura el que lucha es flaco e inexperto; mas debilitándolas por hambre, se adormece su furor y se apaga casi toda su fuerza y puede ya cualquiera, aun sin gran valor, competir con ellas; así pasa con las pasiones del alma: El que las debilita, las hace sumisas a la recta razón; mas el que cuidadosamente las ceba, no hace otra cosa que prepararse una guerra más difícil contra ellas y tan terribles pueden volvérsele que le obligan a vivir como cobarde esclavo suyo por toda su vida. Ahora bien, ¿cuál es el alimento de estas bestias fieras? De la vanagloria lo son las honras y alabanzas; de la soberbia, la grandeza del poder y autoridad; de la envidia, la reputación y éxitos del prójimo; de la avaricia, la largueza de los que dan; de la lujuria, la molicie y los tratos frecuentes con mujeres; y así de las demás. Todo este escuadrón me atacaría furiosamente si yo saliera al mundo, y despedazarían mi alma y tendría que sostener contra ellas guerra cada vez más difícil. Aun retirado aquí, hará falta Dios y ayuda para que se me sometan; pero, en fin, se me someterán con la gracia de Dios y no podrán hacer otra cosa que dar aullidos. Por eso guardo esta casita, y vivo en ella sin que se me acerque nadie, sin comunicarme con nadie, sin conversar con nadie. Muchas otras censuras como las que tú dices sufro, las que con gusto rechazaría; mas no pudiendo hacerlo, me quedo con mi amargura y mi dolor, porque no es hacedero para mí darme a la conversación con los demás y juntamente permanecer en esta seguridad en que ahora vivo. Por lo cual, aun a ti tengo que suplicarte que antes bien compadezcas al que en tanta dificultad está sumido que no que le calumnies.

Ultima confidencia de Crisóstomo.

Mas ¿será posible que no logre aún persuadirte? Luego hora es ya de que te revele el único secreto que me queda por decirte. A muchos

parecerá quizá increíble; mas yo no me avergonzaré de publicarlo. Porque si es cierto que lo que voy a decir puede argüir mala conciencia y pecados sin cuento, sin embargo, sabiéndolo todo exactamente aquel Dios que me ha de juzgar, ¿qué se me importa de lo que pueda venirme de la ignorancia de los hombres? ¿Cuál es, pues, finalmente ese secreto? Pues que desde el día mismo que me sugeriste la sospecha de lo que con nosotros quería hacerse, mi cuerpo estuvo muchas veces a punto de deshacerse totalmente. Tal fue el terror, tal la tristeza que se apoderó de mi alma. Porque considerando la gloria de la Esposa de Cristo, su santidad, su espiritual hermosura, su prudencia, su ornato; y comparando luego mis propias miserias, no cesaba de llorar por ella y lamentarme por mí, y así suspirando y perplejo, continuamente me decía a mí mismo: ¿Quién pudo ser el que tomó esta resolución? ¿Qué tan gran pecado cometió la Iglesia de Dios? ¿Cómo pudo en tanto grado irritar a su Señor, que fuera entregada a mí, el más ignominioso de los hombres, y tenga ella que sufrir tamaña infamia? Revolviendo todo esto muchas veces conmigo mismo y no pudiendo soportar ni el pensamiento de cosa tan absurda, andaba con la boca abierta como los bobos, sin poder ver ni oír cosa ninguna, y cuando este estupor me abandonaba (pues, en efecto, a ratos también cedía) sucedíanse las lágrimas y las tristezas, y tras hartarme de llorar, otra vez el temor venía a turbar, alborotar y agitar mi mente. En medio de esa tormenta he vivido todo el tiempo pasado, sin que tú lo sospecharas y cuando tal vez creías que estaba yo gozando de mayor tranquilidad.

Tormenta del alma de Crisóstomo.

Mas ahora voy a intentar revelarte toda la tormenta porque para mi alma, a ver si así me perdonas y dejas ya de acusarme. ¿Cómo, pues, cómo revelártela? Si quisieras verla clara y cabalmente, no tendría otro remedio que abrirte mi pecho y mirar allí desnudo mi propio corazón; mas ya que esto no sea posible, intentaré por una comparación, aunque oscura, manifestarte, en cuanto yo alcance, el humo sólo de mi tristeza, a fin de que por la imagen colijas cuál sería la realidad. Supongamos que le fue prometida a uno en matrimonio la hija de un rey que domina todo lo descubierto de la tierra. Era esta doncella de tan indecible belleza que superaba la misma naturaleza humana. Toda

otra mujer quedaba a inmensa distancia de ella. Era, además, de tal virtud, que en ella se adelanta con mucho a todo el linaje de los varones, presentes y por venir; de tal suavidad de carácter, que traspasa todos los límites de la filosofía; y, finalmente, con ser su cuerpo todo hermoso, queda oscurecido ante la simpar hermosura de su cara. Por todas estas prendas y otras que no digo, sufre su amante por ella tal locura de amor, como no la sufrió enamorado en el mundo. Pues ahora pensemos que quién así arde de amor, oye decir no sé cómo ni por dónde que aquella maravillosa doncella, su prometida, iba a casarse con un hombre vulgar y plebeyo, sin nobleza de alma y estropeado de cuerpo, el más desastrado, en fin, de los seres que habitan el mundo... ¿No crees que con lo dicho te he representado bastante parte de mi dolor y que no habré de llevar adelante la comparación? Por lo que a la tristeza se refiere, pienso que basta, y sólo con ese fin te la puse. Otra voy a ponerte para darte a entender mi temor y mi estupor.

Pintura de dos ejércitos.

Imaginemos un campamento compuesto de soldados de infantería, caballería y de marina. El número de las trirremes cubre la mar, las líneas de infantería y los batallones de caballería llenan las llanuras y ocultan las cimas de los montes; refulge al sol el bronce de las armas, y en los cascos y escudos reverberan sus rayos; el estruendo de las lanzas y el relincho de los caballos llega al mismo cielo. Ni mar ni tierra por parte alguna, sólo bronce y hierro por doquiera. Los enemigos, hombres fieros y crueles, están ya ordenados unos frente a otros. El momento del choque está para llegar. Ahora, pues, suponte que de pronto echamos mano de un pobre muchacho campesino, que no sabe más que tocar su caramillo y manejar su bastón y armándole de todas las armas, le vamos paseando por todo el campamento y le mostramos los escuadrones y sus capitanes, arqueros, honderos, comandantes y generales, infantería pesada, caballería, ballesteros, trirremes, comandantes de marina, soldados acorazados en ellas, la muchedumbre de máquinas de guerra de que están provistas las naves... Juntamente le mostraremos el orden de batalla de los enemigos, sus espantables caras, su vario apresto de guerra, su muchedumbre infinita, los barrancos, precipicios y escabrosidades de los montes. Y por si esto fuera poco, hagámosle ver al pobre muchacho en el campo enemigo

caballos que vienen volando por arte de magia y hoplitas que son trasladados por el aire; y, finalmente, toda la fuerza y formas de la magia y brujería. Le iremos contando una por una todas las desgracias de la guerra, nubes de proyectiles, granizada de dardos, la oscuridad y sombra que proyectan, aquella oscurísima noche que originan, cuando por su muchedumbre y espesor no dejan pasar los rayos del sol; el polvo que ciega los ojos no menos que la oscuridad de la noche; los torrentes de sangre que corren; los gemidos de los que caen; los alaridos de los que aún están en pie; los montones de cadáveres; ruedas de carros bañadas en sangre; caballos y jinetes cayendo de bruces por entre la muchedumbre de los muertos; la tierra que todo esto recoge confusamente, sangre, arcos y dardos, pezuñas de caballos revueltas con cabezas humanas, rodillas y pechos cortados, sesos pegados a las espadas, puntas de dardos rotos con un ojo clavado en ellas... Y ahora pasamos a los sufrimientos de la guerra marítima: las trirremes que vienen a chocar en medio de las aguas, o que se hunden con los mismos hoplitas que llevan; el estruendo de las olas, el tumulto de la marinería, la grita de los soldados, la espuma revuelta de sangre y olas, que juntamente penetran en las embarcaciones, los cadáveres sobre las cubiertas del navío, los que se van al fondo, los que sobrenadan, los que el oleaje arroja luego a las playas, los que quedan inmersos en las aguas y cierran el paso a las naves. Y después de haberle explicado bien explicadas todas las tragedias de la guerra, aun nos queda por contarle los sufrimientos del cautiverio, y aquella esclavitud más dura que cualquier muerte. Dicho todo esto, le mandamos al pobre muchacho campesino montar a caballo y ponerse al frente de todo el ejército. ¿No te parece que no podría resistir ni la explicación de tantos horrores y que expiraría de espanto a la vista de aquel espectáculo?

Milicia es la vida del hombre.

Y no vayas a creer que con mi discurso he exagerado la cosa, ni porque estemos encerrados en el cuerpo como en una cárcel y no podamos ver lo invisible, tengas por grande nada de lo dicho. Porque si con esos ojos de la cara te fuera concedido ver el tenebrosísimo ejército que acaudilla Satanás y la furia con que nos acomete, comprenderías que es más terrible esta guerra del espíritu que la otra

guerra material. No hay en esta guerra bronce ni hierro, ni caballería ni carros, ni ruedas, ni fuego, ni dardos, cosas todas visibles, sino otras máquinas de guerra más terroríficas que todo eso. Estos enemigos no tienen necesidad de armarse de coraza y escudo, ni de espadas y lanzas. La sola vista de aquel maldito ejército basta para inmovilizar al alma, si no es muy noble y generosa y a su mucho valor no se añade también mucha y especial providencia de Dios. Y si nos fuera posible desnudarnos de este cuerpo, o con el mismo cuerpo contemplar clara y distintamente con nuestros propios ojos el orden de batalla de aquel ejército, sin que el espanto nos cegara, y la guerra que nos hace, no verías ciertamente torrentes de sangre, ni montones de cadáveres sino ruinas tan grandes de almas y tan graves heridas, que toda aquella descripción que antes te hice de la guerra te parecería puro juego de niños antes que guerra. Tantos son los que cada día caen heridos. Y estas heridas no producen muerte igual en una y otra guerra, sino que, cuanto va del alma al cuerpo, tal es la diferencia de una muerte a otra. Pues cuando un alma recibe una herida y cae, no queda insensible como el cuerpo, sino que desde aquel momento empieza a ser atormentada por el remordimiento de su mala conciencia, y después de salir de este mundo y ser juzgada, es entregada a castigo inmortal. Mas si, en efecto, hay un alma que quede insensible a los golpes del enemigo, el mal que de esa insensibilidad se le sigue, será mucho mayor; pues el que no siente remordimiento por el primer golpe, fácilmente recibirá el segundo y después de éste, otro, ya que aquel maldito apenas ve un alma en el suelo y que no hace caso de los primeros golpes, sigue descargando sobre ella hasta que exhala el último aliento.

Táctica y fuerza del enemigo.

Pues si consideramos la manera de atacarnos, verás que es ésta más violenta y varia que en ninguna otra guerra. Nadie sabe tantos géneros de robos y engaños como aquel maldito; nadie abriga odio tan implacable contra sus más encarnizados enemigos como el que tiene el demonio malvado contra la naturaleza humana. Y si miramos el furor con que nos combate, toda comparación con los hombres resultaría ridícula. Las fieras más feroces y sanguinarias comparadas con la furia de nuestro enemigo, nos resultarán unos animalitos man-

sos e inofensivos. Tal es la rabia que respira el demonio cuando ataca nuestras almas. Y todavía en la guerra humana, el tiempo de la lucha es corto, y aun dentro de ese mismo tiempo, caben muchas treguas. Viene la noche, se cansa el brazo de matar, hay que pensar en comer, y hay, finalmente, muchas otras circunstancias en que naturalmente descansa el soldado. Puede quitarse las armas, respira un poco, se refrigera con la comida y bebida y vuelve, por esos y otros medios, a recobrar las fuerzas perdidas. Mas en la guerra contra el maligno no es posible deponer las armas jamás, y el que no quiera recibir una herida, tiene que estar constantemente alerta. No hay otro remedio sino escoger entre caer y morir despojado de las armas o estar constantemente armado y sin dormir. Porque él está siempre a punto con su ejército en orden de batalla, observando cualquier descuido nuestro, poniendo más empeño en nuestra perdición que nosotros en nuestra misma salvación. Y lo que hace más incierta esta guerra que la otra y es causa de infinitos males para los que no están muy alerta, es que no vemos al enemigo y nos puede atacar inopinadamente en cualquier momento.

El Crisóstomo no se siente con ánimo para capitán de esta guerra.

¿Y en esta guerra querías tú que fuera yo general de los soldados de Cristo? Esto hubiera sido como ponerse al servicio del mismo diablo. Porque si el que debía mandar y dirigir a los demás es el más inexperto y flaco de todos y por su inexperiencia traiciona a los que le son encomendados, eso más sería ser general del demonio que no de Cristo... Mas ¿por qué gimes y te pones a llorar? Porque mi situación no es para llorarse, sino de alegría y regocijo.

Basilio.– La tuya, sin duda que sí; mas no así la mía, sino digna de llantos infinitos, pues, en efecto, apenas si hasta ahora me había podido dar cuenta de los males a que me has llevado. Yo vine a ti porque necesitaba saber qué debía responder en favor tuyo a los que te acusaban, y ahora me despachas cargándome una preocupación en lugar de la otra. Ahora, en efecto, poco se me importa ya lo que tenga que responder a los demás en favor tuyo, sino qué responderé ante Dios por mí y por mis males. Mas ruégote y suplico, si hay en ti algún interés por mí, si hay algún consuelo en Cristo, si hay aliento de caridad, si hay entrañas de compasión (Phil. 2, 1), pues sabes que tú

más que nadie me has traído a este peligro, tiéndeme tu mano y levántame cuanto puedas con tus obras y palabras. No me abandones, por favor, ni un solo momento y ahora más que nunca tengamos trato y vida común.

Despedida de amigos.

Crisóstomo.– Sonriendo yo entonces, ¿en qué puedo –le dije–, en qué puedo serte de provecho en la carga de tan graves asuntos? Sin embargo, pues tú gustas de ello, ten buen ánimo, oh amigo querido, pues todo aquel tiempo que los cuidados de tu ministerio pastoral te consientan un respiro, me tendrás a tu lado y te consolaré y nada omitiré de cuanto en mi mano estuviere hacer por ti.

A esto, rompiendo a llorar con más fuerza, levantóse, y yo, habiéndole abrazado y besado en la frente, le fui acompañando y animando a sobrellevar con valor lo sucedido. Porque confío –le dije– en Cristo, que te ha llamado y te ha encomendado sus propias ovejas, que has de ganar tanto en este ministerio, que aun a mí, que en aquel día he de correr peligro, tú me recibas en los eternos tabernáculos.

FIN